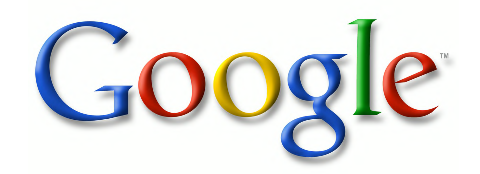
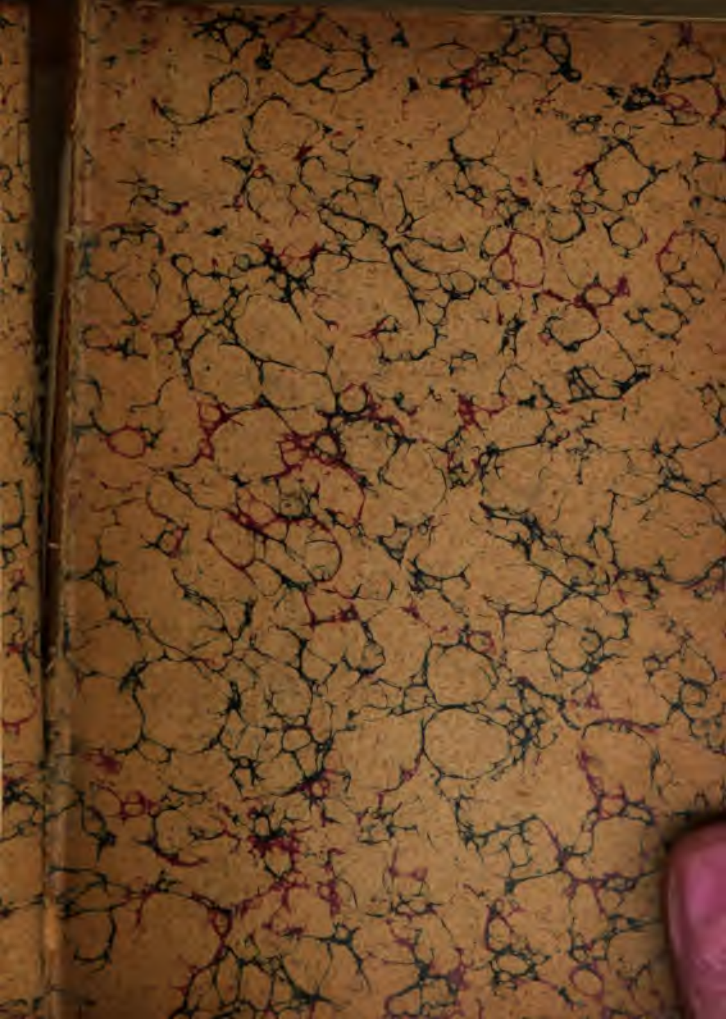






HISTORIAS NOVELESCAS.

HISTORIAS NOVELESCAS

POR

DON ENRIQUE R. DE SAAVEDRA,

Duque de Rivas.

EL SUEÑO DE LA VIDA.
MORIR SIN DIOS.
LA DICHA EN EL ORO.
EL PADRE ANSELMO.

MADRID. — SEVILLA.
LIBRERIA DE FERNANDO FE. | LIBRERIA DE HIJOS DE FE.
Carrera de San Jerónimo, 2. | Sierpes, 84.



MADRID, 1880.—Imprenta y estereotipia de Aribau y C.ª
(sucesores de Rivadeneyra).

A QUIEN LEYERE.

No quiero que estas líneas se tomen por uno de tantos prólogos ó introducciones laudatorias como han venido á sustituir á los antiguos sonetos encomiásticos que solian ponerse á la cabeza de los libros. La misma amistad que con el autor tengo me impide ser tan pródigo de alabanzas con su libro como lo sería con el de un extraño. Y es tal la modestia y apacibilidad que en todos estos cuentos se respira, que alabarlos en términos pomposos fuera la mayor de las incongruencias.

Del autor ¿qué he de decir, cuando todos le conocemos y le estimamos por sus altas prendas de poeta y de caballero? Nacer con un nombre ilustre en las letras, á par de los más ilustres de este siglo, y llevarle dignamente y acrecentarle con rico caudal de propia y legítima gloria, es triunfo notable y para envidiado. La república del ingenio es tan democrática y plebeya, que á duras penas acepta las dinastías literarias ni corona dos veces el mismo apellido. Quien se presenta en la arena como aventurero, y sin blasones antiguos, á nada viene obligado y puede arrojarse á todo. Pero nobleza obliga, y más si esta nobleza es la de D. Álvaro el indiano y la del vengador Mudarra.

Mucho pesa la sangre, pero no lo suficiente para imprimir carácter en el estro poético y hacer afines en el arte á los que la naturaleza unió con lazos estrechos. Por eso tenemos hoy un Duque de Rivas en pocas cosas parecido al antiguo. Fué el padre poeta épico, popular

y español hasta la médula de los huesos; hombre de fantasía espléndida, meridional y colorista; hábil en describir los objetos con tal viveza y realce, que no se apartan nunca de los ojos de la memoria; y junto con esto, poeta genial y lleno de desigualdades. Su hijo, por el contrario, no será nunca autor favorito de las muchedumbres; no da culto á la inspiracion leyendaria; es poeta íntimo, ó subjetivo, como ahora dicen; lírico de véras, aunque sin grandes arrebatos, y con cierta distincion aristocrática, que le impide caer nunca en lo desaliñado y en lo prosaico. Lima, ó más bien peina su prosa, y sobre todo sus versos, y muestra en todo un delicado tino y una sobriedad natural y como instintiva, aquilatada luégo por el arte y por el estudio, tanto mejores cuanto más disimulados. No ocultaré que sus versos me agradan áun más que su prosa. De ellos coleccionó un tomo hace algunos años, y composiciones hay allí que pueden darse por dechado de primor y ele-

gancia, y que viven y vivirán largo tiempo en la memoria de todas las personas de gusto. Es más: el Duque de Rivas podria, si quisiera, narrar en verso con más desembarazo y desenvoltura que en prosa, y tan bien como su padre, aunque por distinto arte y modo que él, y bien lo ha probado en la leyenda de *La Hija de Alimenon*, escrita en romances.

De novelas en prosa no es ésta la primera tentativa del Duque. Van á cumplirse dos años que publicó juntas otras dos de muy diverso carácter: la leyenda morisca de *Hixem II*, y el relato contemporáneo de la aventura del *Capitan Morgan*, notándose en ambas (y esto es elogio no pequeño del autor) que valia más la ejecucion que los argumentos, y más el cosido que la calidad de la tela.

Los cuentos que llenan este volúmen se distinguen, ante todo, por la variedad de géneros y argumentos. Al lado de una fantasía, como *El Sueño de la vida*, de índole alegórica y descriptiva, se hallan narraciones de cos-

tumbres contemporáneas con un propósito más ó ménos trascendental y religioso, verbi gracia, *Morir sin Dios* y *El Padre Anselmo.*

Una de las cualidades más dignas de loa en todas estas relaciones es la sobriedad y concision con que los argumentos están desarrollados. Con el asunto de cualquiera de estas *historias novelescas* pudiera componerse una novela de largas dimensiones. No le pese de la brevedad al autor, que nada pierden los cuentos de Alfredo de Musset por ser breves, y en cambio, las novelas largas, si grandes cualidades narrativas ó dramáticas no las salvan, están mucho más expuestas que cualquier otra obra literaria á caer en olvido. Ni pierde el asunto nada por estar desarrollado en corto espacio; ántes parece que se destaca más y se fija en la imaginacion del leyente con más viveza, por lo mismo que la accion se presenta desnuda y escueta de toda prolijidad é incidente pegadizo que menoscaben la unidad de la impresion estética. Sólo un de-

fecto hallo á las novelas cortas, el de no poder ahondar en un carácter y mostrar sus múltiples aspectos y presentarle en muchas y variadas situaciones; pero áun este inconveniente puede vencerle el ingenio del novelista, si es penetrante y vigoroso, ya que pocos rasgos y bien trazados bastan para hacer indeleble una figura.

El Duque de Rivas está en camino de adquirir personalidad de novelista, como la tiene, y muy señalada, de poeta lírico; pero procede aún con cierta indecision, como quien busca su género; y no será aventurado suponer que los frutos, cada dia más maduros, de su ingenio han de vencer en color y entonacion á las lindas historias de este tomo, pero no de seguro en elegancia y cultura, y en cierto natural y pulido aticismo que en todo el libro reina y hace su lectura sabrosa por extremo. La prosa, correcta á pesar de cierto ligero baño frances, de que nadie se salva hoy, y ménos que nadie el que esto es-

cribe, es sobre todo fácil, suelta y rápida. Tomado el libro, no hay modo de dejarle de las manos. Ni sombra de afectacion, ni rastro académico (en el mal sentido de la palabra), ni nada, en suma, que enturbie la fácil y serena corriente de su estilo. El Duque de Rivas es modelo de sencillez, y la sencillez discreta es la perfeccion del arte.

No se opone esta sencillez á que el autor, sin sensiblerías ni aparato declamatorio, pero sin pecar tampoco de frio y marmóreo por amor desarreglado al arte puro, toque con delicada mano las situaciones tiernas y melancólicas, ni á que, cuando la ocasion se brinda fácil, deje correr su generosa vena lírica y trace cuadros tan frescos y lozanos como los de *El Sueño de la vida*, en que diestramente ha remozado, con espíritu á veces clásico de buena ley, una alegoría que pudiera tenerse por vieja y gastada. Pero nada hay viejo para el arte, que por sí goza de eterna juventud, y sabe infundírsela á cuanto él anima. Bas-

tan y sobran los felices rasgos descriptivos de este sueño para compensar la falta de novedad de la idea.

De las restantes obritas contenídas en este tomo, el *Padre Anselmo* es la más novela, y con no ser el autor (y hace bien) pródigo de detalles, los tiene felicísimos, ya en lo serio, ya en lo cómico. Pero yo prefiero á todas *Morir sin Dios*, así por lo valiente de la idea como por lo bien concebido y ejecutado del plan en términos tan estrechos. En tan cortas páginas hay accion interesante y hasta conmovedora; hay caractéres verdaderos y humanos; hay hasta un fin religioso y social.

Por el cual, y por las cristianas y sanísimas ideas de que todo el libro rebosa, tanto como por los aciertos literarios, merece el autor no escatimados aplausos, y yo se los tributo de todo corazon; que no se necesita pequeño valor en estos tiempos para arrostrar la garrulería de la impiedad triunfante, y volver por los santos fueros de la verdad hollada y es-

carnecida. La novela, aunque directamente, y por su cualidad de obra poética, no ha de empeñarse en inculcar al modo dialéctico principios é ideas, siquiera sean los más justos é indiscutibles; debe estar informada siempre y en todo de espíritu cristiano. Así lo están las del Duque de Rivas. Dios y su conciencia le darán el premio.

M. MENENDEZ PELAYO.

Excmo. Sr. D. Juan Valera.

Querido amigo:

En prueba de antiguo afecto, y por manifestarle de algun modo el alto aprecio en que tengo al ilustre autor de **Pepita Jimenez** *y de* **Parsondes**, *dedico á V. la presente narracion. No se fije V. en su escaso valer, sino en los sentimientos con que se la ofrece su afectísimo compañero,*

EL DUQUE DE RIVAS.

EL SUEÑO DE LA VIDA,

FANTASÍA EN CUATRO CUADROS.

EL SUEÑO DE LA VIDA.

¿Qué son los sueños? Hábiles plumas se han ejercitado sobre el asunto; pero el misterioso problema está por resolver.—Que miéntras el cuerpo y la razon duermen, la imaginacion en vela forja, con ayuda de la memoria, cuyas especies mezcla y confunde, sus fantásticas creaciones. Explicacion es ésta que no me satisface. Si la mayor parte de los sueños, verdaderos delirios, no se concibe sin el eclipse total ó parcial de la razon, otros, por el contrario, suponen el ejercicio y plenitud de todas las facultades del alma, y hasta la cooperacion del cuerpo y los sentidos. La dificultad en definir el fenómeno de los sueños consiste juntamente en la múltiple diversidad del

carácter que revisten, segun el concurso que prestan á la fantasía las demas potencias del espíritu y de la materia.

Cuando dormimos, la vida de relacion está por lo comun en suspenso; mas si por acaso los nervios trasmiten alguna confusa impresion al embotado cerebro, el juicio soñoliento y entorpecido la discierne mal, y la abandona desnaturalizada á los extravíos de la imaginacion. Así se comprende que la picadura de una pulga pueda parecernos, en sueños, golpe asestado por puñal asesino; una luz pasajera suscitar en nuestra mente los horrores de voraz incendio, ó el crujir de una viga la representacion de un terremoto.

Lo más frecuente es que, la vida de relacion paralizada, la memoria suministre de su caudal los elementos con que la imaginacion fabrica sus invenciones, absurdas y descabelladas si la razon no templa el vuelo de su alborotada compañera, pero admirables y sublimes si el juicio y la comparacion ponen tambien sus manos en la misteriosa trama. Entónces fantaseamos portentosas escenas, ó combinamos hábilmente peregrinas aventuras, y todo lo vemos y experimentamos con tan pasmosa verdad, con tan nimios detalles, que á no ser por el sentido íntimo, creeriamos, al despertar, que no habia diferencia alguna entre lo real y lo fantástico, y acabariamos

por convencernos, como el Segismundo de Calderon, de que la vida no es más que un sueño.

Y no sólo nos poblamos la mente de quimeras más ó ménos artísticas y brillantes; en nuestras ideales especulaciones llegamos á veces á tal lucidez, que la inteligencia parece traspasar el límite humano en sus maravillosas intuiciones. Todos conocen el divino arrobo de Jacob cuando vió la prodigiosa escala por donde bajaban y subian los ángeles; todos han leido los fatídicos ensueños que Joseph y Daniel descifraban en Egipto y Babilonia; y en tiempos ménos remotos, ¿quién ignora la terrible vision de Calpurnia, seguida á poco de la muerte de César; ó en órden más elevado, aquella otra tan poética y sublime, en que apareció la cruz, rodeada del *Hoc signo vinces* en caractéres de fuego, al gran Constantino?—Libro curioso el que reuniese los sueños célebres de que hacen mencion las historias, y explicase su influjo en la civilizacion, en la ciencia y en el arte.

¿Quién se atreveria á asegurar, en los ejemplos citados, que todas las facultades intelectuales no estaban más que despiertas? Y ¿qué diré de los casos de sonambulismo en que, no sólo los órganos cerebrales, sino el cuerpo y los sentidos toman parte en la accion de la fantasía? Segun la serie de ideas que se desarrollan en el

curso del sueño, el sonámbulo habla, gesticula, canta, camina y áun á veces trabaja. Famosos sabios, célebres artistas y poetas—y entre los últimos Voltaire y Crevillon—deben á tan misterioso estado notabilísimos fragmentos de sus obras. Nada más singular que el conocido caso del reputado violinista y compositor Tartini, el cual, en un acceso de sonambulismo, vió, ó pensó ver, al ángel de las tinieblas apoderarse de su violin y ejecutar la caprichosa pieza publicada despues con el nombre de *Sonata del diablo.*

Todo es extraño, inexplicable, casi sobrenatural, en esas conmociones cerebrales que tan extraordinarios efectos producen. ¿No es asombrosa, por ejemplo, la insensible transicion del sueño sonambúlico al ordinario, y que en éste recordemos lo que hemos fingido ó imaginado en el anterior, es decir, que soñemos que hemos soñado? ¿Y la vertiginosa rapidez con que las ideas se encadenan y suceden, hasta el punto de parecernos en algunos minutos que hemos vivido años enteros?

Otro fenómeno, en extremo curioso, y que he podido en mí mismo observar, es el dividirse ciertos sueños en várias jornadas, como las piezas teatrales, y desarrollarse en diversas noches. De algunos de ellos no podemos darnos cuenta al despertar; pero más tarde, acaso años despues,

vuelven á suscitarse en nuestra mente, como si el tiempo no hubiera corrido, tomando la accion en el punto en que fué interrumpida, para reanudarla con otras escenas y seguir su desarrollo más ó ménos verosímil ó disparatado. Otros hay tambien que se repiten diferentes veces, siempre con los mismos pormenores y circunstancias.

Pero lo más anómalo y extraño, observado igualmente en la propia experiencia, es el vago conocimiento que en ocasiones tenemos de ser mísero juguete de las aberraciones de un sueño. La razon entónces parece como que protesta contra los desvaríos de la imaginacion, aunque sin fuerza ni virtud para atajar su vuelo ó disipar sus caprichosas quimeras.

En las cortas líneas que preceden no me he propuesto, ni mucho ménos, dilucidar la gran cuestion del sonambulismo y los sueños, sino apuntar ideas generales y consignar ligeramente algunas observaciones, con que el lector pueda, hasta cierto punto, satisfacer sus escrúpulos — en caso de que le asalten — sobre la verosimilitud del siguiente relato. Es la sencilla historia de un sueño; y en ella, salvo haber llenado insignificantes lagunas y haber dado más humana cohesion á ciertos pasajes, mi voluntad no ha tenido más parte que la del escritor que, reuniendo sus recuerdos é impresiones, narra en un folle-

tin á sus lectores la fiesta teatral á que ha asistido.

Lo insólito del caso me ha impulsado á referirlo. Explíqueselo cada cual segun se le alcance; ya que nadie hasta ahora haya podido atinar con la clave de tales misterios, ni sabio alguno determinar el incierto eslabon que une lo real y lo ideal, la materia con el espíritu.

I.

En el mes de Julio del año de gracia de 186... hallábame en Suiza viajando por recreo, en la grata compañía de dos amigos, uno de los cuales conocia mucho el país y tenía en él excelentes relaciones.

Despues de pasar algun tiempo en las encantadas orillas del lago Léman, visitando los poéticos pueblecillos que en sus plácidas aguas se retratan, resolvimos traladarnos á Interlaken, de tanta fama por su aventajada situacion y por la salubridad y belleza de sus amenos contornos.

El viaje más cómodo y sencillo hubiera sido aprovecharnos del ferro-carril hasta Berna, y desde allí dirigirnos en diligencia á Thun, por cualquiera de los dos caminos que siguen el curso del Aar; pero uno de nuestros camaradas ob-

jetó que este itinerario, conociendo, como ya conociamos, á Berna y á Friburgo, no debia para nosotros tener muchos lances, y que lo más divertido, y al propio tiempo de más colorido local, sería subir el pintoresco valle del Ródano hasta su confluencia con el Dala, y desde allí, trepando por las gigantescas montañas de los Alpes bernenses, ganar el Oberland por los ventisqueros de la Gemmi. Aunque el otro de mis compañeros preferia, segun sus propias expresiones, el wagon de primera á los bastones con regaton y á los zapatos claveteados, y el silbido de la locomotora á las observaciones de los guías, yo incliné la balanza en favor del proyecto de nuestro amigo, que fué definitivamente adoptado.

Dejamos á Lausana, y en breves horas de ferro-carril, costeando primero el lago de Ginebra, y penetrando luégo en el ameno valle del Ródano, llegamos á Sion, fin entónces de la línea, y punto de empalme con la carretera que conduce á Italia por el Simplon.

Como la capital del Valais ofrece poco interes al viajero, sólo nos detuvimos en ella una hora para comer y descansar; y tomando despues el coche que teniamos preparado, emprendimos la marcha á Loëcheburgo, pueblecito ya situado en las vertientes meridionales de los Alpes bernenses, y donde pensábamos pernoctar, con la inten-

cion de salir de madrugada con nuestros guías para hacer la ascension de la Gemmi.

Aunque dos ó tres veces interrumpido por contemplar alguna cascada, el fantástico rompimiento de un monte, ó los bellos paisajes que tanto abundan en las riberas del Ródano, el viaje fué rápido, y á las siete de la tarde subiamos el camino que desde el valle se eleva serpenteando por las montañas, embebecidos con los variados y sorprendentes panoramas que á cada vuelta de la penosa ruta se ofrecian á nuestros ojos deslumbrados.

Ya hacía tiempo que habiamos dejado á la espalda á Sierre, la agradable (1), y nos encontrábamos como á un cuarto de hora de Loëcheburgo, cuando nos cruzamos de improviso con un jinete que en opuesta direccion venía; mas como al paso se reconociesen él y uno de mis camaradas, éste mandó parar el coche, y aquél volvió las riendas á su caballo, acercándose á nosotros con marcada satisfaccion. Era un propietario del Valais y amigo de nuestro compañero de viaje, á quien años atras habia conocido y tratado con alguna intimidad en Francia. Saludáronse muy cordialmente, estrechándose las manos; y luégo

(1) Así la llaman en el país.

que el caballero suizo se hubo enterado de que íbamos á pernoctar en Loëcheburgo,

—Señores—dijo con sencilla franqueza y tono afable—mi casa de campo está á un paso. El gozo que este encuentro me causa sería completo si quisieran ustedes honrarme aceptando mi hospitalidad. Por mal que les vaya bajo mi humilde techo, siempre les irá mejor que en una mala posada.

Cortésmente agradecimos su amable ofrecimiento, si bien tratamos de rehusarlo por temor de disturbar á su familia, debiendo al amanecer continuar nuestra expedicion.

—No hay familia que valga—repuso el bueno del valesano, sin avenirse á nuestras razones. —Mi mujer y mi hija hace tres dias que marcharon á Evian, sobre el lago de Ginebra, á pasar una temporada con una hermana mia. Y en cuanto á mí, como buen campesino, me levanto con las gallinas.

Y dirigiéndose á nuestro comun amigo añadió:

—¡Cómo habia yo de dejar pasar la ocasion de que probára V. el malvasía de mis viñedos! (1).

A tan expresiva solicitud no habia más que

(1) En muchos parajes del valle del Ródano se cultiva la vid, y en algunos puntos se produce excelente malvasía. La de los alrededores de Sion tiene mucha fama.

rendirse, y sin pensar en resistir, llevándolo al estribo, nos encaminamos á la mansion de tan liberal caballero.

Dejando la carretera general, tomamos una vía algo más estrecha, aunque sábiamente trazada en las asperezas del terreno, bastante quebrantado en aquellas alturas, y veinte minutos despues, ya á la caida de la tarde, nos encontramos á la puerta de la casa de campo de nuestro huésped.

Era el edificio de medianas dimensiones, confusa mescolanza de grande y de mezquino, de sólido y endeble, híbrido conjunto de diferentes épocas, géneros distintos y diversas necesidades. Una simple ojeada bastaba para comprender que sobre los restos y ruinas de un antiguo castillo, que debió levantarse en los aires como una amenaza, se habia edificado una alquería, acomodada sólo á los campestres, pacíficos usos de los laboriosos y sencillos moradores de las montañas del Valais. Todavía al uno de sus costados descollaba una torre imponente, aunque desfigurada con un moderno balcon abierto en sus muros, y escarnecida más bien que coronada por un rústico *belvedere*. En el resto de la fábrica las paredes graníticas alternaban con otras de frágil yeso ó de madera desnuda, siendo el edificio, segun el punto de vista, fortaleza, *chalet* suizo, ó casa vulgar de labranza, si bien los rápidos declives de

los empinados techos, cubiertos de pizarra, las buhardillas, chimeneas y salientes aleros le daban el carácter y aspecto de las construcciones del Norte.

Si el exterior de la morada de nuestro huésped dejaba bastante que desear relativamente al gusto y al arte, su situacion sobre una verde espaciosa colina, desde la cual se descubria parte del valle del Ródano y las nevadas cumbres de la Saboya, era inmejorable.

Los criados salieron á recibirnos. Su señor les dió las órdenes convenientes, y desde la puerta entramos en una vasta antesala, cuyo mueblaje y adorno consistian en dos grandes bancos de nogal esculpido, una araña de acero pendiente del techo, y en los muros unos cuantos medallones de antigua porcelana. Esta pieza daba acceso al comedor, al recibimiento y á las principales oficinas de la planta baja, y era ademas el punto de arranque de una cómoda escalera de encina, por la cual subimos con nuestro amable hospedador al primer piso, donde nos fué instalando á cada uno en su habitacion. Yo quedé para el último, y al llegar mi vez me llevó al fondo de la galería á que daban los cuartos de mis compañeros; allí abrió una puerta y me introdujo en la cámara que me habia destinado, cuadra espaciosa con sombría techumbre de madera artesonada.

—Esta pieza—me dijo—es el interior de la torre que ha visto V. desde afuera; lo mejor de la casa. Desde ese balcon se goza de una vista admirable. Es la estancia de honor que siempre tenemos reservada para algun amigo.

Como me llamase la atencion el magnífico lecho de roble ricamente esculpido, al gusto del siglo XVII, colocado en uno de los testeros,

—¡Ah! esa cama—añadió—es en efecto una joya de arte, y ademas tiene cierto valor histórico. Fué hallada en el sótano de un antiguo castillo, á cuyas ruinas, una de las curiosidades del país, cuentan los aldeanos que acuden por la noche á solazarse los diablos y las brujas. Con tal motivo corrian sobre tan bello mueble mil patrañas, y teníanlo arrinconado sus dueños, hasta que, sabiendo que me ocupaba en amueblar esta casa, me propusieron que lo comprase, y lo adquirí por poco más de lo que me habria costado un lecho ordinario.

El que era objeto de estas explicaciones hallábase coronado por un dosel de damasco carmesí, sostenido en la pared, y del cual pendian cortinas de la misma tela. Los demas muebles, sin estilo ni carácter determinado, nada de particular ofrecian, como tampoco la chimenea, de negro mármol, ni el ornamento de los muros, cubiertos, del zócalo á la cornisa, de un papel apa-

ñado de tinte rojizo, dividido en recuadros por sencillos marcos de roble. En suma, con sus bellezas é imperfecciones, era mi habitacion como no la hubiera de seguro encontrado en una fonda, y mucho más de lo que necesitaba para pasar cómodamente la noche.

Despues de aquella toma de posesion, y de atusarnos ligeramente, nos reunimos todos en la sala, y de allí pasamos al comedor, donde se nos sirvió una excelente cena, aunque improvisada, y donde nos quedamos de sobremesa en animada conversacion, entre los vapores del exquisito malvasía de nuestro huésped y el humo de los cigarros.

Al dar las diez en un gran reloj colgado en la pared, nos saludamos mutuamente, retirándonos á nuestros respectivos aposentos, con intencion de levantarnos á las cuatro de la madrugada.

Cuando entré en el mio vi que todo estaba en regla, y diez minutos despues me regodeaba en el artístico, y más que artístico, ancho, cómodo y remullido lecho.

Siguiendo una inveterada costumbre, y no teniendo á mano otra cosa que leer, me puse á hojear la *Guía de Suiza.* Pronto, sin embargo, noté que mis párpados se cerraban, resistiéndose á la lectura. Dejando entónces el libro, me persigné como cristiano, maté la luz, y rebulléndome en

las sábanas, me abandoné al dulce sopor que empezaba á embargarme. Ya casi traspuesto, antojóseme oir un rumor vago, algo como disputa entre várias personas, en voz muy leve y recatada. Abrí los ojos, mas al reclinarme para escuchar mejor, cesó el tenue murmullo. Figurándome que sería charla de criados en la inmediata galería, me dejé caer de nuevo en la almohada y me entregué francamente al sueño.

Dormia ya profundamente, cuando volvió á herir mi oido el mismo cuchicheo; pero esta vez de un modo más distinto. En vano hice esfuerzos por despertar: como bajo el influjo de una pesadilla sentimos á veces que lo que nos sucede no es real, sin poder, no obstante, desecharla, no pude tampoco, encadenado por una fuerza superior, sacudir aquella obsesion de mis sentidos. No habiendo, por otra parte, nada de amenazador ni doloroso, sino ántes bien de grato y suave en el misterioso rumor, sin más resistir me abandoné á aquella especie de estado cataléptico, prestando poco á poco atencion é interes al extraño coloquio que parecia flotar sobre mi lecho, y cuyas palabras iban siendo para mí cada vez más perceptibles.

—¿Qué harémos, pues?

—Es jóven aún; á mí me pertenece. Yo lo llevaré á mis risueños pensiles; yo abriré á sus ca-

ricias mi nítido seno, fresco y oloroso; yo esparciré á su vista embelesada los fugaces tesoros de Abril y de Mayo.

—Valen más sazonados frutos que frívolas flores. Dejadle, dejadle en mis manos. Yo daré vigor á su corazon, madurez á sus pensamientos. Yo le guardo riqueza y poder, deleitoso amor, verdaderos goces. Breves serán; pero... ¿cuál de nosotras pudo jamas detener la rueda de la fortuna?

—No, no; á mí debe corresponderme. Yo sola poseo el talisman que trueca en gozo el dolor y en dicha el infortunio. El mundo es triste ó alegre segun el cristal por donde se contempla. Yo le daré la copa de los placeres y pondré en sus ojos el prisma de la felicidad.

—¿A qué engañar á los pobres mortales? Yo le haré ver que todo es ceniza. Yo le mostraré el invierno de la vida, iluminado por los recuerdos, como helada region por luces boreales, y al fin de la triste existencia, la paz de la tumba.

Entónces las cuatro voces hablaron á la vez en son de reyerta, y como queriéndose imponer unas á otras, hasta que una de ellas, la última que habia enunciado su aspiracion, cortó el altercado con estas palabras, pronunciadas con acento frio y tono pausado:

—¿A qué perder el tiempo en vanas disputas?

Son las doce de la noche y no se va á levantar hasta las cuatro de la mañana : que cada una de nosotras sea dueño de sus sentidos por espacio de una hora.

Se avinieron los genios ó las hadas, ó lo que fueran , y empezó á sucederme lo que sigue :

II.

Me hallé de pronto en un parque magnífico. Erraba incierto por solitaria calle de frescos tilos y castaños en flor, cuando, saliendo de entre los árboles, se acercó á mí una jóven de sobrehumana belleza. Era su tez de purísima nieve; su talle, esbelto; verdes sus ojos; sus labios, como encendido rubí; llevaba recogidos por detras en forma de corimbo los cabellos y salpicados de gotas de rocío; una corona de claveles y jazmines ornaba su frente, y una blanca y ligera túnica, sujeta á la cintura por una guirnalda de entreabiertos capullos, hasta los piés le descendia.

—Extranjero —me dijo— sin duda tu feliz estrella te trae á mis dominios. Tu juventud me place; me inspiras interes, y quiero cumplir pródigamente contigo los deberes de la hospitalidad.

Quedé absorto al contemplar á aquella mujer tan hermosa; su dulce voz regaló mi oido como una armonía celestial, y el aroma que se exhalaba de todo su sér trastornó mis sentidos.

— Comprendo tu extrañeza al encontrarte por primera vez en estos jardines—prosiguió la desconocida.—Nada temas. Yo soy la maga Flérida, hija del sol y de las aguas, genio de la risueña juventud, reina de las flores, de los arroyos y de las aves. El tiempo que estés en mi poder volará como las auras ligeras, exento de zozobra y de cuidados. Yo te colmaré de amor y felicidad.

Y cogiéndome familiarmente de la mano, nos pusimos á andar por la calle de árboles, cuyas hojosas ramas nos protegian de un sol radiante de primavera.

Pronto desembocamos en un espacio ancho y abierto, admirable jardin con todos los primores y encantos del arte y la naturaleza. De una parte, y á cierta distancia, la poética orilla de apacible lago; de la otra, el ideal palacio de la bondadosa maga. Las más espléndidas y preciadas flores se apiñaban en vistosos arriates, que, formando graciosas labores, guarnecian los fáciles senderos. De trecho en trecho, reunidos en simétricos grupos, naranjos y limoneros cargados de azahar, y acacias, ciclamores y variados arbustos, luciendo odorantes ramos blancos, azules ó carmesíes.

Mágico y fiel espejo de aquellos encantos, extendíase en medio del jardin un gran estanque de alabastro oriental, en cuyo centro se levantaba un elegante grupo, que hubiera honrado el cincel de Fídias; Vénus Citerea, en carro de conchas y corales, tirado por delfines, de cuyas bocas saltaban cristalinos caños de bullidora linfa. Pero más bellas que la estatua, y más deslumbrantes que las flores, eran las ninfas que en aquellas aguas jugueteaban, entonando alegres canciones. Al vernos, calláronse de repente, ocultándose pudorosas tras el grupo de mármol, ó bien cubriéndose con los esparcidos cabellos, ó con el ala extendida de algun cisne, de los muy gallardos que por el estanque surcaban.

Guiado por la maga, subí la escalinata de su divino alcázar, y atravesando el brillante pórtico, penetré con ella en una sala maravillosa, donde quedé suspenso y deslumbrado. Era su arquitectura extraña, fantástica, indescriptible; peregrino conjunto de agua, de luz, de cristal y de flores. La bóveda estaba formada de innúmeras estalactitas, que piñas y racimos de piedras preciosas semejaban, y en cuyas resplandecientes facetas, descomponiéndose la luz, tornasolaba aquella mansion con todos los colores del íris. Las columnas eran esbeltas palmas, por cuyos rubios troncos se enlazaban fragantes enredaderas de

rosas, madreselvas y jazmines, formando entre árbol y árbol espléndidos festones. Mil surtidores, elevando y combinando artísticamente sus vivas salutíferas aguas en caprichosos arabescos, refrescaban la atmósfera, halagando dulcemente el oido. Eran las ventanas luminosos rompimientos de contornos varios y delicadísimas labores; parecian como góticas claraboyas de matizado encaje, ó más bien afiligranados ajimeces sostenidos en ligeras columnas de zafiro. Leves cascadas, cayendo á la parte exterior, cerraban los huecos á guisa de trasparentes cortinas. En medio de aquel albergue de las hadas, una vasta mesa de nácares y oro estaba cubierta de exquisitos manjares, y deliciosos néctares hervian en cinceladas ánforas. Pendientes de floridos arbustos se advertian en torno muy galanos y vistosos panderos, arpas eólicas y ebúrneas mandolinas.

—La juventud—me dijo la maga—es época de amor, de cantos y festines. Ha llegado la hora del banquete, y vàs á comer con las beldades más insignes de la tierra. Verdad que sus hechizos son pasajeros; mas ¿qué importa, si miéntras duran arrebatan el alma y los sentidos? Puedes escoger las que quieras. Ya verás cómo te enamoran..... ¿Me contemplas embelesado y lleno de ternura?..... Comprendo tu emocion. Sí, soy hermosa y subyugo los corazones; pero no conoces

á las otras : ademas, yo vivo en ellas y me amarás tambien si las amas, pues son como mi propio sér, y sus galas y atractivo, mi gloria y mi orgullo. Te advierto, sin embargo, que no hay rosa sin espinas; que el albor de las azucenas se mancha sólo con el aliento, y que las flores caen deshojadas al querer gozar demasiado su embriagadora esencia.

Calló la maga, y abriéndose de par en par las puertas de aquella prodigiosa estancia, entraron pausadamente, envueltas las divinas formas en nítidas gasas de múltiples y brillantes colores, y de variadas y diversas hechuras, aquellas mismas ninfas que ántes habia visto jugueteando en las aguas del estanque. A su presencia quedé extático; y era tal la fragancia que se exhalaba de sus virginales senos y frescas vestiduras, que, en vago mareo, me sentí desfallecer y caí desmayado.

Al volver en mí, halléme en los flexibles brazos de aquellas deidades. Una de ellas, de suave contorno y púdica expresion, ceñida de una túnica azul como el lirio, refrescaba mi frente, dejando caer sobre ella las gotas de rocío que esmaltaban sus cabellos de oro; otra, pálida de emocion y estremecido el cándido pecho, que en parte cubria un peplo verde esmeralda, me aireaba el rostro con un abanico de grandes, aterciopeladas hojas.

Repuesto al fin, y acostumbrado ya á aquella atmósfera de ambrosía, nos sentamos á la mesa y comenzó el alegre banquete.

Unas me ofrecian delicadísimos manjares; otras, suavísimo néctar en deliciosos cálices. Al mismo tiempo, las pintadas aves, saltando de rama en rama, y las alondras, los mirlos y los ruiseñores, concordando sus melodiosos gorjeos, acompañados del murmullo de las fuentes, de las arpas heridas por los céfiros, de los panderos batidos cadenciosamente por los frondosos vástagos que las auras á compas impelian, formaban una orquesta maravillosa, una armonía indescifrable, un concierto sublime, que llenaba el alma de ventura y daba mayor embeleso á aquella mansion del Paraíso.

Pero lo que verdaderamente me cautivaba el corazon, enajenándome los sentidos, eran aquellas ninfas, cuyo aliento me trastornaba, y cuyos dulces halagos me enloquecian de amor. Por otra parte, no sabía en cuál fijarme, ni cuál elegir: ¡eran todas tan bellas! En medio del placer que experimentaba contemplándolas, no sé yo qué notaba de raro ó qué sentia, que á veces me desorientaba: al departir con cualquiera de ellas, antojábaseme de improviso que sus pálidas ó encendidas mejillas eran rosas ó azucenas, tornasolados pétalos sus vestiduras, y sus rubios cabellos las

doradas hebras de los tulipanes. Pero fijándome bien en tan peregrinos seres, la ilusion se desvanecia, volviendo á ver distintamente en ellos las humanas, si bien hechiceras, formas de olímpicas beldades.

Una de las que junto á mí se hallaban, se inmutó de repente, lo cual me causó viva ansiedad.

—No tengas cuidado— me dijo al oido la que á mi otro lado estaba—es que me galanteas, y los celos le roen el corazon.

Viendo, sin embargo, que la primera se caia hácia mí descolorida y mustia, acudí con presteza á sostenerla; pero al mismo tiempo que se recobraba volviendo á su noble gallardía, un inmundo gusano se deslizó entre mis dedos, dejándoles un rastro de ponzoñosa baba. Por fortuna, muy cerca de mí saltaba uno de los surtidores, y en su bullicioso cristal me purifiqué la mano, que una de las hadas me secó oficiosa con su propio vestido. Instantáneamente, desvanecida la mala impresion, continuó el animado festin entre charlas, risas y alborozo.

El sol habia ya traspuesto las azuladas cimas, dejando tras de sí como el vivo resplandor de una inmensa hoguera. Gradualmente las purpúreas tintas fueron tornándose cárdenas y violadas, desvaneciéndose luégo en indeciso, vago crepúsculo; pero ántes que éste espirase, apareció la plateada

luna por detras de la colina que cerca del palacio se levantaba.

Concluido el banquete, nos trasladamos al jardin, donde las ninfas se dividieron en diversos grupos; y en aquel plácido ambiente, á la suave claridad de los astros, unas se lanzaron al lago sobre lucientes conchas tiradas por nevados cisnes; otras se pusieron á pulsar las arpas y mandolinas, entonando á la par suavísimos cantares, y las demas, agitando los panderos, danzaban á mi alrededor, formando leves círculos sobre el tierno y menudo césped. Al tocarme sus olorosas y flotantes vestiduras, y á veces sus descogidos cabellos, magnéticas chispas sulcaban mis venas, y sentíame arrebatar por aquellas fascinadoras imágenes.

Una de ellas, en uno de los giros de su aérea, voluptuosa danza, se apoyó ligeramente sobre mi hombro, dejándome aspirar su hálito embalsamado. Ébrio de amor, tendí el brazo para asirle la cintura; mas al tocarla sentí una dolorosa impresion, é instintivamente retiré la mano. Vi entónces un poco de sangre en mis dedos, y pensé que me habia picado con algun alfiler del vestido de aquella celestial bayadera, olvidando en seguida la desagradable pero fugitiva sensacion.

Dejando el grupo de las que bailaban, me dirigí hácia una ninfa que se paseaba sola á orillas del lago. Muy lindas eran sus compañeras; mas

ésta me pareció aventajarlas por su gentil donaire, la tersura y pureza de sus nacaradas formas, la flexibilidad de su talle, y hasta por su airoso prendido de verdes hojas, salpicadas de fulgentes perlas.

Como á ella me acercase, díjome con voz dulcísima:

—¿Eres feliz?

—¡Ah, sí, mucho! ¿Quién no lo sería en esta region venturosa, y sobre todo, contemplando tu hermosura?

—¡Lisonjero!..... Otras gracias te seducen más que las mias.

—¡Oh, no! Te lo juro.

—Hace un momento te heriste la mano al abrazar á una de mis rivales.

—Al dar una vuelta se apoyó en mí, y pensando que se caia, fuí á sostenerla. Créeme; yo te prefiero y te amo con locura.

La ninfa se sonrió con inefable terneza; y figurándoseme que se inclinaba hácia mí y me tendia los brazos, la estreché con afan entre los mios; mas en aquel instante desprendióse de mí con violencia: parecíame, no obstante, continuar aspirando su perfumado aliento y tenerla aún aprisionada en mis manos: abrílas, y los ajados pétalos de una flor cayeron sobre el lago. Consideré un momento el mísero despojo de mi be-

lla burladora, y quedé pesaroso y meditabundo.

Mas no era aquel lugar de tristeza, y otras beldades que de allí á cierta distancia se hallaban, y que hermanas debian de ser, segun la semejanza de sus rostros y atavíos, empezaron á llamarme con graciosas señas. Estaban sobre un pequeño promontorio que entraba en el lago; unas con túnicas rosadas, otras de nívea blancura, se balanceaban suavemente, gallardas y flexibles como adelfas, mirándose en el espejo de aquellas límpidas aguas. Acudí al llamamiento de las amables ninfas, que me acogieron risueñas y obsequiosas, entablando conmigo sabrosísimo coloquio, salpicado de tiernos suspiros; pero á medida que me prodigaban sus amantes halagos, extraña pesadez se fué apoderando de mi cabeza, y borrándoseme progresivamente las ideas, perdí al fin el sentido, cayendo en los brazos de aquellas deidades.

III.

Una ráfaga abrasadora y una fuerte sacudida vinieron á sacarme bruscamente del morboso sueño en que yacia. Abrí los ojos, y esforzándome en vano por reanudar el hilo de mis pensamientos, y sin conciencia de lo que me acontecia, me hallé, con asombro, tendido á la orilla de un lago, entre acuáticas plantas y palustres flores; y á mi lado, inclinada hácia mí, una matrona de negros cabellos con espigas entrelazados, ojos de fuego, tez morena, labios de púrpura, abultado seno, vestida con una túnica rozagante, y ceñido el talle de una guirnalda de amapolas, me prodigaba solícita sus cuidados.

Eran las primeras horas de una hermosa mañana del estío, y el sol, como un inmenso globo de fuego, asomaba la radiosa faz por las vecinas cum-

bres. Con el auxilio de la noble desconocida logré levantarme, y ya de pié, tendí la turbada vista por aquel lugar solitario. Un grupo de adelfas blancas y rosadas, que no léjos de mí se mecian, llamándome de pronto la atencion, empezó á disiparse la confusa niebla que mis facultades envolvia. Las imágenes y recuerdos de la víspera acudieron en tropel á mi mente: corrí á buscar el palacio donde habia asistido al espléndido festin; mas sólo hallé en su lugar matinales vapores, en móviles formas de fantástica arquitectura; y de trecho en trecho, vástagos tronchados, plantas holladas y mustias ó deshojadas flores. Terrible angustia me oprimió el corazon: alcé la mano para enjugarme el frio sudor que humedecia mi rostro, y vi con espanto que la tenía herida y manchada de sangre. Empecé entónces á imaginar que se me habia vuelto el juicio, y sin cuidarme de la desconocida, traté de huir de aquellos parajes: inútil empeño; ella, cerrándome el paso, me dijo así con persuasivo acento y ademan imperativo:

—¿A dónde vas, insensato? ¿De esa manera me pagas el interes que acabo de mostrarte? Sin mí no habrias salido jamas del letargo en que te hallabas sumido entre esas hierbas ponzoñosas. Yo, que poseo la virtud de tornar en sazonados frutos las frívolas galas de la primavera, te vi de léjos,

y corrí á salvarte por convertir tambien tus juveniles ilusiones en altos y maduros pensamientos. ¿Qué echas de ménos? ¿Qué buscas pesaroso en estos alrededores? Pasaron, y no volverán, los dulces cantares, las danzas ligeras, los fútiles devaneos. Las flores que esmaltaban ayer estos campos han caido marchitas al soplo del estío. En cambio, parecen bosques de oro las apretadas mieses, y embalsaman el aire los frutales cargados de pingües tesoros. Tiempo es ya para tí de gallardas empresas. ¿Ó piensas pasar una existencia inútil y sin dignidad, entre necios recuerdos y vanas lamentaciones?

Las severas y varoniles palabras de aquella matrona, y más que nada, el hálito vivificador que se escapaba de sus rojos labios, restauraron mis desfallecidas fuerzas, dieron temple á mi corazon, desconocido vigor á mi espíritu.

Ella, notando la mudanza que se efectuaba en mi sér,—Sígueme—me dijo;—y si tienes noble brío y fuerte brazo, como lo hacen presumir la llama de tus ojos y tu bizarra apostura, yo te abriré nuevos horizontes, y será tu vida fecunda y gloriosa. Dejemos estos amenos parajes, pero débiles é improductivas tierras, y vén á mis dominios, que están cerca de aquí, detras de ese collado.

Echó delante de mí por una senda que, serpenteando en un bosquecillo de acacias, iba á parar

á la base de la colina, y con paso firme y donairosa actitud empezó á subirla, dejando ver la parte inferior de su robusta y elegante pierna, y un pequeño pié, en sandalia de púrpura aprisionado. Al llegar á la cumbre, —Esos son mis dominios, —me dijo; —y contemplé admirado la magnífica vista que desde allí se gozaba.

Era un extensísimo, sinuoso y pintoresco valle, en parte tapizado de rubias y copiosas mieses, que, movidas por las tibias auras, ondulaban como un mar de oro fundido. A un lado, lomas y cañadas cubiertas de espesos olivos, ligados entre sí por exuberantes festones de viña; al otro, en una dilatada pradera, por la cual, aquí y acullá, corrian limpios arroyos, fertilizándola, numerosos rebaños de rollizas vacas y cándidas ovejas pastaban. Alegres aldeanas las iban ordeñando, y miéntras llenaban sus cántaros de sabrosa leche, mugian detenidos los chotos y balaban los corderillos. Cerca de algunas alquerías, entregábanse los pastores al esquileo, y montones de blanco y negro vellon cubrian á trechos la menuda hierba. Sobre una ancha meseta, hácia un extremo del valle, y presidiendo los feraces campos, se elevaba el castillo de la opulenta matrona, destacándose sobre el fondo azulado de las lejanas montañas, y detras de él se extendia por un terreno quebrado, hasta la falda de ellas, un

espeso bosque de abetos, castaños y nogales. Un claro, caudaloso rio, de serena corriente y aguas puras y saludables, cruzaba en caprichosos giros la espaciosa vega. Sobre ambas orillas, guarnecidas de verdes sauces y plateados álamos, se descubrian blancas aldeas entre cultivados huertos, y más cerca de nosotros, fragantes bosquecillos, en que las higueras destilaban miel, y las entreabiertas granadas parecian piñas de rubíes. Agréguese á esto el olor del tomillo y del heno, el arrullo de las tórtolas, el zumbido de las abejas, el lejano són de las esquilas, y se tendrá una pálida imágen de aquel deleitoso cuadro, donde la felicidad tenía su asiento y yacia volcado el Cuerno de la Abundancia.

En breve espacio llegamos al majestuoso alcázar. Daba la fachada principal á una vasta plataforma, limitada por un calado pretil á manera de balcon, desde el cual se dominaba el espléndido paisaje.

Cerca del labrado antepecho, cuatro gigantescos plátanos formaban, entrelazando sus ramas, un umbroso cenador, en cuyo centro se elevaba una mesa de mármol, rodeada de rústicos sitiales. A la grata sombra de aquellos árboles y á la vista de aquel panorama hízome sentar la princesa Estiva, que así se llamaba la soberana y señora de aquel pingüe Estado.

Sus siervos cubrieron entónces la mesa de exquisitos manjares y deliciosas frutas, con que pude reparar mis fuerzas decaidas, y, satisfecho mi apetito, la Princesa entabló conmigo el siguiente coloquio:

—¿Qué te parece ese dilatado valle?

—Un trasunto del Paraíso.

—¿Y á mí cómo me encuentras?

—Digna, por la piedad y la belleza, de ser reina del universo.

—Pues bien, cuanto alcanzan tus ojos atónitos, y mucho más, es mio, y..... si quieres, será tuyo.

—¡Ah señora! Os burlais de mí. Yo no soy más que un pobre extranjero que os debe la vida, y en este momento es vuestro esclavo.

—No es ocasion de burlas. Si debes la vida á mi generosidad, puedes á tu valor y esfuerzo deberles mi corazon.

—Por el más baladí de vuestros caprichos gozoso derramaria mi sangre. Mas ¿qué ha de importarle mi esfuerzo á tan rica y poderosa señora?

—Rica lo soy, ciertamente. Mi aliento creador derrama por todas partes la abundancia, y mis estados no tienen rival; mas ¡ay! no todo está en mi poder, ni me es dado preservar mis campos de las asechanzas y emboscadas de maléficos genios,

envidiosos de mi opulencia y enemigos de mi felicidad.

Una lágrima veló un instante sus vívidos ojos, evaporándose muy luégo, como leve nubecilla al ardor del estío.

— Noches pasadas — prosiguió — una terrible pesadilla vino á turbar la paz de mi beato sueño. Yo, que esparzo la fecundidad y llevo en mi seno el calor de la vida, sentí que se me helaban los miembros, que el hambre me roia las entrañas, y que estos campos, tan feraces y rientes, en triste y desolado yermo se convertian. — Al rayar la aurora llamé á un antiguo y fiel servidor de mi entera confianza, y acompañado de veinte de mis siervos, cargados de riquísimos presentes, lo envié á un sabio astrólogo, que tiene su habitacion en aquellas remotas cumbres, rogándole que me explicase el oscuro y pavoroso ensueño. Toda una noche se pasó el sesudo varon observando el curso de los astros en sus misteriosos grupos, giros y conjunciones, ó trazando en un pergamino signos extraños y cálculos cabalísticos. Ya entrado el dia, despidió á mi gente, entregando al mensajero un rollito de vitela sellado. ¿Cuál sería, al abrirlo, mi dolorosa sorpresa leyendo en él lo que ahora mismo verán tus ojos?

Sacando entónces de entre los pliegues de la túnica un pequeño pergamino, lo extendió

á mi vista y leí con asombro estas palabras:

«Antes de cuarenta dias tres legiones invadirán tu reino: una vendrá por Oriente y destruirá tus ganados; otra del Mediodía y pillará tus mieses; la tercera avanzará de Occidente y abatirá tus viñedos y tus frutales. Así lo disponen los astros. Sólo un brazo desconocido puede salvarte.»

—Tú eres, sin duda—añadió la Princesa—el varon fuerte que me depara el destino para rechazar las invasiones que me amenazan.

Aunque la viva ansiedad de tan hermosa y excelsa dama hondamente me conmovia, casi me alegraba de verla en tan duro trance, envaneciéndome el pensar que, á mi vez, iba yo á ser su protector, y que á mi pujanza y brío podria deber la salvacion de sus dominios. Regocijábame tambien la idea de que tan suprema beldad fuese premio de mis hazañas, dando, por supuesto, como indefectible la victoria.

—Señora—prorumpí—á todo estoy dispuesto. Yo os libraré de vuestros enemigos ó sucumbiré en la demanda. Mas no hay tiempo que perder. Desde ahora hay que saber con qué fuerzas, con qué recursos contamos: hay que preparar la gente y las armas, ocupar los puntos estratégicos, tomar posiciones en las angosturas, colocar avanzadas en sitios convenientes, vigías en las cum-

brcs, y tener en perpétuo movimiento partidas volantes de audaces batidores.

Mi ardimiento exaltó á la Princesa, y poniéndose de pié exclamó:

—¡Ah, no me habia engañado! Tú serás mi libertador. Para tí, en cambio, mi amor y mi gratitud.

Y echándome al cuello los brazos, imprimió sus labios sobre los mios. Se estremeció todo mi sér, y sentí mi corazon como en voraz incendio abrasarse. Notó la Princesa la sensacion que su afectuoso arranque me habia producido, y deponiendo la ternura por la majestad severa, añadió:

—Mas no es ocasion de amorosas protestas, sino de apresurar los medios de la defensa y el triunfo. Cuenta desde ahora con millares de robustos aldeanos, de los cuales puedes disponer á tu albedrío: acostumbrados á cazar en los bosques vecinos, son diestros en disparar la flecha y arrojar el venablo. Tengo á tu disposicion poderosos corceles. Armas puedo darte cuantas quieras: en los sótanos de este alcázar hallarás impenetrables rodelas, cascos penachudos y fulmíneas espadas. Las tenía más bien por vana ostentacion, siendo, por lo comun, inalterable la paz en esta feliz comarca; pero hoy, que necesarias las hace el destino, que ellas en tu poder sirvan para escarmentar á pérfidos agresores.

Me sentí mayor; me pareció más claro y activo

mi entendimiento, más enérgico mi corazon. Inspeccioné las armas, recorrí á caballo las aldeas, formé regimientos de los más fornidos y ágiles campesinos, los adiestré en el manejo del arco y de la pica, fortifiqué ciertos parajes, puse atalayas en las alturas y establecí señales para que se comunicasen entre sí; á algunos de los más astutos y avisados los envié á los países circunvecinos, con objeto de que me participasen cualquier movimiento sospechoso que advirtiesen; ofrecí premios á los que más se distinguieran; tomé, en fin, cuantas medidas y precauciones me sugirió mi exaltacion guerrera; y confiando en mi buena estrella y en mi natural intrepidez, me fuí á gozar anticipadamente en los brazos del amor de un triunfo que daba por seguro.

La Princesa, que habia presenciado mi actividad, mi decision, y que veia el pié de defensa en que habia puesto sus Estados, recobró su antigua serenidad, y renaciendo la alegría en su alcázar, agradecida y obsequiosa, me prodigó sus tesoros y caricias.

Volaba el tiempo, y como no advertia por ninguna parte síntoma ó señal de que pudieran cumplirse los vaticinios del astrólogo, dí de mano á mis ocupaciones militares, y adormecido en el regazo de los placeres, llegué casi á olvidar los riesgos de mi augusta protectora.

Una noche dormia descuidado en sus amantes brazos, cuando el estridente sonido de bélica trompa vino bruscamente á interrumpir mi sueño. Salté del lecho, corrí al balcon, y vi fogatas encendidas hácia la parte de Levante, y oí al mismo tiempo la voz de alarma, repetida por el eco de los montes. Inmediatamente revestí la armadura; y enterándome de que, durante la noche, sobre las orillas de unos pantanos, allende las colinas que cerraban el costado oriental, se habian repentinamente juntado numerosos escuadrones, que, empezando á ganar las alturas, estaban causando gran detrimento en los ganados, dicté las órdenes convenientes, y corrí desde luégo con algunos caballos á contener á los invasores, que el resto de mi tropa debia atacar por los flancos.

A medida que me acercaba al sitio del peligro, iba distinguiendo entre la neblina que coronaba las lomas los extraños, indecisos y pavorosos contornos de numerosas, fantásticas falanges; guerrreros que parecian crecer y revolverse, cual nubes que apiña la tempestad y remueve el viento; hórridos yelmos y colosales penachos, como las columnas de humo que se destacan de los volcanes; diabólicos jinetes sobre monstruos alados de espantosas, mudables é incomprensibles formas. Metí espuelas á mi bridon, y con la espada en la mano, repartiendo frenéticamente tajos y

estocadas, penetré sin resistencia en el tropel de mis enemigos. Pero en medio de su hueste el silencio de la muerte me rodeaba, y hubiera creido que combatia con sombras, á no ver en torno mio rodar por el polvo mis valientes soldados, y á no desplomárseme bajo las piernas el caballo, como herido de una centella, arrastrándome en su caida á profundísimo barranco, en donde, maltrecho y contuso, logré á duras penas levantarme.

Sin el alba que empezaba á clarear, hubiérame sido imposible salir de aquel abismo; áun con la luz del dia, en el estado en que me hallaba, no era fácil ni rápida empresa volver al sitio de la azarosa lid. Y siendo vano intento trepar por donde habia caido, llevado de mi ardor y generosa impaciencia, me puse por otro lado á escalar trabajosamente el agrio precipicio.

Cuando llegué, por fin, al lugar del combate, el sol brillaba ya en todo su esplendor, y con asombro vi que las enemigas haces habian completamente desaparecido. Mis fieles soldados estaban sanos y salvos; pero todos sus caballos habian sucumbido, traspasados por invisibles y mortales flechas. Tristes lamentos poblaban el aire, y grupos de campesinos, llorosos y consternados, vagaban por los cerros ó en torno de las alquerías. La mayor parte del ganado habia perecido, y millares de reses muertas yacian esparcidas por

los campos. Algunos ternerillos mugian entre los cadáveres de sus madres, y alrededor de las muertas ovejas, los corderillos que no habian tenido igual suerte daban lastimeros balidos. El cuadro era verdaderamente conmovedor.

Debo, sin embargo, confesar que más que la vista de aquellas desgracias me preocupaba la idea de tenerme que presentar delante de la Princesa, no como triunfador, sino humillado y vencido. Pero..... ¿qué diablos podia yo hacer con impalpables enemigos, ni de qué servir mi valor, por grande que fuese, para atajar la peste que, como el rayo, tan súbitamente habia diezmado la ganadería? Buscára un veterinario, que no un capitan, la Princesa, y acaso el bisturí hubiera sido más eficaz que la espada. Mas, sea lo que quiera, lo cierto es que la primera parte de la prediccion del astrólogo se habia cumplido, y que, á pesar de mis bravatas, de nada absolutamente habia yo servido para salvar la riqueza pecuaria de mi protectora.

Como la noticia de las derrotas llega siempre ántes que los derrotados, cuando volví al alcázar, el desastre era ya conocido, y todo lo hallé en el mayor desórden y confusion. Los fieles servidores de la Princesa corrian de aquí para allí atolondrados, sin saber ellos mismos lo que hacian. Al paso me topé con algunos que, mirándome de

reojo, comenzaron á hablarse al oido, escamándome, y no poco, con sus importunos cuchicheos.

Decidido á arrostrar todas las desventajas de mi falsa posicion, sacando fuerzas de flaqueza y procurando dar calma á mi semblante, audacia á mi ademan, me introduje resueltamente en el camarin de la Princesa.

Descogida la túnica sobre el seno, la ondeante cabellera cubriendo en parte la mórbida garganta y torneados hombros, se hallaba sentada en un sitial de púrpura, apoyado el codo en un velador de sándalo y nácar, y la frente sobre la diestra mano: tenía los ojos bajos; el surco de una lágrima en la mejilla; las piernas cruzadas, dejando ver, entre los elegantes pliegues del ropaje, el desnudo pié sosteniendo apénas la chinela de oro, el siniestro brazo negligentemente caido sobre las rodillas, y en la entreabierta mano un roto abanico de matizadas plumas, de que se notaban fragmentos diseminados por el terso pavimento. Como oyese abrir la puerta, alzó la gentil cabeza, y fijando en mí la hosca mirada, me sentí desconcertado.

—Despues de tan insigne victoria—me dijo con irónico acento—¿vienes, sin duda, á que te corone de laureles?

—¡Ah, señora! No merezco tan cruel sarcasmo...

—Te libro de las garras de la muerte; te colmo

de beneficios; me humillo ciega hasta darte mi corazon, y cuando esperaba, haciendo tuyos mis tesoros, que supieses defenderlos con heroico brío, dejas que mis enemigos invadan mi territorio y hagan impunes tan horrible matanza en mis ganados.

—Yo luché como bueno, y llevo en el cuerpo las señales de mi arrojo. Mas ¿qué puede la humana intrepidez con los espíritus del abismo? Yo buscaba hombres y no hallé más que sombras; mi espada pedia acero, y se cruzaba impotente con saetas invisibles.

—¡Vanas palabras! La culpa es mia, que en tan mezquino mortal deposité mi esperanza, y crédula escuché sus interesadas protestas.

—¿Por qué me arrancasteis al letargo de la muerte? Ya que mi triste existencia no puede seros útil, dejadme partir y devorar léjos de vuestra presencia mi amargura.

—Eso faltaba para darme la medida de tus nobles impulsos. Cuando nuevos enemigos se aprestan á invadir mis Estados, y van á ser pilladas mis mieses, arrasados mis huertos, quieres prudente sustraerte al peligro, dejándome abandonada á mis odiosos adversarios. ¡Ay infeliz de mí! ¡Quién me dijera que habia de verme así afrentada! ¡Le doy mi amor, y no sabe sacrificar por mí su miserable vida!

Mi situacion era por demas embarazosa : por una parte pesábanme los favores recibidos, que tan indelicadamente se me echaban en cara; por otra, la superioridad y la belleza de aquella mujer afligida me subyugaban con irresistible encanto. Ademas, me heria profundamente el que dudase de mi valor, y el orgullo me hacía desear con vehemencia una ocasion en que rehabilitarme.

—Deponed tan injusto rigor—exclamé.—¿Qué me importa la vida, si no me sirve para volveros la dicha y la tranquilidad? No, no partiré. Bástame que creais que áun puedo emplearme en vuestra defensa. Mas ¡plegue al cielo que sucumba en la demanda si no he de ser más feliz en otras empresas!

Voluble y tornadiza, como lo son en general todas las de su sexo, no tardó en amansarse la Princesa luégo que hubo arrojado en mí la hiel de su despecho; y tal vez por un resto de amorosa simpatía, ó porque, no obstante sus sarcasmos, abrigase todavía un ápice de confianza en mi denuedo, y con él contase para salir de nuevos apuros, en nada cercenó las ámplias facultades que me habia concedido para el mando de su gente y la defensa de su territorio.

Tampoco dejó en adelante de mostrarse afable conmigo; pero ¡ay! ya muy diferente en su trato

y manteniéndome á cierta distancia, como si entre nosotros no hubiesen jamas existido lazos más íntimos.

La amarguísima impresion que me causó su nueva actitud me hizo comprender que, á mi pesar y no obstante su injusto comportamiento, ó acaso por lo mismo, amaba ciegamente á la Princesa. Consolábame, sin embargo, la idea de que en breve se me presentaria ocasion de reconquistar su cariño. ¡Como si fuera posible encender en un corazon dos veces la misma llama! Por otra parte, entregado en cuerpo y alma á los preparativos de la próxima lucha, no me quedaba mucho tiempo que emplear en cavilaciones de amante ofendido.

Secundábanme los aldeanos, por mí organizados militarmente, si bien no trabajaban ya con aquel ahinco y ardor de anteriores dias. El no haber logrado evitar el desastre acaecido habia amenguado sensiblemente mi prestigio de hábil capitan, y me atormentaba la idea de que la desconfianza que notaba en mi gente pudiese comprometer el éxito de la victoria. Para levantar los ánimos sobrecogidos me ocurrió un medio de defensa, que hiriendo la imaginacion de mis sencillos soldados, aumentase su decision, inspirándoles seguridad en el vencimiento. Y con el fin de darles á conocer mi proyecto, y de que sin

más tardar lo pusiesen por obra, reuní á mi tropa y le dirigí con calor la siguiente arenga:

«Fieles subditos de la princesa Estiva: En medio del dolor que me causa la ruina de vuestros rebaños, digna hazaña de nuestros odiosos enemigos, consuélame el pensar que no hemos perdido un solo hombre, y me alienta y me llena de orgullo el arrojo con que os lanzasteis á combatir en las tinieblas de la noche á los soldados del abismo. Si traidoramente, con dardos invisibles, sembraron la muerte en los ganados, gala ayer de nuestras praderas, ya sabemos que nada pueden contra nuestras personas sus diabólicas armas, y mucho ménos les pueden servir para pillar mieses ni abatir frutales.—Os vi en la pelea y admiré vuestro brío: no desmaye aquel ardimiento, y es bien seguro que en la próxima lid recibirán nuestros adversarios el duro escarmiento que merece su felonía.—Por la parte oriental nada tenemos ya que temer; del lado de occidente, altas montañas nos protegen; y para mayor seguridad, porcion de nuestros bravos guarnecen los desfiladeros. Lo más expuesto es la parte del Sur, donde se despliega la campiña, toda cubierta de espigas de oro; pues bien, cerremos por allí la entrada del valle con un ancho muro de tierra, en el cual se estrellen las fuerzas enemigas. Por dicha nuestra, contamos con suficientes brazos; las mujeres

podrán ayudarnos; y si ántes de concluido acudiesen los invasores, la parte fabricada hará que se concentre en ménos espacio nuestro esfuerzo y nos sea más fácil rechazarlos. — Por el lustre y gloria de nuestra soberana, por la paz de sus estados y vuestra propia ventura, seguid unidos y obedientes á vuestro general, y seréis invencibles.»

El tiempo corria; casi un tercio del muro estaba ya levantado, y viendo que sólo faltaban dos ó tres dias para que espirase la fatal cuarentena del astrólogo, y que mis avanzadas y exploradores nada me advertian, empecé á imaginar si el sabio varon se habria equivocado en el número de las invasiones por él profetizadas, ó si algun misterioso conjuro habria apartado de nuestras cabezas el golpe que nos amenazaba. ¡Vana ilusion!

Era el último de los dias señalados. El sol tocaba al cenit, velada la faz en leves vapores, cuando las primeras avanzadas dieron el grito de alarma. Trepé á una altura, y vi como nubes de dorado polvo que se adelantaban y crecian por la parte del Sur, en alas del viento austral, que soplaba fuerte y abrasado. No me cupo duda de que aquellos remolinos los levantaba la precipitada marcha de enemigas hordas, que se dirigian á la entrada del valle.

El corazon me palpitaba con terrible violencia;

acercábase el momento en que iba á decidirse mi destino: de un lado la gloria y el amor, del otro la ira de la Princesa y la afrentosa expulsion de su reino.—*Alea jacta est*, dije como César, y sacando la espada, volé al combate al frente de mis escuadrones.

Los vertiginosos remolinos avanzan rápidamente: yo y mis bravos corremos á su encuentro: un instante más, y nos hallamos dominados, envueltos por una multitud inmensa de pequeños alígeros dragones, que nublan el sol sobre nuestras cabezas, zumban á nuestros oidos, nos golpean el rostro y no nos dejan ni aire que respirar. En tanto las espadas chispean, la ira triplica nuestro esfuerzo, el sudor gotea de nuestras frentes. Millares y millares de enemigos son despojo de nuestra furia; pero el averno vomita nuevas falanges, y los que caen son instantáneamente reemplazados por innúmeras legiones. Mis pobres soldados desfallecen al fin: unos huyen despavoridos, otros sucumben asfixiados en aquella atmósfera caliginosa. Yo solo quedo de pié, ciego, frenético, delirante: los pulsos martillean mis sienes; el acero serpea como el rayo en mis convulsas manos. ¡Infeliz! ¿Qué puede mi insensato furor contra aquellos enjambres?

Poco á poco me parece que se despeja el ambiente, que mi brazo no halla resistencia. En

efecto, los alados escuadrones habian pasado. Más el ardor febril que me animaba convirtióse en mortal congoja al considerar aquellas campiñas arrasadas y perdidos tantos tesoros.

Sin rumbo ni pensamiento fijo, me puse á vagar por aquellas tierras desoladas, hasta que, falto de aliento, me senté maquinalmente en una peña. Y el cuerpo inmóvil, la vista incierta y la mente en lóbrego desvarío, allí me hubiera sorprendido la noche, si un relámpago, seguido de espantoso trueno, no viniese de pronto á sacarme de mi estupor. Alcé los ojos y vi que negros nubarrones se apiñaban por Occidente, revolviéndose en la cima de la cordillera.

Sulfurosas exhalaciones iluminaron con siniestra luz el horizonte; nuevos choques eléctricos retumbaron por las montañas; el huracan azotaba mi frente, y mi alma se complacia en el horror de la tempestad; tal vez un rayo vendria á poner término á mis ánsias. Avanzó el nublado, y desgarrándose con horrísonas convulsiones su borrascoso seno, empezó á lanzar con increible furia descargas de granizo sobre los amenos huertos y los bosques de frutales. La prediccion del astrólogo estaba cumplida.—«Los ganados serán destruidos, pilladas las mieses, abatidos los frutales.» ¡Ay! El incógnito brazo que hubiera podido contrarestar aquellas calamidades no era cierta-

mente el mio. Aunque hubiera yo sido el mismo Cid Campeador, ¿de qué podia valer el esfuerzo humano contra la epizootia, la langosta y el pedrisco?

Disipada que fué la tormenta, más cruel al respetar mi amarga vida que al destruir implacable las fructíferas arboledas, maldije mi suerte; y no hallándome con valor de arrostrar la cólera de la Princesa, resolví, con el alma traspasada, abandonar por siempre aquellos campos, teatro para mí de tanta felicidad y de tanto infortunio. Conocia bien el terreno, y dando un eterno ¡adios! al hermoso valle, eché por una senda que me condujese, cuanto ántes, fuera de sus confines.

Habria caminado como un cuarto de hora, cuando topé con un tropel de aldeanos, que, al verme de léjos, empezaron á silbarme y á escarnecerme con gran vocerío.

—¡El valiente general!—exclamaban los unos.

—Él tiene la culpa de todo—decian los otros.

Y las mujeres, excitando á los soeces labriegos:

—Desde que vino á esta comarca todo ha sido desgracias y calamidades. Él nos ha arrebatado nuestro pan y el de nuestros hijos.

De los gestos amenazadores y descompuestas palabras en breve pasó á las acciones aquella innoble turba, y comenzó á apedrearme desapiadada.

Mi vida hubiera corrido serios peligros, si la inesperada aparicion de la Princesa no hubiese venido á contener aquellos desmanes. A su presencia quedé como petrificado. Los campesinos dejaron caer de las manos los proyectiles que me destinaban, y ella, adelantándose con severa expresion y majestuoso talante, prorumpió en estas palabras:

—¡Ay del que se atreva á ese extranjero! Le dí hospitalidad, y mi honor lo ampara miéntras se halle en estos dominios.

Bajaron los ojos y se retiraron confusos.

—Tú, desdichado—añadió acercándose á mí—huye para siempre de mis reinos. Yo soy inmortal, y mi aliento reparador volverá muy luégo su pompa y fecundidad á estos campos; mas tu presencia aquí mantendria en mis súbditos el doloroso recuerdo de los desastres sufridos, y en mí el rubor de haber sido demasiado pródiga con tan triste y desmazalado caballero.

Tornó las espaldas, desapareciendo á poco entre los árboles; y yo, mudo, anhelante, revolviendo en mi corazon sentimientos de ódio, de amor, de venganza y despecho, continué precipitadamente mi interrumpida marcha. Despues de andar largo espacio, atravesé por fin un rústico puente, límite de los estados de la Princesa; y al verme fuera de ellos respiré con más desahogo,

y moderando el paso, y tratando de coördinar la enredada madeja de mis pensamientos, seguí al acaso por la primera senda que encontré en aquellos despoblados.

Pero mis fuerzas estaban agotadas; mis miembros, doloridos é inertes; mi cabeza, confusa y desvanecida: la noche, ademas, empezaba á descoger sus gasas y crespones por aquellos contornos. ¿Qué hacer, pues, en tal situacion? ¿Dónde dirigirme á aquellas horas? No léjos se veia un bosquecillo de manzanos, y en él resolví guarecerme y descansar como pudiese hasta el nuevo dia. En efecto, allí me encaminé, y penetrando por entre los árboles, me senté sobre la hierba y apoyé la cabeza en uno de los troncos.

Al comparar la soledad y abandono de aquella triste noche con las muy venturosas que la habian precedido, acerbas lágrimas se desprendieron de mis ojos. Las densas sombras que me rodeaban fueron tambien ganando mis sentidos, y profundo sueño calmó por algun tiempo las heridas de mi corazon.

IV.

Ya brillaba el sol en el Oriente, cuando cercanas voces y cierta confusa algazara ahuyentando el sopor de mis sienes, abrí los asombrados ojos, sin saber, al despertar, dónde me hallaba; mas haciéndome pronto cargo de mi situacion verdadera, torné á experimentar, áun con más intensidad y viveza, los tormentos y amarguras del dia anterior. Veíame solo en aquel paraje; pero á juzgar por el alegre rumor que llegaba hasta mí, debia de hallarme próximo á alguna granja. Atravesé el bosquecillo de manzanos, y al salir de la enramada, me encontré atajado por una cerca de hiedra y zarzamora. La valla era espesa y elevada; así que no me era dado ver lo que allende sucedia. De allí, sin embargo, provenia el bullicio, y picada mi curiosidad, me puse á buscar un rom-

pimiento en el cercado; hallélo en breve, y se descubrió á mis ojos el más risueño y animado paisaje.

Era un extenso anfiteatro de vastas y suaves colinas, cubiertas de exuberantes vides, cargadas de opimo fruto, que de granate, topacio y esmeralda parecia. Un rústico, espacioso edificio, que al pasar acariciaba murmurante arroyuelo, alzábase gallardo al pié de una ladera, y sus ligeras torrecillas y blancos miradores se destacaban airosos sobre el fondo verde de los viñedos. Era la época de la vendimia, y aquellos campos, sobre los cuales el cielo habia á manos llenas derramado sus dones, y donde todo era movimiento y alegría, formaban singular contraste con la tristeza y aridez de mi alma desolada.

Debajo de un ámplio cobertizo de ramaje, á cierta distancia de la casería, comparsas de jóvenes aldeanos con pasos cadenciosos y ledos cantares exprimian el deleitoso fruto, cuyo encendido licor hervia espumoso en las odorantes cubas. Vestidas de cortas sayas de púrpura, y las negras ó rubias trenzas sobre la espalda, robustas aldeanas bajaban los collados, trayendo en la donosa cabeza anchas cestas de mimbres, cargadas de pámpanos y racimos.

Pero al mismo tiempo que aquella gente sencilla se ocupaba en la otoñal faena, otros, no mé-

nos diligentes, estaban acabando de arreglar una magnífica tienda de rayado sirgo, colocada enfrente de la casa y sostenida en mástiles dorados, entre los cuales colgaban artísticamente frescas guirnadas de hojas, frutas y flores. Veíanse dentro de ella, ordenadamente dispuestos, lujosos sitiales, lechos de púrpura, y á un lado y otro ricos aparadores, cubiertos unos de cuanto puede satisfacer la gula, recreando al par la vista y el olfato; otros, ostentando primorosos jarros de plata cincelada, páteras de oro y cálices de tallado cristal. Várias doncellas, de pulido cuerpo y garboso atavío, cogida graciosamente la falda, llena de hojas de rosas, empleábanse en esparcirlas sobre el terreno que el toldo cubria.

Pregunté á un aldeano el objeto de aquellos preparativos.

—¿Qué..... no sabeis?—me contestó, admirado de mi ignorancia.—Hoy celebramos el aniversario de la excelsa Autumna, nuestra muy querida señora. Ya ha dado órden de que los trabajos cesen, y todo va á ser júbilo y regocijo.

La alegría, como el dolor, es contagiosa, y en aquella atmósfera de fiesta me encontré, si no más contento, ménos apesadumbrado ó simplemente distraido. Hacía muchas horas, ademas, que no habia tomado alimento, y ¡oh flaca naturaleza! el hambre empezaba á abrirse paso por el

tumulto de mis penas, y las uvas, que tan cerca veia pendientes de los rodrigones, iban progresivamente ejerciendo en mí una atraccion irresistible, hasta tal punto, que acabé por confesar al campesino mi necesidad y mi deseo. El sacio y repleto patan, absorto de que en aquella feliz y abundante Jauja se hallase un mortal que tuviese hambre, se quedó parado, fijando en mí su estúpida mirada.

—Pero hombre—le dije con cierto desabrimiento—¿qué tiene de particular que un pobre viajero, despues de una noche al raso, muestre ganas de comer?

—¡Ah! comprendo—me contestó saliendo de su estupor.—Vais de jornada y haceis un alto en estas tierras. Acaberais de explicaros. Pues sírvaos de satisfaccion el saber que nuestra ama y señora es generosa y hospitalaria como ninguna, y que todos aquí comen y beben cuanto quieren, sin que nadie les ponga tasa ni cortapisa.

Animado con las palabras del labriego, alargué la mano para coger un racimo, cuando, nuevo Pedro Recio de Tirteafuera, me contuvo el brazo, diciéndome con ruda oficiosidad:

—De ninguna manera consiento que hagais tal cosa: esas uvas están verdes; es lo más atrasado de la cosecha, y en ayunas podrian haceros daño. Venid, venid conmigo á la casería y os daré un

buen vaso de añejo vino, que os limpie el garguero y reanime ese rostro tan abatido. Así podréis esperar por aquí á que os vea mi ama, que si á todos nos quiere como á hijos, muestra particular predileccion por los extranjeros. No os hago desde luégo servir un opíparo almuerzo, porque ella misma querrá convidaros á su mesa. Y tened por seguro que no os dejará partir hasta que hayais presenciado los grandes festejos que en su honor se preparan. ¡Ya veréis qué hermosa es, Qué afable, y qué franca, y qué dadivosa!

Charlando así el buen aldeano, me llevó á una de las oficinas del vasto edificio, y me sirvió, como me habia ofrecido, un vaso de rancio y generoso néctar, con lo cual volvimos á salir al campo, yéndose él á sus quehaceres, y quedándome yo bordeando á la sombra de los olmos que guarnecian las orillas del arroyuelo. Y digo bordeando, pues vacío mi estómago al recibir el potencioso licor, cálidos miasmas hubieron de ofuscar un tanto mi cerebro, convirtiendo, como por ensalmo, la melancolía de mi semblante en beata expresion y dando extraña elasticidad al juego de mis rodillas.

Miéntras que con encendido rostro, jubilosa mirada y desaliñado el cabello, con desiguales pasos titubeaba por aquellos alrededores, veia ir y venir, de acá para allá, á los aldeanos en són

de fiesta y luciendo con gentileza sin par sus vistosos arreos.

De súbito estremeció los aires el musical estruendo de liras, flautas, crótalos y panderos, y entre dos mansas colinas empezó á desembocar una fantástica, esplendorosa procesion, que, por sus vivos y variados colores y sus cambiantes y reflejos, parecia á distancia una inmensa serpiente de luminosas y matizadas escamas, deslizándose lentamente al pié de un collado.

El eco de los armónicos instrumentos fué la señal que puso en movimiento la comarca entera. Gallardos mozalbetes y hermosas zagalejas acudian en tropel hácia el sitio por donde la procesion se divisaba, ó bien formaban pintorescos y animados grupos sobre las lomas, donde, para verla desfilar, se habian subido.

Aunque las piernas me flaqueaban, ascendí tambien, no sin dificultad, á un ligero montecillo que formaba suave declive sobre el camino, y desde cuyo punto me prometia gozar á mis anchas del espectáculo; pues, segun la direccion que habia tomado, debia pasar á mis piés la comitiva. Contemplaba su marcha majestuosa, empingorotado en mi especie de tribuna; y ya algo propenso al entusiasmo y exageracion, por el estado en que me hallaba, la maravillosa pompa que á mi vista se fué desplegando acabó de exal-

tar mi imaginacion, creyéndome trasportado á los tiempos mitológicos y presenciar realmente el paso por la tierra de alguna deidad del Olimpo.

Rompia la marcha una cuadrilla de pastorcillos de la Arcadia, cubiertos de nevados pellicos, y en la cabeza ligeros sombrerillos de paja con cintas y flores. Seguia numeroso coro de ninfas, pulsando ebúrneas liras ó dando al viento cantos de amor y felicidad. Detras se deslizaban las Horas, mudas, leves y vaporosas; unas envueltas en las radiantes tintas de la aurora; otras en los violados arreboles de la tarde; algunas vestidas de azulados crespones, salpicados de relumbrantes estrellas todas agitando el ambiente con sus nítidas alas y siendo portadoras de fúlgidos cuadrantes y horarios de cristal y menuda arena. Seguian las nueve Hermanas: la llama del genio ardia en sus laureadas frentes, y en sus cándidas manos brillaban simbólicos atributos. Venian despues gigantescos y atezados etíopes sosteniendo en sus robustos hombros lujosas canastas rebosando frutos otoñales. Veíase luégo, en medio de bulliciosa tropa de sátiros y bacantes, tirado por seis gallardos cabríos con dorados cuernos y enjaezados con frescas y olorosas guirnaldas, un elegante carro, muy engalanado con ramas de pino y festones de hiedra: dentro de él se ostentaba un inmenso tonel con aros de plata, rico ensamblaje

de diversas y fragantes maderas prolijamente labradas, del cual, por la boca de un grifo de preciosa cinceladura, fluia, embalsamando la atmósfera, un licor como líquido topacio, á cuyo dulce manantial acudian las descompuestas driades y retozones sátiros á llenar sus tazas ó cóncavos cuernos. En pos del carro aparecia el viejo Sileno, que medio desnudo sobre su asno, traspuestos los ojos y caido el belfo, reclinaba la apoplética cabeza sobre el hombro de una bacante, separando débilmente con el tirso á otras que, .risueñas y juguetonas, le embadurnaban el rostro con jugo de mora. Pero lo más sorprendente y estupendo de aquella procesion era la deslumbrante carroza de cerúleo nácar con áureos relieves, arrastrada por seis magníficos tigres, aprisionados en caprichosos y lucientes jaeces, en la cual descollaba como una diosa la excelsa Autumna. No era aquella mujer de la prístina juventud, pero se hallaba en la plena sazon de su incomparable hermosura.

Un breve y airoso peplo de color de hoja seca, sostenido en el hombro por un grueso jacinto, cubríale apénas el túrgido seno, haciendo resaltar la belleza de su garganta y del desnudo y mórbido brazo, y una ámplia falda de crujiente seda carmesí caia, en artísticos pliegues, hasta sus pequeños piés, ceñidos de primorosos coturnos. Eran sus grandes y rasgados ojos tan verdes,

aunque más brillantes que los pámpanos que, entrelazados á sus castaños rizos, coronaban su frente, y sus finos, entreabiertos labios eran como de guinda sabrosa ó fresa encendida Iba reclinada en un trono incrustado de piedras preciosas, bajo un dosel de pintadas plumas: uno de los piés lo apoyaba sobre el Cuerno de la Abundancia, que le servia de escabel, y llevaba negligentemente en la diestra una pátera de oro. De un lado y otro caminaban lindas doncellas con rozagantes vestiduras, y en las manos preciosos jarros murrinos, llenos de néctar generoso, para proveer á las libaciones de la reina de la fiesta. La carroza iba precedida de un grupo de alborozadas bacantes, que agitando los panderos y tañendo los crótalos, danzaban en presencia de tan alta señora. Luégo venian otras comparsas, lucida representacion de remotos climas en que tambien la vid se cultivaba. Pero la vista de aquella deidad me tenía extático, y no estaba para contemplar otra cosa que no fuese ella.

Miéntras que yo no quitaba ojo de la carroza, que lentamente avanzaba, unos sátiros hubieron de notarme en el montecillo en que me habia situado, y viniendo á mí y rodeándome con insensatas cabriolas y grotescas contorsiones, se empeñaron en que bebiese en sus repugnantes cuernos; intenté rechazarlos, pero mis piernas flaquearon,

y caí y rodé por la pendiente entre las brutales carcajadas de aquellos salvajes. Pasaba por allí, justo en aquel momento, la excelsa y bondadosa dama, y enterándose del caso, mandó parar la marcha de la procesion y conducirme á su presencia.

—Nada temas, extranjero — me dijo con gran afabilidad; — ésta es la tierra de la alegría, y estás bajo mi proteccion. Si esos insolentes sátiros han faltado á los deberes de la hospitalidad, yo haré que se humillen á tus piés y te rindan párias. Precisamente en la funcion que celebramos íbamos á coronar bajo aquella tienda al que más lo mereciese de mis aldeanos, y convertirlo en Baco de la fiesta: á tí, pues, te designo para tan importante papel. Eres jóven, reunes las circunstancias á propósito, y á juzgar por las señales que en tí advierto, representarás con mucha exactitud al padre de las viñas. No en el sórdido cuerno de los sátiros, sino en la pátera de los sacrificios te ofrezco una libacion en honor del hijo de Semele.

Llevó primero la copa á sus rojos labios, y presentándomela luégo, bebí, á mi vez, lo que en ella quedaba. Al punto acudieron á mí las risueñas ninfas, ciñéronme las sienes de hojas de viña y de higuera, me terciaron una remendada piel de tigre, y llevándome despues en volandas, me

encaramaron en el tonel descrito anteriormente, á los gritos de ¡Evoé! ¡Evoé! repetidos por la entusiasta muchedumbre. En una palabra, me hallé, sin comerlo, aunque no sin beberlo, á horcajadas en una pipa de malvasía, presidiendo aquella báquica solemnidad.

Prosiguió su marcha el cortejo, en el cual ya figuraba yo como principal personaje, hasta que llegó á la suntuosa tienda, término de la procesion. Allí la hermosa Autumna dejó la carroza por el lecho de púrpura que le estaba reservado, y desde el cual debia continuar presidiendo la brillante y animada fiesta. A mí me sacaron del carro entre todos, y montado siempre en el tonel, me colocaron entre la insigne dama y el viejo Sileno. Mas pronto me olvidaron, atraidos por el deleite y regalo con que les brindaban los espléndidos aparadores, y todo fué en adelante báquicos himnos, bulliciosas danzas y febril alborozo.

Las mudas Horas fueron, sin embargo, deslizándose poco á poco del festin, llevándose en pos una parte del dia; y al finalizar la tarde callaron las músicas, se fué disipando la muchedumbre, y retirándose la generosa Autumna, yo me quedé solo en un rincon de la tienda, rendido en brazos del más dulce y sabroso sueño.

V.

A medida que trascurria la noche, las brillantes imágenes que poblaban mi mente, como un palacio encantado, iban desvaneciéndose entre negras sombras; al fuego eléctrico que circulára en mis venas sucedia poco á poco penetrante frio, que empezaba á entumecerme los miembros y á helarme la sangre: el malestar aumentaba; una angustia mortal me oprimia. En aquella especie de catalepsia un débil rayo de mi razon luchaba con las tinieblas que se agolpaban en mi cerebro, y dábame, con la conciencia de la vida, el impotente deseo de salir de aquel funesto letargo; mas eran inútiles todos mis esfuerzos; mis párpados permanecian pegados y mi cuerpo rígido como el mármol.

De súbito se levantó una ventisca, que, azotán-

dome el rostro, produjo en mí una brusca reaccion; desperté despavorido, y ¡ojalá no hubiera salido de aquel terrible marasmo! En vano buscaba la suntuosa tienda bajo la cual me habia deleitosamente dormido, y el risueño paisaje del dia anterior. Hallábame en un inmenso páramo cubierto de nieve, iluminado por una luz crepuscular; por cielo un pabellon de nieblas; el aquilon silbaba entre los raros pinos de las ágrias montañas que por un lado cerraban el horizonte. A lo léjos se distinguian leñadores vestidos de rudas pieles, abatiendo ramas ó sacando astillas de añoso tronco, fulminado ántes en alguna tempestad. De vez en cuando atravesaba la blanca llanura algun trineo, arrastrado por veloces renos. Por toda habitacion, aquí y acullá, raras y miserables cabañas.

Mi espíritu se sobrecogió áun más que lo estaba mi cuerpo, á la inclemencia de aquel riguroso clima. ¿Qué partido tomar en tan apurada situacion? ¿Cómo salir de aquel espantoso yermo? Me puse á caminar á la ventura en la nieve, por si encontraba una alma caritativa que me indicase algun sendero por donde huir de aquella region infortunada. Anduve largo trecho, hasta que, llegando cerca de una montaña, noté una especie de pórtico natural abierto en la roca, y antojóseme que allí debian guarecerse humanos seres. Di-

rigíme entónces hácia aquel sitio, y en la entrada de una suerte de vestíbulo, que interiormente parecia algo como la nave de un templo, trastornada por un terremoto y sostenida en pié por un prodigio de estática, encontré á una vieja miserable, agobiada por la edad y envuelta en raidos y negros paños; un espejito de dos fases pendia en su cintura de una cadenilla de metal, y su descarnada y temblorosa mano se apoyaba en un báculo. Aunque el lúgubre aspecto de aquella anciana era poco atractivo, me acerqué á ella resueltamente y le rogué que me indicase la manera de volver á los parajes en donde el dia ántes me hallaba. Me oyó con atencion, y alzando con dificultad la marchita frente y fijando en mí sus apagados ojos,

—¡El dia ántes!— repitió con voz cascada y meneando la cabeza.—¡Volver atras desde el invierno de la vida! Los rios van á la mar, pero no retroceden á sus manantiales; la rueda del tiempo no voltea en opuestos sentidos.

Hubo un momento de silencio, y observando la triste impresion que me causaban sus palabras, añadió:

—¿Qué te importa que haya nieve en lugar de flores, brumas en vez de luz? Si aliento juvenil animára tu pecho y la dicha te rebosára del alma, esas melancólicas nieblas se te convertirian en

espléndidos celajes; esta caverna en mágico alcázar, é iluminando mi fea y escuálida figura con los resplandores de tu imaginacion, acaso me encontrases fresca y hermosa.

Dí un paso atras con horror.

—¡Ah! no te espantes. Cualquiera diria que eras tan jóven y lozano. Sin duda hace tiempo que no te ves en un espejo.

Y levantando el que llevaba consigo, para que en él me mirase,

—¡Cielos!—exclamé con asombro, hallándome viejo y rugoso, blancos el cabello y la barba.—Si no puedo volver atras, al ménos seguiré adelante: me es forzoso salir de aquí.

—¡Adelante! ja..... ja..... Adelante no hay más que el misterio de la tumba..... Pero déjate guiar por mí; ya buscarémos el mejor partido. Ahora vén al hogar; estás muerto de hambre y de frio. Cuando te repongas y serenes, poco he de poder ó he de procurarte consuelos. Ya verás que la dueña Frigaria no es tan desagradable como te ha parecido, y que las nieves del invierno tienen tambien sus encantos. Acaso me llames todavía madre y protectora.

Aquella especie de atrio en que nos hallábamos estrechábase á cierta distancia, yendo á terminar en una negra abertura, semejante á una ojiva deteriorada, por la cual, precedido de la hospitala-

ria vieja, penetré en una espaciosa caverna, que, por las arcillosas piñas y confusos relieves de su abovedado techo y los sinuosos y desiguales contornos de sus paredes, parecia un informe embrion de gótica arquitectura.

Cerca del hogar estaban sentadas dos personas: una vieja hilando, que cualquiera habria tomado por una de las parcas, y una jóven vestida de blancos cendales, leyendo en un libro abierto sobre sus rodillas. Una mesa de piedra en medio de la estancia, algunos sitiales cubiertos de toscas pieles, y varios utensilios de hierro colgados de escarpias, formaban el mezquino ajuar de aquella lóbrega mansion. Hácia el fondo de ella se notaban dos pequeñas puertas, que debian comunicar con otros subterráneos. Toda la habitacion, siniestramente iluminada por la llama del hogar, donde chispeaba el tronco de un pino.

Al entrar allí, vago terror circuló por mis venas.

La vieja que hilaba continuó soñolienta dando vueltas al huso, sin levantar siquiera la vista. La jóven, por el contrario, me dirigió una mirada melancólica, acompañada de suave sonrisa, y volviendo á clavar los ojos en el libro, pasó el dedo por una de sus líneas, luégo cerrólo, é inclinando levemente la triste cabeza, salió á lentos pasos de la estancia.

—Siéntate al fuego, que bien lo necesitas, miéntras nos sirven de comer—me dijo mi sombría hospedadora.—No estarás como en los alcázares en que se ha albergado tu loca juventud; mas no te faltarán ciertamente buena chimenea, ni los alimentos que puede ya comportar tu estómago. Por lo demas, mi dulce hija Letea y yo trataremos en lo posible de mitigar tus pesares y de hacerte leves las horas.

Despues, dirigiéndose al vestiglo de la hilandera :

—Aflicta, mi fiel servidora, tenemos que obsequiar á este extranjero. Deja el huso y adereza la comida.

Levantóse sin replicar la estantigua, y colgando de una cadena que sobre el fogon pendia un negro perol, empezó á revolver el contenido con una larga cuchara, gangueando un lamentoso y monótono cantar miéntras hacía la faena.

Volvió á aparecer con su aire macilento y soñador la hija de la dueña Frigaria, que no era otra la jóven que á mi entrada se habia ausentado, y nos sentamos los tres á la mesa, la cual fué servida con pulcritud, y si bien modesta en extremo, reduciéndose los manjares á carne de reno, galleta, algunas conservas, secas frutas y una bebida fermentada, sobraba con que satisfacer mi escaso apetito.

Durante la breve comida, Letea dejó apénas caer de sus cárdenos labios algunos monosílabos, semejantes á las notas perdidas de una arpa eólica; mas por su vago mirar, tranquila actitud y benigna expresion, me pareció mansa y compasiva, tanto como desapacible su madre, á pesar de sus obsequios. Al terminar aquella lúgubre agape, mis fuerzas se habian restaurado un poco, y el aspecto de la pacífica y suave Letea habia dado algun sosiego á mi apenado espíritu. Aflicta levantó los manteles, tornando á dar vueltas al huso; Letea se retiró como una sombra, y yo quedé faz á faz con mi huéspeda.

—Ya verás—me dijo, animándose de extraño fuego á medida que hablaba—como te vas acostumbrando á nuestra compañía. A tu edad, más que con lo presente se vive con los recuerdos. Como la escarcha los despojos de la tierra, bajo la ceniza de mis carnes y la nieve de mis cabellos yo guardo el secreto de lo pasado : cada huella de las que ves en mi frente es la historia de un siglo. Cuando la tristeza te oprima el corazon, acude á mí : yo presentaré á tus ojos las escenas de tu alegre juventud con la misma verdad con que pasaron. Si la viva evocacion de mejores dias no mitiga el rigor de tus penas, todavía tengo yo un bálsamo poderoso, que las borrará para siempre.

Advirtiendo la diabólica vieja que sus palabras no me arrancaban á mi sombrío estupor, sacó de entre los pliegues de la toca el espejito y me lo puso delante.

Fijéme en él, y vi, asombrado, reproducidos con tan portentosa realidad, como si desde una ventana los descubriese, los encantados jardines de la maga Flérida, con el lago, las ninfas, la ideal arquitectura de su palacio y el espléndido festin. Un momento me creí trasportado á los felices ensueños de mi juventud; mas, retirado el espejo y concluido el hechizo, aquellas risueñas imágenes me hicieron áun más horrible mi situacion presente, y me trajeron ademas la dolorosa remembranza del lamentable fin que para mí tuvieron : ¡amarga y ya inútil leccion sobre la mísera vanidad de las ilusiones de la vida!

Así pasó el dia, y al siguiente traté de pasear por la nieve, á ver si, fatigando mi cuerpo, lograba calmar mi espíritu; pero tal era la intensidad del frio, tan densa la niebla y tan tempestuoso el viento, que pronto tuve que buscar refugio en la infernal caverna, donde todo seguia acompasadamente en el órden acostumbrado.

Despues de comer volvió la dueña á presentarme su espejo, y con el mismo asombro y la maravillosa verdad del dia anterior vi á la princesa Estiva en el balcon de su alcázar, presidien-

do á la riqueza y fecundidad de sus campos. Pero aquel cuadro me causó tan vivo pesar, trayéndome á la memoria el vehemente amor que aquella mujer me habia inspirado, mi impotencia para merecerlo, el funesto fin de mis temerarias empresas, y el injurioso desden con que me habia lanzado de sus dominios, que entrecortados sollozos se escaparon de mi pecho y las lágrimas inundaron mis mejillas. Notándolo la vieja, retiró el cristal, y yo quedé abismado en amargas reflexiones.

Era llegado el tercer dia, y la residencia en la fatídica cueva se me hacía cada vez más intolerable; parecíame estar enterrado en vida, y que la montaña que nos albergaba en su seno pesaba sobre mi corazon. Los únicos momentos en que hallaba algun solaz eran los muy contados en que Letea salia de sus aposentos y se mezclaba con nosotros. Únicamente entónces, á su lado, contemplando su pálido rostro, el tibio fulgor de su mirada, y al respirar la atmósfera de indefinible suavidad que exhalaba su persona, se aliviaba la carga de mis pesares. Su fria dulzura era bálsamo de mi pecho; sus palabras, si por acaso hablaba, caian en mi alma como tenues gotas de blando rocío. Pero el benéfico influjo que en mí ejercia aquella extraña mujer era tan efímero, aparecia tan raras veces, y se quedaba tan poco

tiempo entre nosotros, que su presencia era luz pasajera, que acrecia el horror de las tinieblas que me rodeaban.

De todos modos, estaba resuelto á ausentarme de aquella funesta mansion. ¿Qué me importaban los rigores de la intemperie, ni el hambre, ni el riesgo de los aludes, ni mi ignorancia del país? La muerte era para mí preferible á continuar en aquel estado.

Llegó la hora de la comida, y para colmo de desventura, no se presentó Letea: solo con su vetusta madre, que me pareció más repulsiva que de costumbre, apénas si probé bocado de los manjares que nos sirvió la horrible criada. Concluida la triste refaccion, en profundo silencio, rompiólo la dueña, que, procurando dar una entonacion más afable á su trémula voz, me dijo:

—Vamos á ver si, más feliz hoy, logro que desarrugues el ceño.

Y volviendo al hechizo del espejo, ofreció á mis ojos los exuberantes viñedos de la opulenta Autumna. Ante aquel paisaje el rubor encendió mis mejillas, al pensar que, privado por la embriaguez, sin decoro ni dignidad, habia sido objeto de broma y diversion á estúpidos aldeanos en una fiesta de vendimia.

Apartando entónces bruscamente el espejo,

—Está visto—exclamó la ominosa vieja;—

los recuerdos, en vez de calmarlos, exacerban tus males. Para tí no hay remedio en el mundo.

En este momento apareció Letea, adornada con la fria elegancia y el artístico esmero de una bella estatua sepulcral. Sus ojos me parecieron más lánguidos y suaves; en sus lívidos labios vagaba una sonrisa de inefable expresion. Llevaba una túnica blanca, cogida á la esbelta cintura por un cíngulo de oro; sobre los sueltos rizos, un vaporoso velo, sujeto por una corona de cárdenos lirios. Iba á pasear por los glaciales desiertos, iluminados aquella noche por una aurora boreal.

—¿Por qué no vas con Letea?—me dijo la dueña.—Su compañía y el espléndido meteoro que podrás contemplar, disipando tus penas, acaso te den la paz que anhela tu corazon.

—Desde mi llegada á aquel antro tenebroso era la primera vez que una idea agradable iluminaba mi espíritu. ¡Dar un paseo al resplandor de una aurora boreal con tan simpática compañera! Acogí afanoso el ofrecimiento, y salí con Letea de aquel centro angustioso.

Un imponente, sublime espectáculo se desplegó á mi vista deslumbrada. Era como si vastísimo incendio abrasase la cima de los montes, produciendo en los rompimientos y relieves de la titánica arquitectura los más variados, grandiosos y sorprendentes efectos de luz y de sombra.

Fajas luminosas ceñian el espacio, y en lo más culminante, una inmensa, deslumbradora diadema de vívido fuego combinábase en maravillosas figuras de cambiantes, multicolores formas, y despidiendo flechas de oro, fúlgidos relámpagos y llamas azuladas, verdes y carmesíes, bañaba en resplandor los vagos horizontes, esmaltando las sabanas de nieve con tornasolados matices y caprichosas vislumbres.

A lo léjos, en alas de la brisa, se levantaban tenues vapores, que indecisamente coloridos por las trémulas emanaciones y las fugaces tintas del inconstante meteoro, parecian aéreas sílfides solazándose en patinar por el bruñido hielo.

Anduvimos largo trecho, mudos y absortos, ante aquel admirable cuadro de la naturaleza, que me habia hecho olvidar todos mis infortunios. Mi compañera, con su esbelta figura, su singular atavío y bañada por aquella poética luz, tenía algo de fantástico y sobrenatural, que imponia: así, me dejaba guiar por ella, pero guardando cierta distancia y en silencio. Hubo de notar la impresion que me causaba, y acercándose á mí, díjome con voz suave y sentida:

—Yo creí haberte inspirado más confianza. Sé que mi compañía disipa las penas, y como eres tan desgraciado, me ocurrió la idea de este paseo.

Tan benévolas expresiones y el acento con que fueron pronunciadas dieron tal serenidad á mi mente y tan placentera calma á mis sentidos, que no pude ménos de exclamar:

—¿Qué magia encierran vuestras palabras, que así ahuyentan mis pesares y me llenan de inefable dulzura?

—Lo ignoro: la virtud que poseo es para mí misma un arcano. Sólo sé que si llegáras á amarme, en mis brazos encontrarias para siempre el fin de tus desgracias.

—¡Y cómo no amaros, cuando en estos desiertos sois mi única esperanza! ¡Ah, no me abandoneis en mi soledad y desamparo!

Letea me tendió su pálida mano, que apreté con efusion entre las mias, y que me pareció yerta como la nieve que pisábamos.

—No, no te abandonaré—me dijo;—yo seré tu consorte afectuosa. No temas en mí la inconstancia de tus otros amores: siempre fiel, siempre igual contigo, encontrarás en mi seno eterna felicidad.

Caí entónces de hinojos á sus plantas, y ella inclinándose hácia mí, sus labios tocaron mi rostro como un copo de nieve.

En aquel fantástico paseo y en aquella dulce plática me sentia más leve; pareciame á veces que mis piés no tocaban la tierra; que mi alma,

emancipada de materiales lazos, iba cruzando el éter luminoso en pos de mi vaporosa compañera.

El resplandor boreal empezaba á palidecer, y distraidos en tan plácido coloquio, nos habiamos alejado gran distancia de nuestra habitacion. De pronto paróse la suave Letea y me dijo:

—Tiempo es ya de poner límite á nuestro paseo. Ademas, por aquí no podemos seguir adelante: estamos sobre un lago, y en algunas partes el hielo es poco consistente; pero ántes subamos á ese montecillo y echemos la última mirada á esos mágicos horizontes y á ese cielo inflamado, testigos de nuestra amorosa ternura. Vén á contemplar los postreros reflejos de esa aurora, que va á serlo para tí de eterna bienandanza.

Mi compañera, como si tuviese alas, en un instante ganó la cima del montecillo.

Al ver destacarse aquella elegante figura sobre un fondo de luz violada, cualquiera la hubiese tomado por una aparicion, y yo quedé suspenso é inmóvil; pero ella, fijando en mí los lánguidos ojos,

—¿Qué esperas? Vén, amor mio—exclamó con suavísimo acento.

Hice un esfuerzo para avanzar; mas de repente rompióse el hielo bajo mis piés.

—¡Letea!—grité tendiendo los brazos hácia

donde se hallaba. Pero miéntras me hundia más y más, luchando en mi desesperacion con los témpanos de hielo, Letea se elevaba y desvanecia como ligera nube en el espacio.

La sacudida que me produjo aquel terrible, aunque imaginado accidente, vino por fin á romper la cadena de mis ensueños. Ya era tiempo. Desperté — ahora real y verdaderamente — cubierto de sudor y acongojado; pero con el gusto y satisfaccion de hallarme en mi aposento y en mi cama. El dia empezaba á clarear: sentéme en mi lecho, y reponiéndome paulatinamente de mi nerviosa agitacion, comencé á reunir mis recuerdos y á meditar en la extraña fantasmagoría de sueño tan prodigioso. ¡Cuál no sería mi sorpresa y mi asombro cuando, al fijar casualmente la vista en las pequeñas cabezas esculpidas que coronaban las columnas ornamentales de los ángulos de la cama, noté que representaban las cuatro estaciones!

FIN DE «EL SUEÑO DE LA VIDA».

MORIR SIN DIOS.

NARRACION CONTEMPORÁNEA.

MORIR SIN DIOS (1).

En uno de los aciagos dias del efímero reinado de D. Amadeo de Saboya, presenció Madrid, harto avezado por desgracia á tales desahogos, uno de esos innumerables motines que, desde la *gloriosa* de Setiembre, vienen salpicando á España de cieno y de sangre. Algunas compañías de voluntarios de la libertad, no sabemos de qué batallon más ó ménos intransigente, se establecieron en armas en la plazuela de Anton Martin, donde á poco engrosaron sus filas varios paisanos, provistos igualmente de sus correspondientes fusiles.

No recordamos el motivo de la algarada—que

(1) Esta narracion fué escrita en 1874.

suponemos debió de ser muy patriótico;—pero sí que en todo el barrio hubo la alarma consiguiente, no quedando puerta ni ventana que los vecinos no cerrasen á piedra y lodo.

Los amotinados permanecieron algunas horas dueños del terreno, ya parlamentando con los emisarios del Gobierno, ya recibiendo instrucciones y consejos del club, donde, segun se afirmaba, habia sido fraguada aquella manifestacion; y sin duda por matar el tiempo, ya que otra cosa no se presentase, y tambien por ejercitar los derechos inherentes á la humana personalidad, se pusieron muy tranquilamente á levantar una barricada. Despues de mil vacilaciones, las autoridades se decidieron, al fin, á dar punto á aquel escándalo, y enviaron algunas fuerzas para desalojar á los revoltosos. Al avistarse los contendientes se cruzaron algunos tiros; pero avanzando la tropa resueltamente, los amotinados huyeron, dispersándose en diferentes direcciones, y aquélla continuó su camino, sin más obstáculos ni resistencia.

La plazuela de Anton Martin, teatro de la escaramuza, quedó súbitamente desierta y en profundo silencio, sin otra señal del lance que alguna bayoneta por el suelo, dos ó tres képis y unas manchas de sangre.

A corta distancia de la plazuela, bajando la ca-

lle hácia Atocha, un hombre de aspecto decente hallábase tendido como muerto, al lado del escalon de una puerta.

Abrió de pronto los amortiguados ojos, miró en torno de sí, é incorporándose trabajosamente, logró alcanzar el aldabon, con el cual dando un golpe, vino otra vez á tierra, como si se le hubiesen agotado las fuerzas. No bien resonó el aldabazo, se entreabrió una ventana de la casa, y una señora de cierta edad, con aire azorado, asomó cautelosamente la cabeza. Y al ver á la persona que cerca del umbral yacia: «¿Qué se ofrece?»—preguntó con voz turbada.—«¡Socorro á un herido!», contestó el interpelado, alzando los ojos con angustia.

Un momento despues la señora de la ventana, ayudada por una jóven sirviente, introducia en la casa al desconocido, llevándole, no sin dificultad, á una modesta estancia, donde habia un lecho, sobre el cual lo dejaron acostado.

Al verse tratar con tan caritativo celo, se incorporó el herido para manifestar su gratitud; pero al ir á hablar le faltó la voz y cayó desmayado. La señora buscó presurosa un pomo de sales, y miéntras lo daba á oler al paciente, mandó á la criada que fuese inmediatamente á llamar á un médico que de allí cerca vivia, quedándose ella, entre tanto, muy acongojada con aquel infeliz;

y esperando que de un momento á otro espirase entre sus manos, se puso á encomendarlo y á encomendarse á toda la córte celestial.

Una media hora tardó en llegar el facultativo: sondeó la herida, y aunque no pudo encontrar la bala, aseguró no ser aquélla mortal, si bien el enfermo necesitaba grandes cuidados.

Miéntras que, gracias á la Providencia y á la bondadosa solicitud de que es objeto, el herido se va recobrando, justo será que demos á conocer á la mujer piadosa que con tanta caridad y desinteres le habia acogido en su modesto albergue.

Era doña Rafaela, viuda de un intendente, que no le dejára al morir otro patrimonio que una exigua pension, por veinte años de buenos servicios á la Real Hacienda. No bastándole su corta paga para subsistir, y sujeta ademas á todas las vicisitudes de las clases pasivas en España, alquilaba para ayudarse las dos principales habitaciones de la pequeña casa que vivia en la calle de Atocha; mas no sin tomar ántes minuciosos informes de las personas que solicitaban el hospedaje ; pues, mujer devota y de cristianas costumbres, no gustaba en su hogar de zambras y jaleos, y sólo admitia á personas formales, de vivir honesto y tranquilo.

Cuando recogió al herido que cayó á sus puertas, tenía casualmente libre de huéspedes su do-

micilio, pues se le acababa de marchar una señora de provincia que habia venido á la córte por un pleito, y ocupaba una de las habitaciones; y la otra, alquilada á un antiguo coronel del *convenio*, quedándosele tambien vacía, por haberse ausentado repentinamente su dueño al primer rumor de partidas carlistas en el Norte.

Era doña Rafaela de fisonomía bondadosa, y, á pesar de sus cuarenta cumplidos, cándida en extremo, y tan compasiva, que, no obstante su estrechez, siempre hallaba manera de socorrer al necesitado. No es, pues, de extrañar que tan de buen grado prestase auxilio y tan generosamente asistiera al infeliz herido, sin saber quién fuese, ni pensar si algun dia podria remunerarle sus servicios. A ella le bastaba que fuese desgraciado; y ademas, la juventud de aquel hombre, y su rostro expresivo y melancólico, vivamente le recordaban á un hijo amado, único fruto de su matrimonio, muerto en la adolescencia. Nada, pues, faltaba al herido; y la afectuosa solicitud de doña Rafaela llegaba hasta el punto de hacer novenas y ofrecer votos á la Vírgen y á los Santos por su pronto restablecimiento.

Aunque todas las tentativas para extraer la bala habian sido infructuosas, la herida se iba cicatrizando, y el paciente poco á poco recobrando las fuerzas.

Era pasado un mes de su desgracia y ya empezaba á levantarse, cuando un dia pidió tintero y papel, y se puso á escribir várias cartas, llamando luégo á doña Rafaela.

—No, no es eso—dijo la buena mujer entrando en el cuarto del convaleciente—lo que ha ordenado el médico. Le ha permitido, sí, levantarse; pero no que se ponga á escribir, cuando áun se halla tan débil y apénas hace dos dias que está limpio de calentura.

—El trabajo no ha sido grande. Ademas, me corria prisa mandar esas cartas; pues aunque nunca pueda pagarle á V. lo que ha hecho por mí, tiempo es ya de que, á lo ménos, le reembolse los gastos materiales que le he causado.

—No piense V. en eso. Dios nos manda hacer el bien, y si mérito hay en lo que ejecutára cualquier cristiano, el Señor me lo recompensará en su dia.

—¡Ah! tanta bondad me consuela, y al mismo tiempo..... me turba..... Es tan raro.. ..

—¿Qué?—preguntó doña Rafaela, viendo que su interlocutor no acababa la frase, y sin comprender el sentido de sus palabras.

—Quiero decir—continuó aquél—que si todos fueran como V., de otro modo andaria el mundo.

—Vamos, no diga V. esas cosas.....

—No, doña Rafaela, jamas olvidaré la abne-

gacion con que me abrió su albergue y el desinteres y afecto con que me ha tratado..... á mí, ¡un desconocido! y ¡sin preguntarme siquiera mi nombre!

—Verdad que no lo pregunté, y todavía lo ignoro. Pero ¿qué importa el nombre del afligido, si podemos aliviar su desgracia? Porque se llame Juan ó Pedro no han de cambiar sus dolores. La caridad es el lazo de las almas cristianas, y ante Dios todos somos hermanos.

—Todo eso está muy bueno; pero, aunque en nada pueda cambiar sus nobles sentimientos, justo es que sepa ya que me llamo Lino Alvarez. Y puede estar segura de que si no ha necesitado saberlo para volverme la vida, tampoco ha de ser obstáculo para que yo le demuestre, en cualquier ocasion, la profunda gratitud que le debo. Ahora le suplico que V. misma eche al correo esas cartas, que me han de proporcionar medios con que pague el alojamiento. Demasiado ha hecho por mí, y no debo por más tiempo abusar de su hospitalidad generosa.

—Repito á V., D. Lino, que nada me debe. Esta habitacion que V. ocupa estaba vacía cuando tuvo la desgracia de ser herido; y como desde entónces acá nadie ha solicitado su alquiler, no he sufrido perjuicio alguno.

—Pero ¿piensa V. alquilarla?

—Sí, cuando V. la deje y haya quien la desee y á mí me cuadre. Estos tiempos de disturbios no son los más á propósito para hallar huéspedes que convengan. Los forasteros que habia se vuelven temerosos á sus hogares, y en cambio, ¡Dios solo sabe qué especie de gente se nos encaja aquí de provincias!

—Pues si V. la alquila y consiente en ello, yo me quedo con la habitacion.

—Aunque, á derechas, no sepa quién es el Sr. D. Lino, ni conozca sus antecedentes, me parece V. bueno y le juzgo desgraciado. Ademas, me recuerda tanto á mi pobre hijo..... Quédese, pues, en mi casa si le acomoda; que no seré yo, por cierto, quien le empuje para que se vaya.

No se habló más del asunto, y D. Lino, conforme lo deseaba, continuó en la morada de doña Rafaela, si bien ya en calidad de huésped que paga su estipendio; y apénas se encontró en disposicion de salir á la calle, trajo sus muebles y sus libros, que tenía depositados en casa de un amigo.

De carácter naturalmente sombrío, y mal curado de su herida, era la existencia de nuestro personaje triste por demas y retirada. Salia pocas veces, y solamente le visitaban dos ó tres personas, á las cuales, á pesar de las cándidas observaciones de doña Rafaela, nunca recibia en el

estrado, sino en su cuarto, donde penetraban con aire cauteloso, y solian conversar en voz muy recatada. Únicamente á la hora de comer abandonaba su aposento, y por lo comun se sentaban solos á la mesa él y doña Rafaela, la cual suplia la taciturnidad de su huésped, ya conmemorando, en relaciones no muy variadas por cierto, y que él oia distraidamente, los dulces tiempos de su matrimonio, ya lamentándose de las desventuras presentes, que ella consideraba como justo castigo del cielo.

Seguramente doña Rafaela hubiera deseado que Alvarez fuese algo más locuaz y comunicativo; pero satisfacia puntualmente sus mensualidades, se recogia temprano, y aunque jamas le oyera hablar de religion, no dudaba de que fuese un excelente cristiano. Y eso que habia notado que muchos domingos y fiestas de guardar D. Lino salia á horas en que ya no era posible oir misa, ni en el Buen Suceso; con lo cual en un principio andaba recelosa y apesadumbrada. Pero como Alvarez, al propio tiempo, no se quejaba nunca de las comidas de vigilia (¡y sabe Dios si doña Rafaela, que tenia el Calendario en la uña, las menudeaba!), y como entre los libros que manejaba habitualmente y andaban rodando por las mesas y sillas de su cuarto, la buena del ama, que, si algo curiosa como mujer, no era muy versada en

literatura ni muy ducha en lengua francesa, leyese los títulos de Sainte-Beuve, Saint-Just, Saint-Simon, Saint-Víctor; ó bien los de Strauss, Historia crítica de Jesus; Renan, San Pablo, etcétera, etc., acabó por convencerse de que D. Lino era un verdadero asceta, enteramente entregado á místicas lecturas; explicándose lo de faltar al precepto sólo por la carencia de salud, que le obligaba á veces á levantarse tarde.

Con tales ideas, ni un momento dudaba la infeliz que cierto busto de *terra cotta*, casi de tamaño natural, que Alvarez tenía sobre la cómoda (y que no era otro que el de Voltaire, sacado de la animada estatua que decora el bello vestíbulo del Teatro Frances en París), no fuese la vera efigie de algun santo extranjero. Ciertamente que la expresion de aquella figura no era todo lo seráfica, á su parecer, que á un bienaventurado convenia; pero como habia oido á D. Lino que el busto aquel era de un gran bienhechor de la humanidad, y ademas, ella misma viese inscrito en cierto sitio del pedestal: *Bonfrère, Saint-Dénis*, es decir, el nombre del fabricante y el punto de su residencia; combinando allá en su cabeza las palabras de su huésped y la letra ó marca de la escultura, habia acabado por forjarse el inocente error en que se hallaba.

Don Lino, que no habia podido lograr el com-

pleto restablecimiento de su salud, empezó á resentirse del pecho, y hasta á escupir sangre. Y por este motivo, y acaso tambien por algun otro oculto, anunció á doña Rafaela que se ausentaba por un par de meses, pero conservando siempre su habitacion, en la que dejaba sus libros y sus muebles.

Partió en efecto, aunque sin decir adónde; y como luégo tampoco escribia, estaba la pobre señora muy desazonada, no hallando medio de informarse de su salud; y temiendo que hubiese empeorado.

Así las cosas, y corriendo el plazo de la ausencia de D. Lino, un dia que doña Rafaela se hallaba entregada á sus domésticos quehaceres, vino la criada á anunciarle la visita de un señor sacerdote, que no habia querido decir su nombre. Doña Rafaela lo hizo pasar desde luégo á la sala de estrado, donde ella misma, despues de atusarse un poco, acudió sin tardanza.

Reconocerse y abrazarse con efusion fué todo uno.

—Querido tio, ¿usted por aquí, y sin haberme dicho una palabra?

—¿Para qué te habia de incomodar? ¿No era mejor reservarte el gozo de esta sorpresa?

—Y tan vivo como es el que siento al verle. Pero ¿dónde está V. alojado?

—Hasta ahora en ninguna parte. El Cura de San Sebastian me alberga en su casa miéntras encuentro habitacion que me convenga.

—¿Va su merced á estar en Madrid mucho tiempo?

—Si Dios quiere.

—Usted sabe que mi casa es chica, y que lo mejor de ella está alquilado; pero en tanto que halla acomodo.....

—De ninguna manera. ¿A qué disturbarte?

—¿A mí, señor? Al contrario. Da la casualidad que mi huésped D. Lino está ausente, y no le espero tan pronto. Su habitacion es la más cómoda y la más independiente. Ahora mismo voy....

—Pero, Rafaela, si ya le he dicho á D. Gregorio que pararia en su casa.

—Pues por esta vez se aguantará el señor Cura. Si fuere menester, yo misma, que soy su hija de confesion, le diré..... No faltaba más, querido tio..... Juana, Juana.

Presentóse la criada, y doña Rafaela, sin dejar meter baza á D. Cleto Ugalde (que así se llamaba el sacerdote), dió órden para que le arreglasen el cuarto de D. Lino.

Excusado es decir que el tio se rindió, al fin, á las expansivas demostraciones de la sobrina.

—Y bien—prosiguió ésta, gozosa y satisfecha—¿á qué debo el gusto de tenerlo á V. por aquí?

—A los designios de Dios y á la proteccion que, sin yo merecerla, me dispensa el señor Obispo de esta diócesis. Se ha empeñado su ilustrísima en que haga oposicion al primer curato vacante en la córte, y, entre tanto, me ha inscrito en la parroquia de San Sebastian. Por mí prefiero el retiro y la contemplacion; pero el reverendo Prelado cree que en estas circunstancias puedo ser útil en el confesionario y en el púlpito, y mi deber es sacrificarme á la Iglesia. No debia, sin embargo, haber venido tan pronto; mas el fallecimiento de doña Ines Hurtado, que me encargó al morir que pusiese en el Sagrado Corazon de esta córte á su nieta, desgraciada niña huérfana de madre, me ha obligado á adelantar mi viaje.

—¡Pobre criatura! ¿Y qué edad tiene?

—Ocho años.

—¿Pero su padre le vive todavía?

—Más valdria que no le viviera. Por cierto que tengo encargo de buscarle para que sepa lo ocurrido; y ¡quiera Dios que no se vaya á oponer á que su hija se eduque en el convento!

—¡Cómo! ¿Es tan malo?

—No diré yo que sea malo de corazon. Le conocí adolescente, y era su natural noble y generoso; pero su primer paso en la vida fué una gravísima falta, que labró la desgracia de una familia y la suya propia; y luégo, á impulso del despecho, sin escuchar más voz que la del orgullo herido, acabó por ponerse en guerra con Dios y con los hombres. Sin embargo, lo repito, mala índole no tiene, y todavía no desespero de que vuelva los ojos á la luz de la gracia.

—Y ¿cuenta, al ménos, con qué sostener á la hija?

—Era rico, ó por mejor decir, lo era su mujer; pero todo lo ha disipado en punibles conspiraciones y locas empresas.

—Sin más familia que tal padre, ¿cuál va á ser entónces la suerte de esa infeliz criatura?

—La Providencia no falta á nadie, y su porvenir está asegurado. Su abuela doña Ines le dejó al morir un capital que produce unos veinte mil reales de renta. Ese modesto patrimonio está en excelentes manos; la niña tiene apénas ocho años cumplidos, y cuando llegue á la mayor edad seguramente verá su caudal duplicado. Ya que he tenido la satisfaccion de abrazarte, me marcho, pues áun no he acabado hoy mis asuntos.

—¿Qué, tan pronto? La comida estará dentro de diez minutos.

—Por hoy, imposible. Le he ofrecido al señor Obispo que lo acompañaria á la mesa.

—¡Cómo ha de ser! Pero, de todos modos, aguardo á V. Cuando vuelva, lo tendrá todo listo.

—Hasta las ocho de la noche no podré recogerme. Adios.

—Con él vaya su merced.

Y el sacerdote se retiró, acompañándole la sobrina con cariñoso respeto hasta la puerta.

A la hora que habia dicho, volvió el Padre Ugalde, y doña Rafaela, con una palmatoria en la mano, lo introdujo en la habitacion de D. Lino, donde al momento lo dejó solo, comprendiendo la necesidad que el buen sacerdote habria de descanso.

Apénas cerrada la puerta, D. Cleto abrió un saquito de noche, y sacando un breviario, se hincó de rodillas cerca de la mesa en que estaba la luz, y pasó una media hora rezando en voz baja. Acabadas sus oraciones, se puso de pié, y examinado que hubo ligeramente el cuarto, cogió el saco, para meterlo en una alacena que habia en uno de los muros, y abriéndola, no sin extrañeza, vió en uno de los anaqueles el busto de Voltaire. Dejando en otro el pequeño busto, volvió á cerrar; y con la natural curiosidad de todo hombre de letras, tomando la palmatoria se acercó

á un estante de libros, á traves de cuyos cristales se veian en ordenadas hileras porcion de volúmenes de diferentes tamaños y colores. Aproximóse más, y leyendo en los lomos los nombres de Auguste Comte, Darwin, Littré, Renan, etc., comprendió que la efigie del patriarca de Ferney pertenecia al dueño de aquellos libros, y pensó que el alma de este desgraciado, como bajel entre escollos, debia luchar afanosamente entre las falsas doctrinas de aquellos escritores, en caso de no haberse ya completamente apagado en su corazon el sol de la gracia.

Volvió á dejar la bujía sobre la mesa, y oró otra vez breve rato, ántes de acostarse.

Al siguiente dia D. Cleto se levantó de madrugada, y despues de ofrecer en su parroquia el sacrificio de la misa, regresó al hogar para que le diesen el desayuno. En tanto que se lo servian, se puso á pasear por la estancia y á mirar distraidamente algunos grabados de poco valor que ornaban las paredes. Mas de pronto le llamó la atencion una pequeña fotografía, con su cristal y marco de ébano, suspendida cerca de la chimenea por un lazo de crespon negro, que al propio tiempo anudaba un ramillo de siemprevivas.

—¡Qué veo!—exclamó con un movimiento de sorpresa.—¡Es ella! ¡Pobre Julia! Dios la haya perdonado. Pero ¿cómo está aquí su retrato?

¿Qué tiene que ver D. Lino Alvarez con doña Julia Hurtado? A ménos.....

Sin acabar la frase se dió una palmada en la frente. En aquel momento Juana se presentó con el chocolate, y poco despues entró doña Rafaela.

—¿Qué tal ha pasado mi señor tio la noche?

—Perfectamente, querida sobrina. No me acuerdo de haber estado nunca mejor alojado, ni de haber dormido en cama más cómoda. Tu huésped D. Lino debe hallarse muy contento en esta habitacion.

—¡Pobre señor! No es difícil de contentar y jamás pone reparo en nada.

—Se ve que es aficionado á los libros, pues me figuro que los de ese armario le pertenecen.

—No sé cómo no se vuelve loco. Siempre está con esos libros á vueltas, y muchas veces ni se acuerda de las horas de comer, ni de nada. ¡Tiene un carácter tan raro!

—¿Y ese retrato es suyo?

—Sí. Segun me ha dicho, una hermana que perdió hace algunos años.

—Ya. ¿Y quién te recomendó á ese señor? Porque tú no eres de las que admiten en su casa personas que no conocen.

—Nadie, ó mejor dicho, su desgracia.

Y aquí narró á D. Cleto de qué manera dramática é inesperada D. Lino penetró en su hogar;

historia que el sacerdote oyó con grande atencion é interes.

—En verdad, sobrina, que lo que me cuentas parece cosa de novela. ¿Y tan malo ha quedado?

—No creo que el infeliz haga los huesos viejos.

—¿Y para cuándo lo esperas?

—No lo sé con seguridad, pues no me ha escrito ni una sola vez, é ignoro su paradero. ¡Es un sér tan misterioso! Mas presumo que no ha de tardar en volver. Se ausentó por dos meses, y hace ya que se fué más de cuarenta dias.

Despues de esta conversacion, el padre Ugalde no volvió á hablar de D. Lino; pero se apresuró á buscar el alojamiento que deseaba, no léjos de doña Rafaela y cerca de San Sebastian, á cuya parroquia, como sabe el lector, estaba adscrito.

Y por cierto que no anduvo en ello desacertado, pues á los dos ó tres dias del anterior coloquio, hallándose en casa de la sobrina, presentóse inopinadamente D. Lino.

Al verlo la bondadosa hospedadora corrió hácia él por darle la bienvenida, y el sacerdote se puso tambien de pié; pero, al encontrarse con los ojos de Alvarez, bajó los suyos con dulce mansedumbre, quedándose D. Lino un tanto turbado.

Doña Rafaela, que notó, aunque sin explicársela, cierta perplejidad en su huésped,

—Señor Alvarez—dijo con su característica sencillez—es el padre Ugalde, mi tio.

—Sí—contestó D. Lino reponiéndose de su sorpresa é inclinándose levemente.—Hace tiempo que tengo el gusto de conocer á D. Cleto.

—¡Cómo! ¿Se conocian ustedes?

—¿Quién no conoce al padre Ugalde?—respondió D. Lino evasivamente.

—Yo tambien conocia de Málaga al señor, aunque ignoraba su nombre. Pero ahora, que ya lo sé, vendré, si me lo permite, á visitarle. Recien llegado de aquel país, puedo darle noticias que acaso le interesen.

—Mañana mismo, si el Padre quiere favorecerme. Si yo no voy ántes á verle, como deseára, es que realmente me faltan las fuerzas, y despues del viaje necesito algunos dias para reponerme.

—Pero viene V. mejor: el semblante es bueno—interpuso doña Rafaela.

—Sí..... la agitacion del camino. Pero no me forjo ilusiones.

Sin más, saludáronse D. Cleto y D. Lino, y éste se dirigió á su aposento.

Serián las tres de la tarde del dia despues, cuando el padre Ugalde se presentó en la casa, y entrando en el cuarto de D. Lino, entablóse entre los dos, á solas, el siguiente coloquio:

—¿Quién penetra los designios de Dios? Yo me

atormentaba por no saber cómo hallar á V., teniendo importantísimas nuevas que comunicarle, y hé aquí que la Providencia nos reune en casa de mi sobrina, y me facilita el medio de cumplir un sagrado deber.

—¿Las nuevas son de mi hija?

—Sí, D. Luis, y permítame que le llame por su verdadero nombre. Doña Ines Hurtado ha fallecido.....

—¡Mi suegra!

—Y éstas han sido sus últimas palabras: «A mi yerno, que le perdono todo el mal que me ha hecho. Y si Dios se digna acoger mi alma, como espero, yo le pediré, uniendo mis ruegos á los de mi pobre Julia, que á él tambien le conceda su misericordia.»

—Y muerta la abuela, ¿qué ha sido de la niña? —preguntó D. Lino con ansiedad.

—Puede V. estar tranquilo. Doña Ines, como usted no ignora, era más bien pobre, y la fortuna casi toda del marido.....

—¡Harto lo sé!—interrumpió D. Lino—y no hay para qué recordármelo. Quitó á Julia cuanto pudo; y en ódio á mí, mejoró á los hermanos.

—Don Luis, sea V. razonable. ¿Y de qué le hubiera aprovechado que su suegro obrase de diferente manera? Si por mala suerte ú otros motivos la herencia de Julia se disipó en manos de V., tal

como era, ¿acaso por ser algo mayor se habría salvado?

—No es V., D. Cleto, á quien debo rendir cuentas.

—Lo sé; pero deponga, por Dios, ese tono. Yo vengo de paz y á traerle noticias que, seguramente, serán para su corazon un bálsamo de consuelo. Déjeme acabar. El porvenir de su hija de usted está asegurado. Doña Ines, en los últimos meses de su vida, vendió una huerta que tenía en Málaga, réalizó sus joyas, se deshizo de sus cuadros, y ha dejado á Luisa un capital de veinte mil duros, de cuya renta, por expresa voluntad de la difunta, sólo se ha de sacar lo necesario para la educacion de la niña, acumulando el resto, á fin de serle todo entregado á su mayor edad.

Una lágrima asomó, disipándose muy luégo, á los áridos ojos de D. Lino.

—¿Y mi hija, dónde está?

—Segun lo dejó dispuesto su abuela y bienhechora, está en Madrid, educándose en el Sagrado Corazon; allí la tiene V., y puede verla cuando quiera.

—Es decir, que conmigo no se ha contado para nada.

—¿Quién sabía su paradero de V.? No era cosa de dejar abandonada á una niña de ocho años.

¿Ni dónde podia estar mejor que en un colegio?

—¡De monjas!.....

—No, no es posible, D. Luis, que quiera usted arrastrar en su desgracia á esa inocente criatura. ¡Ah! ¡si abriese V. los ojos á la fe, y viese en el hombre un fin más alto que esta miserable vida, cuánto se aminorarian sus penas, y qué llevaderos le parecerian los tormentos que hoy le abruman!

—No quiero ciertamente la infelicidad de mi hija; pero, respetando las ideas de los demas, las mias son enteramente opuestas á esa triste educacion, que no tiene otro objeto que arraigar en la sociedad funestas preocupaciones, manteniendo viva la tea de la discordia entre los que debieran amarse como hermanos.

—¡Por Dios! D. Luis. ¡La educacion fundada en el Evangelio, fuente divina de caridad y de amor, mantener encendida la llama de la discordia! ¿No habrá V. de curarse, al fin, de esa ciega ojeriza contra la Iglesia?

—¿Qué quiere V.? yo soy un triste ejemplo de lo que es esa organizacion social, que la Iglesia apuntala y protege. ¡Pues qué! sin la distincion de nobles y plebeyos, de pobres y ricos, ¿D. Lope Hurtado me habria cerrado las puertas de su hogar por el enorme crímen de haberme enamorado de su hija? ¡Pues qué! si la verdadera igualdad

existiese, ¿habria tenido yo que conspirar y defenderla, á costa de mi vida, contra los pretorianos de un imbécil coronado?

—Créame V., D. Luis; sea cualquiera la forma que se dé á la sociedad, los padres tendrán siempre autoridad sobre sus hijos menores, y siempre será un atentado á la moral y al derecho robar á una doncella de la casa paterna. Así como bajo cualquier régimen político, cuando estalle una sedicion, los gobiernos la reprimirán con la fuerza. Las desgracias de V. son inmensas, y yo las deploro con todo mi corazon. Pero no hagamos á Dios ni á la sociedad responsables de infortunios que no tienen otro orígen que nuestros propios errores.

—Despues de todo, estamos perdiendo el tiempo. Nuestros puntos de vista son tan opuestos, que fuera inútil tratar de convencernos.

—¡Ojalá diese el Señor á mis labios la virtud necesaria para alcanzarlo! De todos modos, le rindo gracias por haberme permitido cumplir esta mision y darle á V. faustas nuevas de su hija. Cuando quiera V. verla, de lo cual se alegrará mucho la inocente niña, pues su pobre abuela le enseñó á amar á su padre, cuyo retrato posee y besa con efusion, yo mismo lo llevaré á V. y lo daré á conocer á la Superiora, que es, créame V., un ángel de caridad en la tierra.

Una segunda lágrima apuntó en los ojos de don Lino.

—¿Para qué quiere V. que la vea?—contestó ahogando un suspiro.—Yo llevo conmigo la desgracia. Si me ha de llorar muerto muy pronto, vale más que no sepa de mí. ¿Qué puedo decirle, ni qué puedo dejarle, que le haga grato mi recuerdo?

—La bendicion de un padre es la más dulce memoria que puede guardar el corazon de un hijo.

—Y luégo—añadió D. Lino—yo soy un miserable proscrito, obligado á ocultar mi nombre..... De todas maneras—dijo, cambiando de tono—no soy tan malo, que no conozca cuánto debo á usted por el interes que demuestra á mi pobre Luisa.

—Ahora—dijo D. Cleto con aire paternal—soy yo el que no me convenzo. Proscrito ó no, ya nos arreglarémos para que V. la vea.—Y poniéndose de pié y cogiéndole afectuosamente la mano, añadió ya al marcharse:—Esa niña es íris de paz que Dios le envia. Ámela V. sin rebozo, y ya verá que el verdadero amor, no cabiendo en la tierra, acaba siempre por llamar á las puertas del cielo.

Unos cuantos dias despues de esta entrevista, D. Lino (que así le seguirémos llamando, aunque no fuese su verdadero nombre) se vió de repente acometido de un vómito de sangre. El doctor tranquilizó á la apesadumbrada doña Rafaela, y á más de várias recetas, prescribió al enfermo un reposo absoluto.

Con la mayor solicitud é interés acudia diariamente el padre Ugalde á informarse de la salud de D. Lino, si bien rara vez penetraba en su cuarto, y cuando lo hacía, con sus breves y discretas palabras sólo procuraba reanimar el espíritu del paciente.

Siguiendo puntualmente las prescripciones del médico, é impulsada ademas por la especie de afecto maternal que hácia su huésped sentia, doña Rafaela negaba la entrada á las dos ó tres personas que solian visitarlo, y que, para decir verdad, no eran, sin que ella se explicase el por qué, santos de su devocion. Una de las mismas, á la tercera vez que inútilmente llegaba á la puerta, dejó una carta para su amigo, recomendando mucho que se la entregasen, fuese cualquiera su estado. El mismo sujeto volvió á presentarse al siguiente dia, y ya por órden expresa de Alvarez se le dejó pasar, siendo desde luégo introducido en la habitacion del enfermo.

Hallábase éste envuelto en una bata de lana

gris, tendido más que sentado en una inmensa butaca, y la cabeza recostada en un almohadon. El rostro macilento; en los ojos, el brillo de la calentura.

Era el visitante hombre como de cincuenta años, de mediana estatura, cabello ralo, barba de apóstol, y aunque de facciones vulgares, su expresion era audaz y su mirada inteligente.

—¡Vaya un cancerbero, la' tal ama!—dijo acercándose á D. Lino.—Si no apelo al recurso de la carta, no sé cómo hubiera podido penetrar en este alcázar encantado y cumplir el encargo de nuestra asamblea. Pero ante todo, ¿cómo está el hermano D. Luis?

—Mal —contestó tristemente D. Lino.

—No hay que desesperar. La naturaleza es próvida, y á la edad de V., grande aún la fuerza vital de la materia.

—Mi mal no tiene cura. ¿Y qué desea la Hermandad?

—Primero, informarse de la salud de uno de sus miembros predilectos, cuyo valor y talento admira, cuyos servicios nunca podrá olvidar. ¡Son tan pocos los que en sí reunen la idea y la accion! ¡Tan raros los que saben sembrar la semilla, teniendo, ademas, la virtud de regarla con su propia sangre!

Don Lino, que parecia como adormecido y poco

sensible al incienso del cofrade, respondió con aire indiferente:

—Puede V. decir á la Sociedad que le he agradecido su solicitud y que me haya honrado con la visita de su Presidente.

—He cumplido—dijo el visitante despues de una ligera pausa—una parte de mi comision; pero me queda algo más que decir. Por confidencias que nos merecen gran crédito, ha llegado á nosotros cierta noticia, sobre la cual urge que dé usted las convenientes aclaraciones.

—¿De qué se trata?

—La Junta gubernativa ha sabido que una hija de V. se está educando en el Sagrado Corazon.

A estas palabras, como despertándose de un letargo, D. Lino se incorporó en el sillon, y abriendo cuanto podia los ojos, los fijó en su interlocutor.

—Por lo mismo—continuó éste—que todos en la Hermandad conocen el temple de V. y lo profundo de sus convicciones, nadie ha sabido cómo interpretar el hecho denunciado, y todos esperamos con impaciencia una explicacion que ataje desde luégo la murmuracion y la sospecha.

—El hecho es cierto—contestó D. Lino—pero yo para nada he intervenido en el asunto.

—¿Cómo, siendo V. su padre.....?

—Hermano Andres—repuso D. Lino viva-

mente excitado —mi hija estaba con su abuela materna. Cuando murió esta señora, nadie sabía de mí. Proscrito, obligado á ocultar mi nombre y huyendo de la policía, no era cosa que por evitar que mi hija entrase en un convento hubiera ido yo mismo á entregarme en manos de mis verdugos. Miéntras que mi hija, sin nadie que velase por ella, era recogida en el Sagrado Corazon, su padre, por la causa de nuestra Sociedad, caia mortalmente herido en una barricada. ¿Qué más se puede pedir á un hombre?

—Tan noble explicacion me conmueve, y estoy seguro de que satisfará á los más suspicaces. Tanto más que para los dias del Rey se anuncia una amnistía; sin duda estará V. comprendido en ella, y entónces.....

—¿Qué quiere la Hermandad?—le interrumpió con vehemencia D. Lino.—¿Que arrastre en mi desgracia á esa pobre niña, y que la deje al morir sin refugio ni amparo en el mundo?

—Don Luis, no hay que olvidar que el lema de nuestro escudo es : *Guerra al altar y al trono;* que al afiliarnos libremente en *La Implacable* hemos jurado educar á nuestros hijos en la moral independiente, y vivir y morir fuera de toda religion positiva. ¿De qué servirán á V. tantos afanes y penalidades, si al fin de su carrera desmiente con un acto de debilidad toda una vida de

lucha y de gloria, y compromete el triunfo de nuestras ideas?

—Mis convicciones son siempre las mismas, y he de mantenerlas hasta el último suspiro. Mas es mucho exigir que por haberme yo estrellado contra un edificio que no hemos podido derribar, y que no amenaza ruina á pesar de nuestros golpes, he de arrojar la ponzoña de mis dolores en el alma inocente de mi hija, y dejarle por toda herencia odios, lágrimas y miseria.

—El edificio caerá al fin, no lo dude V. Por lo demas, me extraña que olvide que nuestra benéfica Sociedad no abandona á los huérfanos de los que en ella se han distinguido.

—Y luégo—prosiguió D. Lino, sin hacer cuenta de las frases de su interlocutor—¿quién sabe, siquiera, que esa pobre niña existe?

—¿Quién? Oiga V. un momento lo que dice *El Ancora* en su número de anteayer.—Y sacando un periódico del bolsillo, el hermano Presidente leyó lo que sigue :

«Siempre lo mismo : impiedad en los labios y víboras en la conciencia. Está visto que para el ateo—si hay quien realmente lo sea—no existe paz ni verdadero reposo. Uno de nuestros más furibundos demagogos, cuyas violentas diatribas contra la Iglesia han sido verdadero escándalo de los fieles, acaba de poner á su hija, de menor

edad, en un convento de la córte, para que reciba cristiana educacion. ¿Es sincero su arrepentimiento? pues venga á nuestros brazos. La Iglesia, más que para los santos, se ha hecho para los pecadores, y uno de esos ejemplos vale por cien misiones.»

El pálido rostro de D. Lino se coloreó súbitamente, y el fuego del orgullo hizo despedir relámpagos á sus amortiguados ojos.

—¡Ah! se equivocan—exclamó con apasionado acento.—El furibundo demagogo ni se arrepiente ni se enmienda. Puede V. decir á la Junta directiva y á toda la Asamblea que apénas se promulgue la amnistía sacaré á mi hija del Sagrado Corazon, y que todos nuestros periódicos publicarán la noticia á són de trompa.

Despues de tan penoso esfuerzo, le acometió un golpe de tos, escupió un poco de sangre, y se dejó caer en el sillon con profundo abatimiento.

—No quiero molestarle más, hermano Luis—dijo el colega cogiendo su sombrero.—Ya volverémos á tratar de este asunto cuando V. se mejore. Animo y á cuidarse. Que no ha de ser ¡por vida mia! más eficaz el plomo de nuestros enemigos para vencer ese cuerpo juvenil, que lo son sus razones para avasallar nuestra voluntad. Entre tanto, descanse V. en mí. Esta noche misma tras-

mitiré sus palabras á la Junta, y esté seguro que serán recibidas con entusiasmo.

Por toda contestacion, D. Lino, sin abrir los ojos, inclinó ligeramente la cabeza, y el hermano Presidente salió de la estancia.

Doña Rafaela, que andaba de un lado á otro de la casa, impaciente y desasosegada con lo mucho que se prolongaba la tal visita, no bien se quedó solo D. Lino, se apresuró á entrar en su cuarto, y alarmada al ver su palidez y postracion:

—Estoy segura—dijo sin poderse contener—que ese buen señor os ha cansado mucho. ¡Qué falta de consideracion! ¡Estarse charlando una hora al lado de un enfermo!..... Yo entiendo la amistad de muy distinta manera. Pero estará V. muy débil, y voy á traerle enseguida la tapioca que le ha mandado el médico.

Don Lino miró á doña Rafaela con inefable expresion de tristeza y agradecimiento.

—Antes, amiga mia, me va V. á ayudar á alcanzar el lecho. ¡Hoy me siento tan abatido!.....

Doña Rafaela, con maternal solicitud, le prestó su auxilio hasta dejarlo recogido, y despues de servirle ella misma el prescrito alimento, se retiró, aconsejando al paciente que tratase de conciliar el sueño, pues nada podia serle tan provechoso.

Pasó la tarde y pasaron las primeras horas de

la noche sin que nada de particular ocurriese en el estado del enfermo. Y á eso de las diez, doña Rafaela, que, desde que Alvarez se hallaba de gravedad, se acostaba en el cuarto inmediato al de su huésped, entró en el de éste para ver si necesitaba algo, y al convencerse de que dormia, tranquilamente al parecer, dejando la mariposa en un rincon del aposento de modo que la luz no le ofendiera, se retiró de puntillas á su alcoba provisional, y cerrando suavemente la puerta intermedia, se echó medio vestida, quedándose á poco sumida en profundo sueño.

Algo más de las once serian cuando D. Lino despertó del letal adormecimiento que doña Rafaela tomára por saludable reposo. Como quien sale de una horrenda pesadilla, paseó los asombrados ojos por el ámbito de la estancia. Desde su cama veia la cómoda, que ocupaba uno de los testeros, y sobre la cual se hallaba colocado el busto de Voltaire, de que ya tenemos hablado. A las ondulaciones de la lamparilla, que agitaban ligeramente todas las sombras, aquella cabeza parecia respirar, y el barro inerte adquirir la movilidad y el calor de la vida. Fijándose al fin en la animada escultura, se figuró que aquellos ojos malignos lo observaban con pertinaz insistencia, y que aquella boca, contraida con implacable sonrisa, estaba haciendo befa cruel de sus dolores.

Para sustraerse á tan penosa obsesion, se sentó trabajosamente en el lecho, y poniendo las almohadas de modo que pudiese respaldarse, con un fósforo encendió la palmatoria que tenía al lado en el velador, sobre el cual habia ademas un vaso con una pocion y varios libros en desórden, y cogiendo de ellos el primero que le vino á las manos, lo abrió á la ventura. Era la famosa obra de Darwin sobre el *Orígen del hombre:* la hojeó un momento, y cerrando el tomo: «No, no puedo convencerme—dijo hablando consigo propio.—Todo mi sér se rebela contra tan ignominiosa teoría. ¡El hombre, un molusco que el acaso ha ido perfeccionando á través de los siglos! ¡El mono vil, padre de los hombres!..... ¡Sócrates y Platon tener el mismo orígen y el mismo fin que los más inmundos reptiles! Mas si yo no soy de más alto linaje que los gusanos que van mañana á devorarme, ¿á qué entónces esa vaga, indefinible aspiracion á lo infinito que hallo en mi propio sér? ¿á qué esa ánsia de verdad, de justicia y de belleza que nada puede satisfacer en la tierra? ¿Para qué tan pujantes alas en el espíritu, si nunca ha de volar?

».....Darwin, tus tristes errores no pueden engañarme: el tumulto de mi conciencia, que me hace olvidar los tormentos físicos, y que no hay sofisma que pueda encadenar, claro me dice que

existe algo en mí que no es el limitado instinto del bruto, ni las ciegas leyes de la materia. No; la perfeccion y la armonía no pueden salir de la confusion y del acaso, ni el hombre de la mezcla fortuita de seres inferiores en pugna por la vida.»

Dejó con desden el libro en el velador, y cogiendo otro pequeño volúmen, lo abrió maquinalmente. Era un tomo de las poesías de Alfredo de Musset, y del poema *Rolla* las páginas que se ofrecieron á su vista. Leyó al principio distraido, pero muy luego fijó su atencion aquel pasaje en que el poeta, apostrofando á Voltaire, le dice:

«Voltaire, ¿duermes contento? Aunque despojo inmundo,
¿no estremece la huesa tu innoble sonreir?
Que era muy jóven, dicen, para leerte el mundo;
goza en verlo decrépito y ya digno de tí.

Cayó sobre nosotros el edificio inmenso
que tus gigantes manos zaparon con ardor;
ansiando tus caricias, más ebria con tu incienso,
la muerte casi un siglo tus brazos esperó.

¡Ah! debeis estrecharos con hórrida ternura,
hirviendo de gusanos el tálamo nupcial.....
Mas qué, ¿nunca abandonas la yerta sepultura,
las ruinas que sembraste saliendo á contemplar?

Si vagas por los claustros al ancho cielo abiertos,
si por los restos vagas de la feudal mansion,
¿qué dicen á tu orgullo esos muros desiertos,
esas rompidas aras que tu mano volcó?

¿Desde la Cruz no te habla el Cristo doloroso?
¿Las gotas de su sangre no saltan sobre tí,

cuando por desclavarlo, el árbol tembloroso
viene en la oscura noche tu espectro á sacudir?
Al ver entre tinieblas la humanidad perdida,
¿estás, di, satisfecho de tu infernal mision?
¿encuentras que fué buena tu hechura maldecida,
como encontró la suya el Rey de la creacion?»

No pudo continuar; cerró el libro, y fijándose en el busto: «Sí —dijo;—pero tus manos se han convertido en polvo, y ese árbol por ellas sacudido subsiste firme y arraigado en la tierra. Y miéntras yo muero sin más consuelo que tu satánica sonrisa, ni otra esperanza que la podredumbre del sepulcro, esa cruz por tí vilipendiada protege la orfandad de mi hija y recibe en sus brazos las almas de los que creen para levantarlas al Paraíso. ¡Oh, qué horrible es morir sin hallar en derredor más que tinieblas!»

Don Lino no pudo sostener más tiempo aquella interna, angustiosa lucha. Su respiracion empezó á hacerse cada vez más fatigosa, y sintiendo que se ahogaba, arrojó desesperado el libro, que del velador fué á parar al suelo. Al ruido, acudió alarmada doña Rafaela, y halló á su huésped desmayado y con la almohada llena de sangre. Sobre la marcha, le dió á oler un pomo de sales, le puso agua en las sienes y ofreció novenas á todos los santos; pero viendo que no volvia, más muerta que viva, corrió al cuarto de la criada.

—¡Juana! ¡Juana! ¡No hay tiempo que perder! Vístete volando, y en seguida á casa del Médico. ¡No es poca fortuna que viva tan cerca de aquí! Que venga al instante. ¡Don Lino se nos va de entre las manos!

Cuando entró el Médico, gracias á los socorros de doña Rafaela, Alvarez habia recobrado el sentido; mas por sus frases inconexas, parecia tener la razon algo perturbada. El Doctor pulsó al enfermo, y le hizo várias preguntas, á que respondió con voz muy apagada; le miró los ojos, le aplicó el oido al pecho y le puso la mano en el corazon. Al levantarse de la cabecera, hizo un gesto poco tranquilizador, y con voz grave dijo á doña Rafaela:

—No hay más que continuar con lo mismo.

La pobre señora siguió al Médico toda asustada; y ya fuera del cuarto:

—Doctor—le dijo con ansiedad—¿cómo lo encuentra V.?

—Es caso perdido. Si tiene algo que disponer, que no lo retarde.

—¿Pero está de tanto peligro?

—Los síntomas son funestos. Trataba yo de evitar una complicacion cerebral, y ya ha sobrevenido.

—¿Pero no habrá tiempo para llamar á un confesor?

—Tanto como eso no digo. Algunas horas podrá vivir todavía. Mas lo que haya de hacer, pronto. Podria suceder tambien que se le apagase el conocimiento ántes que la vida.

El Médico se marchó, y la pobre doña Rafaela se quedó consternada. La idea, sin embargo, de que no faltasen á su infortunado huésped los auxilios de la religion reanimó su espíritu.

—Juana —dijo á la criada con resolucion — voy á echarme la mantilla, y sin perder momento, á casa del padre Ugalde. No son más que las seis, y hasta las siete no sale á decir misa. Si ya no está en casa, iré á la iglesia, donde lo encontraré seguramente. Vela en tanto á D. Lino, y que nada le falte.

Ya con la mantilla puesta, abrió doña Rafaela un antiguo cofre que tenía en su cuarto, forrado de velludo carmesí con tachones de metal, y sacando dos velas que habian alumbrado al Santísimo, entró en la estancia del enfermo, y con místico fervor las puso encendidas sobre la cómoda. Luégo se acercó de puntillas y afanosa á la cama de Alvarez. Aunque su respiracion le pareció muy agitada y desigual, creyólo, no obstante, dormido; y extendiendo bien las cortinas del lecho, de modo que la luz no le diese en el rostro, salió sin más detencion en busca del padre Ugalde.

Juana se quedó con el enfermo; mas temiendo no se le apagase el fuego del hogar, aprovechando un momento en que aquél parecia tranquilo, se ausentó del cuarto. Aquella calma aparente era precursora de una terrible crísis. No bien se hubo alejado Juana, cuando D. Lino abrió los ojos, é incorporándose con doloroso esfuerzo, y llevándose ansiosamente la diestra al pecho: «¡Aire, aire!»—exclamó con voz cavernosa y ahogada, abriendo la boca para respirar, con mortal angustia. A sus movimientos convulsivos, separáronse las cortinas del lecho, que las luces le ocultaban, apareciéndole de repente el ominoso busto entre dos velas. Lo que pasó en aquel instante por el corazon y la mente del enfermo, sólo Dios puede saberlo. El ánsia de su pecho pareció calmada, y la sorpresa y el terror se pintaron en sus ojos, fijos en la imágen de Voltaire, la cual, entre aquellas luces, parecia más expresiva, regocijada y sarcástica que nunca. La contempló un momento, y adquiriendo, como por un choque eléctrico, súbita fuerza su cuerpo desfallecido, arrolló violentamente las sábanas, y con el pelo erizado, crispados los puños, lívido el rostro y los ojos desencajados, como un espectro vengador, se bajó del lecho, y acercándose á la cómoda, de un golpe derribó al suelo el busto, que se hizo pedazos en la estrepitosa caida.

Aunque la cocina se hallaba al otro extremo de la casa, era ésta pequeña; así es que Juana oyó distintamente el repentino estruendo; mas no pudiendo imaginarse lo acaecido, pensó que el fracaso habia sido en la escalera, y allí acudió muy azorada. Al ver su error, y no sabiendo qué pensar, se dirigió temerosa á la habitacion del enfermo.

Abrir la puerta y dar un grito fué todo uno. Don Lino yacia exánime á los piés de la cama; tenía las manos cruzadas sobre el corazon y entreabiertos los labios, como si diciendo una plegaria, se le hubiese acabado el aliento. Aunque toda asustada y temblorosa, Juana osó al fin acercarse á aquel cuerpo insensible; mas al ver en él todos los signos de la muerte, salió precipitada, y como una loca se puso á andar de un lado á otro, sin saber qué hacer. Cada minuto que su ama tardaba en volver le parecia un siglo. Al fin sonó la campanilla, y el padre Ugalde y doña Rafaela, en el demudado semblante é inconexas palabras de la criada, comprendieron que algo muy grave habia ocurrido. Sin entretenerse en explicaciones, llenos de zozobra, corrieron al aposento de don Lino, y al hallarlo desplomado en el suelo sin dar señales de vida, doña Rafaela arrasada en lágrimas y D. Cleto con profunda tristeza, lo alzaron al lecho, y cubriéndolo piadosamente, se

postraron de hinojos, pidiendo á Dios por el alma de aquel desventurado.

El D. Andres, cuya triste confraternidad con D. Lino conocen ya nuestros lectores, volvió por la mañana á informarse de la salud de su amigo; y al enterarse de su muerte, se empeñó en hablar con la afligida doña Rafaela.

—Señora—la dijo bruscamente—yo tengo en mi poder el testamento de D. Luis Alcedo.

—¿De D. Lino?—dijo doña Rafaela, acostumbrada á llamar así á su huésped, aunque ya supiese por D. Cleto su verdadero nombre.

—De D. Lino ó de D. Luis, que es lo mismo. Soy su albacea testamentario, y sólo yo tengo el derecho y el deber de ejecutar su última voluntad. Que nadie, pues, disponga del cadáver de Don Luis, el cual hoy mismo será enterrado, conforme á lo que el difunto dejó terminantemente prevenido.

La sencilla doña Rafaela, muy distante de las intenciones de D. Andres, por más que le chocasen su tono y manera de hablar, asintió desde luégo á sus palabras, alegrándose de que hubiese quien oficialmente se encargára de cuanto con-

cerniera al difunto. Y D. Andres, sin más explicaciones, se retiró, para ocuparse, desde luégo, en su cargo de testamentario.

Una hora más tarde se volvió á presentar, acompañado de un escribano y dos testigos, para hacer el inventario de los efectos del finado y empezar á ejecutar el testamento.

El padre Ugalde se hallaba en la casa asistiendo á doña Rafaela.

—Señora—dijo secamente D. Andres echando una mirada de desconfianza á D. Cleto—nadie de la parroquia tiene que intervenir para nada en lo concerniente al entierro de D. Luis, que vivió y ha muerto fuera del gremio de la Iglesia.

Doña Rafaela, al oir aquellas sacrílegas palabras, quiso protestar, pero le faltó la voz; se le encendió el rostro, y refluyendo luégo la sangre al corazon, se quedó pálida é inmóvil como una estatua.

—Señor mio—dijo entónces D. Cleto tomando cartas en el asunto—yo ignoro los términos del testamento; mas paréceme temeraria afirmacion la de que D. Luis Alcedo no ha muerto como cristiano. Y no sé que pueda invocarse libertad religiosa ni derecho alguno para venir de esta manera á escarnecer los sentimientos católicos de una familia desventurada.

—Don Luis no tiene familia.

—Tiene una hija educándose en el Sagrado Corazon, que no quiere que su padre sea enterrado como un perro. Y yo, encargado de velar por ella, protesto en su nombre contra ese inaudito atropello.

—Señor presbítero, yo no trato de entrar en inútiles disputas. Aquí tengo la autorizacion del juez municipal, en cuya presencia se ha abierto el testamento, para que disponga del cadáver. Pero á fin de que el señor eclesiástico no se moleste con vanas protestas, sírvase V., señor escribano, leer la cláusula del testamento que se refiere á este asunto.

Y guardando todos silencio, el depositario de la fe pública revolvió unas hojas de papel sellado, y al fin leyó lo que sigue:

«No perteneciendo al gremio de la Iglesia católica, y decidido adversario de toda religion positiva, es mi solemne voluntad que mi entierro sea puramente civil. Mi albacea testamentario—que lo será, como ántes queda dicho, D. Andrés Falguer—cuidará de todo lo concerniente á la conduccion de mi cadáver y sepultura; rechazando, en nombre de la libertad de conciencia, cualquier pretension que tienda á cohibir las ámplias facultades que le concedo.»

Don Cleto se puso pálido como la cera; y su contristada sobrina, que acabó entónces de compren-

derlo todo, rompió en lágrimas y sollozos, teniendo que sentarse por no venir al suelo.

—¿Y de qué fecha es el testamento?—preguntó el padre Ugalde.

—Trece de Octubre de 1869.

—Y desde entónces acá, en más de un año, ¿no pudo variar de parecer el difunto?

—Miéntras un testamento posterior no se presente.....

—Desde que ése fué otorgado, los sentimientos de D. Luis cambiaron notablemente. Su hija entró en el Sagrado Corazon, consintiéndolo el padre. La luz de la gracia penetró al fin en su conciencia.....

—Esas son ilusiones del señor Cura. Pero ¿hay ó no testamento que se oponga al mio?

—Sí—repuso D. Cleto con tono inspirado—uno hay, no sugerido por bastardas influencias, sino escrito á solas y espontáneamente en el postrer momento de la vida, en ese instante supremo en que el espíritu, empezando á libertarse de los lazos que lo turban y oprimen, columbra entre las tinieblas de la muerte la luz de la verdad. Cuando ya no hay pasion que nos ofusque, ni orgullo que nos ciegue, ni interes que nos avasalle; cuando el alma, reconcentrada en sí misma, se purifica en el dolor y se lava en el arrepentimiento, para presentarse delante del Criador.....

Don Andres hizo un movimiento de impaciencia. Doña Rafaela y los demas tenian los ojos fijos en el sacerdote.

—¡Ah!—continuó—si el único objeto de usted fuera interpretar fielmente la última voluntad de un moribundo y no abrigase otro deseo que llenar un piadoso deber.....

—Pero ¿dónde está ese testamento?—dijo D. Andrés, interrumpiéndole.

El padre Ugalde se dirigió entónces á la puerta del cuarto de D. Lino, seguido de los demas; y penetrando en la estancia:

—Señor mio—dijo con tono solemne á su adversario—si busca sinceramente la última voluntad de su amigo, ahí la tiene escrita en esos fragmentos esparcidos. Ese busto hecho pedazos con sus propias manos, ántes de espirar, es la mayor protesta contra la cláusula impía que V. invoca.

—¿Y es esto todo lo que tenía V. que oponerme?

—Para mí es una prueba irrefragable de su conversion. Y si ese yerto cadáver pudiese hablar, estoy seguro que no me desmentiria. ¡Ah! señor Falguer—añadió con lágrimas en los ojos—si no le mueven los ruegos de un sacerdote, ni nada le dice la voz de su conciencia, tenga al ménos piedad de una huérfana desvalida, y no le niegue

el dulce consuelo de que la cruz del Redentor cobije la tumba de su padre.

En aquel instante, un ligero estremecimiento en el lecho donde yacia el que juzgaban cadáver atrajo de improviso la atencion y las miradas de todos.

Don Lino habia estado embargado por un síncope con todas las señales de la muerte; pero no habia aún dejado de existir.

La colcha que lo cubria se separó de su lívido rostro; y volviendo los sombríos apagados ojos hácia el grupo de gente y fijándolos en el sacerdote, tendió al aire la descarnada mano y removió los labios, balbuceando algunas expresiones; pero tan borrosa y confusamente, que apénas si pudieron distinguirse las palabras: *Dios y mi hija.*

En medio del estupor general, D. Cleto se acercó al lecho, y D. Lino, cogiéndole ansiosamente la mano, volvió á cerrar los ojos, y ya esta vez para abrirlos en la eternidad.

Dos dias más tarde, y despues de mediodia, un carro fúnebre, sin cruz ni emblema religioso de ninguna clase, bajaba tirado por dos caballos

la calle de Atocha, y seguido de una comitiva á la verdad no muy numerosa, en la cual si no se veia á ningun eclesiástico, notábanse algunos obreros de blusa, y voluntarios de la libertad con sus uniformes. El ciudadano Falguer, como ya habrá supuesto el lector, iba presidiendo..... el cortejo —que no estaria aquí bien la palabra duelo;—y tanto él, como algunos otros individuos, se distinguian de los demas, por ostentar en el pecho un ramito de siemprevivas rojas.

Llegado que hubieron al cementerio, el ataud fué colocado en el suelo, y formando en torno los concurrentes, se adelantó Falguer, y con aire trágico pronunció una ampulosa arenga, en que salieron á relucir las sangrientas cadenas de la tiranía, los lamentos del pueblo, el martirologio de la libertad, los derechos inmanentes é imprescriptibles, el sol del progreso, los espectros del fanatismo, y, en una palabra, todas las zarandajas y floripondios tan al uso en nuestros dias, y que vienen como de molde en tales ocasiones.

Inútil decir que la oracion de Falguer fué muy aplaudida, si bien no hubo en todo el auditorio ojos que se humedecieran, ni labios que murmurasen una plegaria.

Sepultado el cadáver, y apénas la comitiva abandonó el cementerio, un sacerdote, llevando de la mano á una niña vestida de negro, penetró

en el Campo Santo. Iba ella descolorida y llorosa, y con el brazo que le quedaba libre sostenia una corona de siemprevivas. Él parecia triste y soñador. Cuando llegaron á la tumba que buscaban, la niña colocó en ella, sollozando, su modesta ofrenda, y el sacerdote una pequeña cruz; ambos prosternáronse despues en fervorosa oracion. Hubiérase dicho la inocencia y la fe implorando la misericordia divina por el alma del que acababan allí de enterrar.

Era la caida de la tarde. Doña Rafaela se hallaba sentada cerca de la ventana de su cuarto, con las manos cruzadas sobre las rodillas, los ojos bajos, y tan concentrada en sus pensamientos y abstraida, que no advirtió la entrada de don Cleto, hasta que poniéndose delante de ella le dijo :

—Héme aquí de nuevo, concluida mi triste mision.

Doña Rafaela se levantó súbitamente; mas como si estuviese bajo el influjo avasallador de una idea fija:

—Y bien —exclamó ; —¿cree V., padre, que ese desventurado.....

No dijo más; pero el sacerdote, leyendo en el fondo de su alma:

—Hija—le respondió;—paz á tu corazon afligido, y ruega por su alma. Aunque no tuviéramos indicio alguno de su arrepentimiento, ¿quién puede saber jamas lo que dice el último suspiro de un moribundo ni lo que Dios en su misericordia se digna contestar?

FIN DE «MORIR SIN DIOS».

LA DICHA EN EL ORO.

LA DICHA EN EL ORO.

A MI HIJA CONSUELO.

I.

Há más de medio siglo vivia en Terracina una piadosa mujer, cuya regular hacienda era verdadero patrimonio de los pobres. En pocos años tuvo el dolor de perder á su esposo, conde italiano de clara estirpe, y, para colmo de amargura, á su idolatrada hija. No habiendo sucumbido á tan terribles pruebas, la existencia toda de la pobre viuda cifrábase en devotos ejercicios y caritativas obras, esperando merecer así que Dios abreviase el término de sus aciagos dias. Pero esto no debia acaecer tan pronto como ella anhelaba, y cuando ménos lo podia imaginar, un huésped inesperado vino por extraño suceso á reanimar un poco su triste y desolado retiro.

En la misma calle que la Condesa, y á corta distancia de su casa, vivia, en humilde habitacion y con la mayor estrechez, una desventurada familia, compuesta sólo de un señor no muy anciano, de su hija y de una miserable sirviente. Habia en otro tiempo gozado situacion más desahogada; pero adversidades que no es del caso referir la tenian ahora sumida en la indigencia. El padre, ademas, hallábase atacado de enfermedad incurable, que iba agravándose de dia en dia.

La Condesa, que, como ya queda dicho, era, bajo los negros paños de la viuda, la compasion en persona, visitaba de vez en cuando aquella infeliz morada, dejando siempre en ella inequívocas muestras de su bondad y desprendimiento.

Volvió una mañana de oir misa en el cercano templo, como lo tenía por costumbre, y al ir á sentarse á la mesa, llegada la hora de su frugal almuerzo, un criado le entregó una carta. La buena viuda se armó de sus espejuelos, y, abriéndola, leyó lo siguiente:

«Señora: Gracias por todo cuanto os debo. Me quedan pocas horas de vida. Sin bienes de fortuna, poseo, no obstante, un tesoro inapreciable: mi hija Paolina. Yo os la dejo, al partir, como prueba de afectuosa veneracion y de profunda gratitud. Otra persona acogeria tal vez estas pa-

labras con desdeñosa sonrisa; pero vos sois el ángel de la caridad y las acogeréis con lágrimas. La confianza que me inspirais es el consuelo que Dios me concede en esta suprema angustia de mi corazon. No puedo más: se me anublan los ojos: mi pensamiento se apaga. Amparad á mi pobre hija, y Dios tenga misericordia de vuestro infortunado vecino, —*Donato.*»

No se habia equivocado este infeliz al juzgar desde su lecho de muerte á la Condesa. Esta enjugó una lágrima, apresuró su parca refaccion y partió sin demora á casa de su vecino. Cuando llegó, Donato acababa de espirar, y su hija, jóven de diez y siete años, lloraba amargamente, hincada de rodillas, al lado del mezquino lecho donde yacia el cadáver.

II.

El tiempo, la savia juvenil, el bienestar que reinaba en casa de la Condesa, poco á poco reanimaron el mustio y abatido semblante de nuestra huérfana, y toda su gentil persona fué recobrando lozanía y esplendor. No era Paolina lo que solemos llamar una mujer hermosa, y sin embargo, sus facciones no carecian de correccion ni de cierta belleza. Los perfiles de su boca, pequeña y rosada, contorneados en demasía, y una breve, casi imperceptible, línea entre las arqueadas cejas, daban alguna dureza á su rostro, bien que mitigada por un mirar dulce y apasionado; sus cabellos eran oscuros, levemente abultada su frente, pálida su tez, flexible su talle. Era Paolina, en suma, una muchacha agradable, de aspecto meridional, como se encuentran por todas

partes en Italia; una de esas personas en que no se suele reparar, á ménos que por algo imprevisto llamen nuestra atencion; en cuyo rostro no sería difícil, recordando la doctrina de Lavater, que hallásemos íntima conexion entre lo que la fisonomía parece indicar y lo que revelan los hechos.

Ocioso es decir que la huérfana y su bienhechora vivian en paz y armonía. Por gratitud, por deber, acaso tambien por conveniencia, Paolina guardaba á su protectora las más respetuosas atenciones. Y en verdad, la benigna viuda no era muy exigente, manteniéndose siempre en igual pié de fria bondad con su protegida. Un mismo techo las cobijaba; las dos se calentaban á la misma lumbre y se sentaban á la misma mesa; juntas solian visitar los templos; pero nada de intimidad, de confianza ó de efusion entre aquellos dos seres: ninguno de los dos corazones comunicaba las suyas, ni se abria jamas á las emociones del otro: eran como dos rios de álveo profundo, que ni por lluvias ni deshielos se desbordasen nunca. La Condesa, en su caridad, por decirlo así, generalizadora, se compadecia de la huérfana, como de todas las víctimas del dolor, la enfermedad ó el infortunio; pero hubiera creido una profanacion concederle privilegiado puesto en el vacío que dejaron en su alma las prendas queridas que le arrebató la muerte. Paolina, por

su parte, amaba á la Condesa como á generosa protectora, mas sin aquella cordialidad y espontánea ternura con que pagamos á una madre su inefable cariño. El soplo vivaz de su naturaleza juvenil pasaba por la triste mansion de la viuda, como las auras de Abril y de Mayo por el desierto, sin fertilizarlo; el fuego de sus ojos, aprisionados modestamente en los entornados párpados, parecia á veces reflejar en el marchito rostro de la viuda ; mas sin prender nunca en su corazon, como rayo fugitivo de sol en el mármol de un sepulcro.

Volaba el tiempo, y dos años habian ya trascurrido sin que nada, al parecer, viniese á turbar el monótono acompasamiento de aquella morada. Una tarde, al sentarse á la mesa, donde ya la sopa las aguardaba, Paolina encontró á su protectora ménos serena que de costumbre, ó por mejor decir, un tanto preocupada y abstraida. La jóven, por miramiento y hasta por vago temor, no se atrevió á proferir palabra alguna que disturbase á la Condesa, y ésta, sumida en sus pensamientos, ni para hablar ni para comer, apénas si desplegó sus labios. Ya á los postres de comida tan poco animada, la Condesa despidió á los criados, y quedándose sola con la huérfana, en cuyo semblante se traslucia cierta inquietud, le dirigió las siguientes razones :

—Doy gracias al Señor, que me ha permitido salvaros del infortunio y velar por vuestra juventud. Sois buena y religiosa, y vuestra conducta en el tiempo que hemos vivido juntas, claramente me ha demostrado que erais digna de afecto y proteccion. Mi obra sería imperfecta, sin embargo, y, con daño de mi conciencia, defraudaria las esperanzas de vuestro buen padre, si os dejase abandonada á los caprichos de la suerte y no tratase de aseguraros una posicion en la vida. Várias veces he pensado sériamente en vuestro porvenir. Vuestra juventud por un lado, y por otro mi permanencia indefinida en esta ciudad, me contuvieron hasta ahora en la realizacion de mis proyectos. Desgraciadamente, las cosas para mí han cambiado, y por motivos que sería inútil explicar, dentro de ocho dias dejaré para siempre á Terracina, y..... no puedo llevaros conmigo.

Una lágrima veló un momento el brillo de los ojos de Paolina, y su frente pareció nublada por una sombra de dolor.

—No os aflijais, querida, prosiguió la Condesa: yo no soy jóven; ya he llenado mi cometido en la tierra, y tal vez de un momento á otro Dios, en su divina misericordia, me lleve á reunirme con mi hija y mi marido. Aquí —añadió la viuda, muy conmovida y poniéndose la mano en el co-

razon—aquí oigo sus voces, que me llaman constantemente desde el cielo.

Y recobrándose muy luégo, continuó con su habitual serenidad :

—Empezais la carrera de la vida, y debeis cumplir vuestro destino, como yo cumplí el mio, aunque triste y doloroso. Dos caminos teneis para elegir : ó el matrimonio ó un convento. Conoceis á Pietro Vincenzo, mi excelente colono de Montebasso : con su piara de búfalos y la leña del bosque puede pagar sin esfuerzo su pequeño cánon y vivir desahogadamente para su clase..... No digo que sea agradable la vecindad de las Lagunas Pontinas (1) ; pero la altura sobre que está situado el casal es de lo más sano de Italia, y la vista, como sabeis, deliciosa. Si en la parte baja de la posesion existen pantanos que en el estío producen fiebres, para nada hay que ir á aquellos parajes, sobre todo en las horas de calor. Ahí está Pietro, que jamas tuvo un dolor de cabeza, y que con sus treinta y tres años y su afanosa vida no representa más de veinticinco. Si os conviene el partido, ántes de ocho dias será vuestro esposo.

(1) Estas célebres lagunas se extienden al SO. de los Estados Pontificios, desde Astura hasta Terracina, y sus emanaciones, como todos saben, suelen ser mortíferas en ciertos meses del año.

Él es trabajador y honrado, y vos buena y modesta. ¿Qué más podeis desear para ser felices? Si no os cuadra el estado de casada y preferís la santa paz del convento, elegid la órden que más os agrade; yo cuidaré de todo, y desde luégo empezaréis el año de noviciado. En fin, Paolina, seguid libremente vuestra vocacion. Veinticuatro horas os doy para reflexionar: mañana me diréis si os decidis por el claustro ó por el siglo.

En esto se levantó la Condesa con su acostumbrada calma, dejando sola en el comedor á Paolina, la cual permaneció algunos minutos como abismada en sí propia. Luégo alzó tristemente los ojos, se puso de pié, y moviendo ligeramente la cabeza, se retiró á su estancia, murmurando en bajísima voz:

—¡Libremente!..... ¡Un mayoral de búfalos ó un convento!

III.

La propiedad de Montebasso estaba situada á tres leguas de Terracina. Dábale nombre un verde collado, en cuya loma se levantaba una modesta casería de blancas paredes y pintoresco conjunto; la cual, por su elevacion sobre el resto del paisaje, gozaba de cierta salubridad, no obstante su inmediacion á las Lagunas, que de Norte á Sur se extendian al Occidente de la posesion. Cercaba en parte el collado un soto frondosísimo, entrecortado por húmedas praderas de perpétua verdura; y conforme descendia el terreno, reemplazaban á la arboleda espesos cañizales, que iban á perderse á los pantanos. Desde la meseta sobre la cual tenía asiento la casa partian dos senderos: uno más cómodo y mejor trazado, que, dando un corto rodeo, bajaba á buscar por el Norte la car-

retera (antigua Via Appia) que va de Veletri á Terracina; y otro de árdua pendiente, por mucho más breve más frecuentado, que, frisando al pié de la colina con un pequeño lago, venía á reunirse, por opuesta direccion, al mismo camino. Cerca del punto de empalme, y retratándose en las tranquilas aguas, alzábase una ermita de humilde apariencia, si bien toda colgada interiormente de ofrendas votivas, donde se tributaba fervorosa veneracion á Nuestra Señora del Socorro: advocacion que parecerá muy natural al lector, sabiendo que el claro espejo en que el templecillo se retrataba era conocido en el país con el ominoso nombre de *El Lago de la Muerte.*

Ante la devota imágen ardia una lámpara perpétuamente, y todo caminante que por allí pasaba se descubria murmurando un *Ave;* y muy pobre tenía que ser para que no echase alguna moneda en el cepillo.

A pesar de su nombre, nada más apacible y poético que aquella sosegada laguna, reflejando el cielo de Italia, y cuyas márgenes, cubiertas de helechos, salpicadas de palustres flores, estaban, ademas, guarnecidas y sombreadas por plateados álamos y flexibles sauces. Nada tan fantástico como ver desde la casa, en las noches de estío, brillar la blanca luna en las dormidas aguas, y elevarse del húmedo seno ténues vapores, que,

movidos por suavísimas auras, parecian recatadas ondinas saliendo de aquellos cristales, para acudir á alguna fiesta misteriosa en los vecinos boscajes. ¿Quién habia de imaginar, ante aquel sombrío pero bello espectáculo, que en tan plácidas orillas se respiraba letal ponzoña, ni que en aquella linfa trasparente y serena, donde se miraban los astros, oculta y en acecho velase la muerte?

Por fortuna, el que desde la casería contempláre tan romántico paisaje nada tenía que temer; pues, como queda dicho, el aire en aquella elevacion era puro, y no llegaban allí, ó llegaban desvanecidas ó desvirtuadas, las emanaciones del lago.

Si Paolina no era dichosa en Montebasso, tampoco podia llamarse desgraciada. Su marido, hombre rudo, aunque afable y de sano corazon, á la verdad no rayaba á su altura; pero la amaba tiernamente, y reconocia sin pena la superioridad de su esposa. Esta, acostumbrada de soltera al infortunio y al aislamiento, no habia tenido grandes esfuerzos que hacer para acomodarse á la vida de Montebasso. Allí encontraba el sincero amor de Pietro, y sobre todo, era madre; y la mirada angelical y la inocente sonrisa de su tierno hijo Costanzo llenaban su alma de resplandores de felicidad.

Su posicion en la vida no era, sin embargo, bri-

llante, ni adecuada á satisfacer un alma como la suya. La escuela de la adversidad habia enfrenado, sin apagarla, su imaginacion ardiente, y cortado las alas, sin arrancarlas, de su ambicioso corazon. Al decidirse al casamiento que le propusiera la Condesa, creyó haber hecho el sacrificio de sus vagas aspiraciones, renunciar para siempre á quiméricos ensueños, que no podian tener para ella otro resultado que hacer más triste y dolorosa su verdadera situacion; y con su perseverante voluntad y el fondo religioso que atesoraba su pecho, habia llegado á no pensar más en lo que llamaba, en sus íntimos soliloquios, «mis castillos en el aire», y á someterse resignada á su oscuro y humilde estado. Pero el nacimiento de su hijo volvió á despertar los dormidos gérmenes de aquella naturaleza apasionada con toda la vehemencia del amor maternal. No se trataba ya de su porvenir, sino del de su hijo: ella se habia criado en la desgracia; pobre y oscura, se doblegaba á su destino con cristiana conformidad; pero su Costanzo, era preciso que fuese algo más que un miserable apacentador de búfalos. Volvia, pues, á soñar con riquezas y esplendores, y se complacia en circundar la frente de su hijo, como de una luminosa diadema, con sus radiantes ilusiones.

—Pietro—decia á su marido—es menester

que vivamos con la mayor economía, que supliquemos á la Condesa nos baje la renta y que veamos de aumentar el ganado. Miéntras Costanzo es niño, debemos á toda costa ir formándole un patrimonio, ó, al ménos, reunir los medios de darle esmerada educacion é ilustre carrera. Lo enviarémos á Nápoles ó á Bolonia; le abrirémos un brillante porvenir. Él será nuestro apoyo á su vez, y, en todo caso, su propia felicidad nuestra mayor recompensa. No, no quiero que nuestro Costanzo vegete en el fango de estas lagunas.

Y Pietro, á quien no pesaba ciertamente la vista de aquellos lagos, y cuyo pensamiento no habia ido nunca más allá de las ferias de Astura, Veletri ó Terracina, donde traficaba con su ganado, se dejaba subyugar por el espíritu ambicioso de su esposa; y como el afan de medro es mal contagioso, y amaba tambien con delirio á su hijo, entraba sin dificultad en los planes y proyectos de Paolina, regocijándose con la idea de ver á su Costanzo un dia de canónigo en una metropolitana, ó bien con toga y golilla al frente de un tribunal, hecho un gran personaje.

Como Paolina lo habia determinado, los gastos de la familia se disminuyeron en lo posible, y se escribió á la Condesa, la cual desde luégo otorgó la rebaja que se le pedia.

El pobre Pietro andaba hecho un azacan, pro-

curando siempre acrecentar el ganado y sacar el mejor partido posible de sus tratos y granjerías; y Paolina, por su parte, se dedicó con sin igual ardor á bordados y labores de su sexo, que solia vender ventajosamente en las ferias y mercados á donde el marido acudia por sus negocios.

Pero si Paolina fiaba mucho de los medios y recursos puestos en juego, no lo esperaba todo; y en su exaltada devocion á la Vírgen del Socorro, bajo cuyo amparo habia puesto, al nacer, á su hijo, fervientemente le pedia que la protegiese en sus miras y le concediese para su Costanzo riqueza y prosperidad. Ni un solo dia pasaba sin que Paolina bajase el collado y fuese, con el niño en brazos, á prosternarse delante de la imágen, á la cual tenía consagrada una luz que constantemente ardia en el reducido santuario; y todos los domingos llevaba al altar, á nombre de Costanzo, un ramillete de flores silvestres.

Corria el tiempo, y si bien con laboriosa lentitud, íbase aumentando visiblemente el peculio de ambos esposos. La manada de búfalos se habia acrecentado de modo que el corto terreno de la propiedad no bastaba ya á alimentarlos, y Pietro arrendó pastos en las praderas vecinas.

Paolina y su marido estaban, pues, satisfechos; pero, como no hay dicha cumplida, Costanzo, que hasta entónces se conservaba fuerte y robusto,

empezó á decaer, sin que se pudiera averiguar qué especie de dolencia le aquejaba. Llamaron á un famoso doctor de Terracina; mas de sus remedios no sacó provecho alguno el enfermo, ántes bien su mal se fué agravando hasta inspirar serios temores. Los alarmados padres no sabian ya qué hacer. Paolina redoblaba sus plegarias y oblaciones á la Vírgen. Un dia, miéntras el pobre niño descansaba un momento, despues de agitadísima noche, la madre bajó á la ermita, é hincándose de rodillas ante la sagrada imágen y con los ojos arrasados en lagrimas:

—Reina de los ángeles—exclamó—salva á mi Costanzo. Yo lo puse bajo tu proteccion, madre mia: no lo desampares. Si su enfermedad es castigo y expiacion de mis culpas, somete á otra prueba á esta mísera pecadora, y vuelva por tu misericordia la alegría á mi hogar, y la paz á mi corazon.

Despues de esta plegaria subió Paolina más serena á su albergue, y halló que el niño alentaba mejor, que suave traspiracion humedecia su frente, y sosegado sueño embargaba sus sentidos. Una hora más tarde se despertó Costanzo, risueño como en sus mejores dias, y pidió de comer. Súbito alivio habia reanimado aquel gracioso y delicado sér, un momento há tan decaido, y su madre, con inefable gozo, lo veia salvado. En

efecto, pasaron dos ó tres dias y la cura pareció afianzada.

La enfermedad del hijo dió pasajera tregua á los codiciosos pensamientos de la madre. Repuesto aquél, lanzóse ésta, como arroyo un momento contenido, con nuevo ardor por el afanoso camino de sus locas esperanzas.

Ocupábase una mañana en sus cálculos pecuniarios, complaciéndose á solas en sacar la cuenta de la considerable suma á que ya subian sus ahorros, cuando Pietro se presentó inopinadamente en el umbral del aposento. En su figura reinaba el desórden; su rostro pálido, sus ojos desencajados, la boca entreabierta. Paolina, presintiendo alguna gran desventura, llevó la mano á su corazon, que le latia con violencia, y fijó la vista en su marido, llena de ansiedad.

—Paolina, dijo Pietro, estamos perdidos: ¡la peste en el ganado; muerta la mitad de las reses!

Paolina nada pudo contestar; tan violento é inesperado golpe la dejó sin habla, y á la aciaga noticia sucedió angustioso silencio; mas pronto fué interrumpido por los gritos de alegría del niño, que habiendo oido la voz de su padre, corrió desalado á abrazarlo. Este contraste de alborozo y abatimiento hirió súbitamente la imaginacion de Paolina, y encontrando en el fondo de su alma no sé qué místico enlace entre la reco-

brada salud de Costanzo y aquel inesperado reves de fortuna, tranquilizóse de repente, y para animar á su marido, le dijo:

—No te desalientes: eso retarda nuestros planes, pero no los desbarata: somos jóvenes y la Vírgen protege á nuestro hijo. Que el gozo de volverlo á ver bueno y sano nos dé fuerzas para sobrellevar esta pérdida, y saquemos el mejor partido de las circunstancias.

Confortado con tales palabras, corrió Pietro á tomar las medidas más adecuadas á combatir el mal que diezmaba sus búfalos, y Paolina, al hallarse sola, aflojada ya la tension de sus nervios, rompió en acerbísimo llanto, viendo por tierra sus esperanzas.

IV.

Corazon enérgico y voluntad perseverante, pronto se recobró Paolina de su tristeza y desaliento, y con nuevo ahinco y sin igual afan volvió á sus labores, ahorros y privaciones. Grande era el detrimento sufrido; pero lo que del ganado quedaba podia, Dios mediante, ser base de nuevos provechos, que reparasen, á la larga, la brecha abierta en el acumulado caudal.

Todo volvió á su acostumbrado andar, y aunque no marchaban mal los negocios, y las cortas producian bien, y el hato prosperaba, las cosas iban mucho más lentamente que el deseo de Paolina, y agotábasele la paciencia viendo que los meses y hasta los años trascurrian y las condiciones de su hacienda mejoraban casi insensiblemente.

He dicho que Paolina hacía con rara perfeccion bordados y otras labores de manos, que despues vendia para ayudar á la empresa comun. Tenía acabadas várias obras, dispuestas para la venta, y esta vez quiso ella misma llevarlas á Terracina, pensando lograr así mayor ventaja. Aprovechándose, pues, de unas fiestas que en el pueblo se celebraban, allí se encaminó con sus randas y bordaduras, y por todo obtuvo satisfactorio precio. Concluido su negocio, disponíase á abandonar la ciudad, cuando hizo el acaso que pasára por una oficina de lotería; y, fuese corazonada, ó que se dejase tentar por el deseo de hacer súbitamente fortuna, ella, á quien tanto impacientaba la lentitud en alcanzarla, se dirigió resueltamente al despacho, y allí, en un pedazo de papel escribió á la ventura unos cuantos números: el lotero los trascribió en seguida á una cédula, y estampándole el sello oficial, la entregó á Paolina. Esta la guardó en su pecho cuidadosamente doblada, y pagado su importe, tomó la ruta de Montebasso, á donde llegó al oscurecer, revolviendo en su cabeza más cálculos y proyectos que la lechera de la fábula.

Vino el dia del sorteo, y con ocasion del envío de una carreta de leña á Terracina, encargó al campesino que la llevaba que trajese á su regreso la lista de los números agraciados. Volvió en efecto el labriego con el ansiado papel, y ¡oh feliz

sorpresa! Paolina, como sucede por lo comun á los jugadores noveles, á quienes diríase que la suerte empieza por atraer con alguna añagaza para mejor chasquearlos luégo, habia ganado cuatro escudos de plata (1), premio al fin, aunque insignificante suma. Sabido es cuánto subyugan los juegos de azar á los que, por cualquier eventualidad tomando parte en ellos, empiezan con grandes ó pequeñas ganancias. Ocioso es, pues, decir que Paolina siguió jugando. Por desgracia, la agradable sorpresa de los cuatro escudos no se repetia, y más de cuarenta llegó á tener gastados en probar inútilmente fortuna. Cansada ya de ver que por aquel medio, léjos de acercarse al objeto apetecido, se apartaba de él más y más, se decidió por fin á abandonar la lotería para siempre; pero no sin hacer ántes, como despechado jugador que busca el desquite, una suprema tentativa, á lo cual tambien la impulsaba el haber soñado unos números que, de cierta manera dispuestos, debian traerle indefectiblemente la fortuna; especie de maravillosa martingala (en el sentido que hoy dan los jugadores á esta palabra), compuesta de cinco combinaciones enlazadas cabalísticamente entre sí, aunque formando cada una

---

(1) El valor del escudo romano es el de un duro próximamente.

de ellas un todo aparte. Como en realidad eran cinco jugadas, una de las cuales, en su concepto, habia precisamente de topar con la suerte, y la ganancia tenía que guardar proporcion con el dinero expuesto, para obtener pingüe resultado era forzoso crecida suma.

Los recursos particulares de Paolina estaban agotados, y no era fácil ni rápida empresa reunir con el trabajo de sus manos la importante cantidad que el caso requeria. Su marido no tenía tampoco fondos en aquel momento, habiendo hecho recientemente algunos pagos, y empleando por lo comun sus beneficios apénas los realizaba. Por otra parte, á pesar del gran ascendiente que sobre él ejercia, no osaba Paolina pedirle dinero para negocio tan incierto y arriesgado como una jugada de lotería. Sometiéndose, pues, al duro yugo de la necesidad, aplazó sus proyectos, aunque aguijándole el deseo de ejecutarlos las mismas dificultades con que tropezaba.

No tuvo, sin embargo, que desesperar esperando para ver en su poder la cantidad por que tanto suspiraba.

Pietro cobró de allí á poco el precio de unas ventas, y con ánimo de ir juntando la suma necesaria para satisfacer á la Condesa un plazo de renta que en breve cumplia, muy confiado, dió á guardar el dinero aquel á su mujer, viniendo así

á poner en sus manos justamente los diez y seis escudos que ella anhelaba para su cabalística combinacion. La habia soñado, y, supersticiosa como buena italiana, pensaba que la suerte no podia faltarle. Mucha virtud se necesitaba para desaprovechar tan feliz coyuntura. Uno, dos dias luchó con la tentacion. La voz de su conciencia se alzaba para contenerla en la peligrosa pendiente, y las palabras *deber*, *abuso de confianza*, *loco despilfarro*, más de una vez fueron murmuradas por sus labios; pero su ciego corazon la arrastraba, y su viva imaginacion le prestaba sofísticos razonamientos con que acallar sus escrúpulos.

—Despues de todo, se decia, si gasto esa cantidad, es por el bien de mi familia. Podré no ganar; pero y si la suerte me fuera propicia, ¿no se regocijaria mi esposo viendo asegurado el porvenir de nuestro hijo? Ademas, si pierdo los diez y seis escudos, yo los podré remplazar con el trabajo de mis manos.

La pasion, como de ordinario acontece, subyugó á la razon; y ya decidida á poner por obra su propósito, resolvió encaminarse al dia siguiente á Terracina, buscando, ella, hasta entónces tan recta y veraz, artificioso pretexto para cohonestar el viaje á los ojos de su marido.

Desvelada y cavilosa pasó la noche, miéntras

Pietro tranquilamente dormia; y llegada que fué la mañana, envolvió á hurtadillas en un papel, en que tenía trazados sus guarismos, los diez y seis escudos; oró breve rato en la ermita por el feliz éxito de su empresa, y saliendo al camino, y tomando el coche de Astura, especie de ómnibus que iba de este pueblo al de Terracina en ciertos dias de la semana, llegó sin novedad al término de su viaje.

No bien bajó del vehículo, se dirigió muy decidida á la calle donde estaba situada la lotería que buscaba; pero, al distinguir de léjos la muestra de la oficina, palideció su rostro, desmayó su andar, y confusos remordimientos la asaltaron. Prosiguió, no obstante, por la opuesta acera, hasta colocarse enfrente del despacho, y allí paróse, fijando los ojos, más que la mirada, en los cuadros que con grandes números pendian de los quicios de la puerta. Permanecia inmóvil en aquella actitud abstraida, cuando una vieja mendiga que, envuelta en negros y raidos paños, á la sazon pasaba, la echó de ver, y dirigiéndose á ella, la sacó de su enajenamiento, diciéndole con voz cascada:

—Hermana, si me da dos *bayacos* (1), yo le diré los números de la suerte.



(1) Como si dijéramos dos cuartos.

En cualquier otra circunstancia Paolina se hubiera reido de tan donosa ocurrencia; mas no era momento de burlas, y por la particular disposicion de su ánimo, aquellas palabras produjeron su efecto. Miró sobresaltada á la vieja, y fijando la atencion en su extraña figura, léjos de echarle en cara lo absurdo de su proposicion, le dió los dos *bayocos* y le preguntó, con vago temor, cuáles, segun ella, eran los números de la suerte. La astuta bruja, que tal parecia, murmuró unas palabras ininteligibles, como si hiciese un conjuro; llevó despues el índice á la rugosa frente, y fingiendo reflexionar un instante, contestó de corrido: «17, 90, 45», siguiendo luégo su camino.

Paolina quedó un momento perpleja, y maquinalmente desdobló el papel que contenia sus guarismos. No, no lo podia dudar. El terno de la vieja no era ni más ni ménos que la quinta jugada de su combinacion. Como impulsada por una fuerza superior, penetró en el despacho y puso á los números que llevaba escritos, no sin cierta extrañeza del lotero, los diez y seis escudos.

V.

Al volver á Montebasso, se encontró con una triste nueva: la Condesa habia fallecido. Con lo cual, á sus hondas preocupaciones, se agregó el pesar por tan infausto suceso y el recelo de que los herederos de su bienhechora impusiesen á Pietro más duras condiciones.

En los dias que pasaron hasta aquel en que el sorteo debia verificarse no tuvo Paolina momento de reposo, devorada por su interna agitacion. La abandonó el sueño, perdió el apetito, y los lívidos cercos de sus ojos, sus frecuentes distracciones, y hasta el desaliño de su persona, acusaban la turbacion de su espíritu. A veces se arrepentia de haberse dejado arrastrar por su desapoderada ambicion, y se hacía á ella misma todo linaje de reconvenciones. Lo que más la atormentaba era

el temor de que, no pudiendo tal vez su marido, por culpa suya, satisfacer á tiempo el plazo de renta que se acercaba, los nuevos propietarios no se prestasen á contemplaciones.

El afan de engrandecimiento habia en la campestre soledad tomado tal vuelo en aquella alma ardiente, que acabó por convertirse en una especie de enfermedad moral, verdadera ofuscacion del ánimo, idea única que todo lo avasallaba, y que, no obstante el extremoso cariño de Paolina á su hijo, llegaba á contrabalancear en su excelente corazon la maternal ternura. Aquella mujer, que tan temerariamente exponia su dinero á los caprichos de la fortuna, se privaba de lo necesario, y, olvidándose, por lo porvenir, de lo presente, hubiera creido imperdonable prodigalidad comprar cualquiera modesta y sencilla gala para su gentil Costanzo.

La víspera de tan deseado como temido sorteo, á un campesino de los contornos, conocido suyo, que en un jumento llevaba una carga de hortaliza á Terracina, le encomendó, al pasar por Montebasso, que le trajese, á su regreso, la lista de los números premiados; y al dia siguiente todo se le volvia ir y venir, con mal disimulada agitacion, de un cuarto á otro, asomándose á cada paso á las ventanas por donde se divisaba el camino. Serian las cinco de la tarde cuando en un

repliegue de la vía apareció á los ojos de Paolina el portador de su felicidad ó de su desgracia. Dióle un vuelco el corazon, y bajando al encuentro del labriego, recibió de sus callosas manos un mugriento papel, plegado en pequeños dobleces, con la misma emocion que un reo la carta en que se le anunciase su salvacion ó su muerte. Sin atreverse á desdoblarlo, y metiéndolo presurosa en su faltriquera, corrió á la casa, y sentándose en una silla al lado de una mesa, llevóse la mano al pecho, como para contener sus violentos latidos. Tranquilizada un tanto, sacó del seno un rollito de papel ordinario, atado con una trencilla. Eran las cédulas de las numéricas combinaciones á que habia arriesgado los diez y seis escudos que le dió á guardar su marido. Colocó las papeletas en órden, pasándoles repetidamente la mano, á fin de que se mantuviesen extendidas, y luégo con pulso tembloroso sacó del bolsillo la temerosa lista. La desdobla, compara, azorada, sus guarismos con las cifras de los billetes, se restriega los ojos, vuelve á mirar, y..... ¡oh dicha! los números vaticinados por la vieja habian obtenido un premio de seiscientos escudos. Paolina estuvo á pique de desmayarse. En aquel momento entró su hijo Costanzo, y al contemplarlo hermoso, robusto, despierto, dándole un beso, prorumpió, sin que el chico, que apénas habia cumplido seis

años, comprendiese el sentido de sus palabras:

—Hijo de mi corazon, si tu madre es pobre, ignorada y oscura, tú serás rico y harás brillante papel en el mundo.

Más tarde entró Pietro; pero ella guardóse de participarle lo ocurrido. Queria guardar el secreto y sorprender á su esposo con aquel puñado de oro, que la casualidad, la suerte ó la diabólica penetracion de la vieja mendiga habian puesto en sus manos: oro que, en su concepto, tanto iba á mejorar la condicion de su familia, y con el cual, sobre todo, podia asegurar la carrera y el porvenir de su hijo.

Durante la cena, Paolina dijo á su marido que, contando con su vénia, habia dispuesto ir al dia siguiente á Terracina con alguna labor que tenía concluida para una de sus parroquianas, y que de paso compraria una cartilla, pues era tiempo ya de que Costanzo fuese aprendiendo las letras. A lo cual Pietro le contestó que aplazase su proyecto para otro dia en que él pudiese acompañarla, llamándole la atencion sobre la inoportunidad del elegido por ella, en que no pasaba el coche de Astura. Añadió que tenía precision de ausentarse á la mañana siguiente, debiendo, tal vez, alejarse hasta Veletri por negocios de su granjería, y que no era prudente dejar al travieso Costanzo confiado mucho tiempo á la atolondrada

aldeana que los servia. Paolina nada opuso á las discretas razones de su esposo, ni se tomó siquiera el trabajo de pesarlas : su resolucion estaba tomada, y allá en sus adentros se regocijaba con la idea de sorprenderlo, cuando de sus asuntos volviese, presentando á sus maravillados ojos los seiscientos escudos.

No bien partió Pietro al amanecer del siguiente dia, Paolina dijo á Silvana—éste era el nombre de la sirvienta—que, miéntras ella se arreglaba, estuviese á la mira por si pasaba algun *vetturino* (1) en direccion á Terracina, y que en ese caso lo parase por señas y le preguntára si tenía asiento vacante para aquel punto. No tuvo Paolina que aguardar mucho tiempo, pues no bien acabó de recoger sus hermosas trenzas en el pintoresco tocado del país, y de echarse la saya de merino negro que vestia por el luto de la Condesa, la rústica criada vino á avisarle que un *vetturino* que pasaba conduciendo á tres personas tenía asiento disponible; pero que no mostraba buen humor, ni gana de esperar demasiado. Paolina corrió á la cama de su hijo, le dió un beso, hizo las oportunas recomendaciones á Silvana, y saliendo de la casa, echó por la senda más corta que, al pié de

(1) Así se llaman en Italia los conductores de coches de camino.

la cuesta, como ya sabe el lector, seguia en parte la orilla del lago. Ya cerca del punto de empalme con la carretera, disponíase á entrar en la ermita á rezar alguna oracion á la Vírgen, cuando oyó la ronca voz del *vetturino:*

—*¡Per Bacco!* ó viene ó me voy; no espero más.

Torció Paolina entónces en direccion opuesta á la capilla, y subió presurosa al vehículo, que un instante despues continuaba la interrumpida marcha al pasitrote de los rocines.

VI.

Deslizáronse las horas de la mañana sin que nada ocurriese de particular en la casería. El muchacho gimoteó un poco, no hallando al despertar, como solia, á su madre; pero Silvana lo consoló dándole una rebanada de pan con miel, y diciéndole que su mamá habia ido á comprarle un juguete.

La criada se dedicó á sus quehaceres, y el niño trasteó á sus anchas por la casa. A mediodia aquélla le sirvió, segun costumbre, un buen plato de *polenta* (1), y acostándolo para que reposase, el inquieto Costanzo quedó sumido en ese dulce y tranquilo sueño de la salud y los pocos años.

---

(1) Especie de poleadas ó puches, alimento muy comun en Italia entre la gente del pueblo.

Como la siesta del chico durase generalmente un par de horas lo ménos, Silvana aprovechó la coyuntura para preparar el puchero en la cocina, ó acaso, y es lo más probable, para irse á su camaranchon y tenderse á la larga, que bien lo habia menester estando en planta desde el rayar del dia.

Costanzo durmió largo rato, aunque no tanto como acostumbraba; sin embargo, despertó, como siempre, más alegre que unas pascuas, y sin chistar, á pesar de verse solo. Encontrándose listo para el juego, pues por la tarde lo acostaban vestido, se bajó sin dificultad del lecho y se puso á revolver por el cuarto. Daba éste á un jardinillo exterior al lado de la casa, y Costanzo, viendo que la puerta no ofrecia resistencia, salió fuera, y allí, con su genial vivacidad, se lanzó á cazar mariposas, armado de una delgada caña con una leve redecilla en la punta, juguete que, para aquel objeto, su misma madre le habia fabricado.

Era una tarde del mes de Junio; el dia habia sido en extremo caloroso, y ya al declinar el sol, se alzó una ligera brisa que empezó á templar un poco el ardor de la atmósfera. Persiguiendo gozoso los brillantes insectos, Costanzo dejó pronto el jardinillo, y con la agilidad de los niños que se crian en el campo, acostumbrados á subir y bajar por los vericuetos, tomó la senda por la que horas ántes habia descendido su madre, y baján-

dola presuroso, corriendo siempre detras de las mariposas, fué á parar á la verde y solitaria orilla del *Lago de la Muerte.* A la vista del pantano, cambió giro su viva é impresionable imaginacion, y soltando el frívolo instrumento de su inútil caza, con infantil desasosiego se puso á lanzar piedrecitas á las serenas aguas; mas no hallando con facilidad sus proyectiles, la emprendió con las adelfas y otras flores, arrancándolas afanoso, y echándolas despues al lago. En aquel ejercicio no tardó el pobre niño en sentirse cansado y soñoliento: los párpados se le cerraban; su cabeza se desvanecia. Sentóse al fin en el suelo, y, apoyando el codo, se recostó sobre el brazo, que cedió en seguida, viniendo á caer su desmayada frente en la húmeda hierba. Sumido en aquel sopor, permaneció algunos momentos tranquilo; pero luégo su respiracion se fué convirtiendo en fatigoso anhélito. El pecho se le alzaba con desiguales latidos; frio sudor bañaba su delicado semblante, bello en su palidez como tronchado lirio. Al cabo de breve rato cesó la agitacion, secósele el rostro, asomó á sus labios amarillenta espuma, y entreabriéndosele los párpados, dejaron ver los inmóviles y vidriados ojos.

El lago parecia complacerse en retratar aquella inerte, angelical figura en el terso cristal de sus aguas.

Entre tanto, Paolina, de todo punto ajena á su horrible situacion, llegaba á Montebasso con su repleta bolsa debajo de la saya, impaciente por ganar su mansion y abrazar á su Costanzo, cuya suerte creia asegurada para siempre con aquel dinero que traia.

¡Pobre madre! ¡Cuán léjos se hallaba de imaginar el estado en que su hijo yacia, en aquel momento, á orillas del *Lago de la Muerte*, y que el oro aquel tan deseado íbale á ocasionar una desventura tan grande, que todos los tesoros del mundo no la podrian compensar!

Habia hecho el camino parte á pié y parte en una carreta que halló á su paso marchando de vacío con direccion á Astura.

Al apearse en Montebasso, la primera idea de Paolina fué correr á prosternarse en la ermita; mas al poner el pié en el umbral del santuario, desde cuya entrada se descubria, á la izquierda, parte del lago, dió un paso atras, parándose de pronto, como si una mano invisible le hubiese pegado un golpe en la frente; y fijando la vista con súbito afan en la orilla del lago, dió un grito desgarrador, y corrió fuera de sí hácia el cuerpo inerte de su hijo; y levantándolo horrorizada en los brazos, y acercando los ansiosos labios al yerto semblante, llena de mortal angustia, rompió en sollozos y desesperados lamentos, cuyos ecos se per-

dian en la soledad de aquellos apacibles ámbitos. Por una de esas peripecias tan frecuentes en los supremos dolores, cesaron de pronto los amargos gemidos, y se quedó algunos instantes como petrificada por el espanto. Mas por un resto de energía, ó auxiliada por misteriosa virtud, dominó su estupor, y oprimiendo á su hijo contra el seno, cual si tratase de infundirle la propia vida, y echándole aliento en la cara, como si lo quisiese comunicar al exánime pecho, convulsa, erizado el cabello, desencajados los ojos, corrió precipitada á la ermita, y con el niño en los brazos, regándole la faz con un torrente de lágrimas:

—Madre mia—exclamaba—tú, que lo puedes todo, devuelve la vida á mi hijo, por la divina pasion y muerte del tuyo. Acuérdate de tus dolores y angustias al pié de la Cruz, y apiádate de las mias.

Y se ponia á besar y acariciar la fria cabeza de su pobre Costanzo con loco desvarío. De repente se quedó suspensa, como si rayo de súbita luz atravesase su mente, y rompiendo de nuevo en acerbo llanto:

—¡Vírgen santa—decia con febril vehemencia—perdóname, perdóname! ¡Sí, yo tengo la culpa, que abandoné á mi Costanzo por un puñado de oro; yo, que para él te pedia riqueza, en vez de pedirte salud y felicidad. ¡Ah, maldito dine-

ro! Yo lo ódio. Ahora mismo voy á sacrificártelo. ¡Vírgen del Socorro, resucita á mi hijo!

Y dejando al niño, tendido al pié del altar, y arrancándose bruscamente la bolsa con el oro, se lanzó desaforada á la orilla del lago, y la arrojó con impetu á las dormidas aguas. Al golpe saltaron los rotos cristales, y formóse un círculo que se fué dilatando hasta besar los piés de la que parecia tributar aquel pequeño tesoro al invisible genio que allí reinaba. En realidad, sólo habia mezclado fango con fango. Aleccionada en el dolor, purificada en el sacrificio, Paolina comprendia, al cabo, que la dicha no reside en los bienes de fortuna; y con el alma hecha pedazos, tornó la infeliz al santuario á implorar de nuevo misericordia.

Mas su plegaria habia sido escuchada y aceptado su sacrificio. Al entrar en la capilla la desolada madre, su hijo, recostado al pié del ara, le sonreia tendiéndole los brazos.

— ¡Dios mio!..... ¡Vírgen santísima!..... ¡Bendita tú eres!.... dijo Paolina, cayendo prosternada y quedando un momento sumida en honda y fervorosa oracion. No eran palabras las suyas, sino místicas notas, exhaladas del alma en un himno de amor y gratitud, suave aroma del corazon, que se elevaba al cielo, sin pasar por los labios.

Luégo, con su hijo en brazos, haciéndole ántes besar el pedestal de la imágen, por la senda arriba ganó su albergue.

VII.

El donoso Costanzo estaba salvado; pero en pos de la milagrosa reaccion vino una fuerte calentura, que tuvo aún á la cariñosa madre en gran desvelo.

Por fortuna, Pietro no regresaba hasta el siguiente dia, y era de esperar que á su llegada ya estuviese el niño aliviado.

En efecto, con el reposo de la noche y los cuidados que se le prodigaron, Costanzo se mejoró notablemente, y, casi disipada la fiebre, se le pudo considerar como fuera de peligro. Entónces la pobre madre pensó en sí propia, y sintiéndose muy quebrantada con las fuertes emociones del dia anterior y la vigilia de la noche que le habia seguido, y temiendo, por otra parte, que su marido la encontrase en extremo cambiada, se acos-

tó al lado de su hijo y descansó algunas horas.

Por la tarde se apareció Pietro, demasiado alegre y satisfecho para notar la palidez de su mujer, ni fijarse en la ligera indisposicion de Costanzo, el cual desde su cama preguntaba al padre qué le habia traido.

—Algo muy bueno—contestó Pietro fijándose más en Paolina que en el niño; y ántes que ésta abriese la boca, sacando un pliego cerrado del rústico balandran, añadió:

—El administrador de nuestra bienhechora, la difunta Condesa, al cual fuí á pedir próroga de ocho dias para el pago de la renta, me contestó que tenía órden de no cobrarme nada, y que esta carta para tí nos explicaria el por qué, dándonos al propio tiempo agradables nuevas.

Paolina cogió la carta, y con una tranquilidad que ciertamente no hubiera tenido en dias anteriores, rompió el sobre y leyó lo que sigue:

«Los albaceas y ejecutores testamentarios de la difunta Condesa, etc., etc., saludan á la señora Paolina Donato, y, para los fines oportunos, le dan traslado de la siguiente cláusula del testamento que, por voluntad expresa de la citada Condesa, están llamados á cumplir y ejecutar:

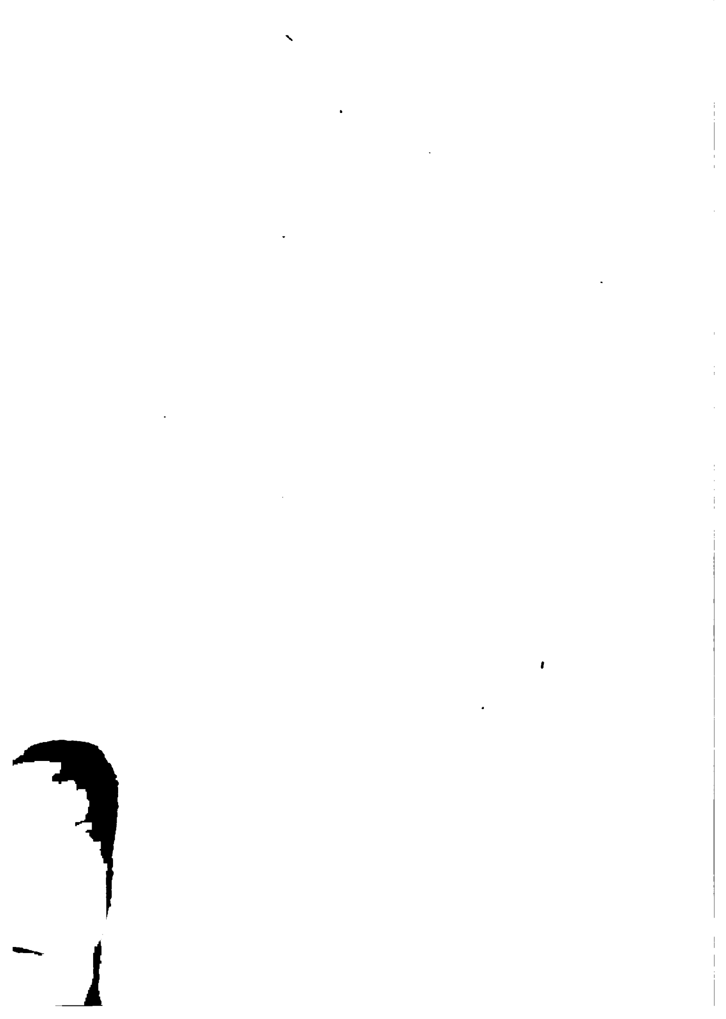
«Lego mi pequeña propiedad de Montebasso, con todos sus anejos y dependencias, situada en el camino de Astura á Terracina, á Paolina Do-

nato, esposa de Pietro Vincenzo, su actual colono, y es mi voluntad que les sean remitidos los plazos de renta vencidos y no cobrados á mi fallecimiento. Todo, con la única condicion de mandar decir y oir una misa por.....»

Paolina no pudo continuar leyendo : la emocion le embargó la voz, y los ojos de ambos esposos, á un mismo tiempo, se llenaron de lágrimas.

FIN DE «LA DICHA EN EL ORO».

El Padre Anselmo.



A LA EXCMA. SEÑORA

Doña Enriqueta Roca de Togores,

CONDESA DE VELLE,

homenaje de simpatía y amistad

del Autor.

EL PADRE ANSELMO.

I.

Don Eugenio y D. Blasco Hiraldez habian nacido en Méjico; ambos hijos de un mismo padre, pero de madres distintas. El autor de sus dias, D. Marcelo Hiraldez, segundon de una antigua casa de Valencia, pasó á Nueva-España con su regimiento, del que era alférez-abanderado, á fines de la última centuria. Hizo allí algun caudal, y retirándose del servicio, fijó su residencia en aquel vireinato. De la primera de sus mujeres, una criolla no desprovista de medios de fortuna, tuvo al D. Eugenio, y de la segunda al D. Blasco. Era ésta hija de un asentista frances, Mr. Toustain, que realizó en Méjico considerables ganancias, y luégo fué á establecerse á Nueva-Orleans, su patria adoptiva.

Pero aunque D. Eugenio y D. Blasco debiesen la existencia á un mismo padre, pocas veces la naturaleza, tan vária en contrastes, se complació en formar dos hermanos más opuestos y contradictorios: en figura, en ideas, en sentimientos, en todo discrepaban. Eugenio era alto, delgado, de condicion afectuosa, algo soñador; Blasco, fornido, rehecho, y de índole positiva; aquél, fervoroso católico; éste, escéptico y descreido; el primero se ufanaba con llamarse español; el otro vanagloriábase con ser mejicano. Sólo en un punto coincidian—si no se chocaban para separarse con más violencia:—en el excesivo amor propio de que ambos se hallaban poseidos.

Desde su tierna infancia notábase la adversa disposicion de los dos hermanos. Los más leves motivos, y áun fútiles pretextos, ocasionaban entre ellos ágrias disputas y acaloradas cuestiones; y ni el tiempo ni la edad lograron suavizar, ántes bien aumentaron, las asperezas de aquellos genios incompatibles.

Cansado D. Marcelo de tan contínuas reyertas, y deseoso de meter paz entre sus hijos y vivir tranquilo en su achacosa vejez, conservó cerca de sí al mayor para que le ayudase al cultivo y explotacion de sus haciendas, y envió al otro á Nueva-Orleans, á casa de su tio, fuerte negociante de aquella plaza, no sólo con objeto de separarlo

de su hermano, sino tambien con la mira de que se instruyera en el comercio, y pudiese, á su mayor edad, manejar con acierto la herencia de su difunta madre, consistente en capitales colocados en várias empresas.

El espectáculo de la República americana, y las ideas del tio, gran admirador y partidario de los enciclopedistas franceses, borraron en el alma del jóven Hiraldez, ya predispuesta al contagio, las nociones monárquicas y religiosas de su primera educacion.

Cuando á los dos ó tres años de ausencia volvió á Méjico, ardia la guerra de la independencia; y aunque en su mente exaltada no soñaba más que con ver á su tierra natal libre y emancipada de la metrópoli, por un resto de consideracion á su anciano padre y, ademas, por el carácter monárquico, opuesto á sus sentimientos republicanos, con que el movimiento se efectuaba, no tomó parte en la insurreccion.

Ya en edad avanzada, falleció D. Marcelo, y su testamento fué verdadera tea de discordia entre los dos hermanos. Teniendo, sin duda, en cuenta que Blasco era ya rico por su madre, y sin más objeto que equilibrar los patrimonios de ambos hijos, en mal hora le ocurrió al buen anciano mejorar á Eugenio. Blasco atacó judicialmente el testamento, so pretexto de que habian sido ad-

quiridos con la dote de su propia madre parte de los bienes que se señalaban á su hermano. Y como si estas disensiones no fueran ya bastantes, á la contrariedad de los asuntos privados vinieron á mezclarse las pasiones políticas, que tanto exacerban los ánimos.

El ideal de Blasco se realizaba al fin. Con la caida del iluso Itúrbide se desvanecian las esperanzas de los monárquicos y se consumaba la separacion bajo la forma republicana, sin que la metrópoli, embarazada con interiores disturbios, pudiese acudir oportunamente á estorbarlo.

Eugenio, que, al contrario de su hermano, rendia culto á sus tradiciones de familia, conservando con ellas su fe católica y monárquica y su amor á España, por no presenciar el cuadro de anarquía y horrores que ofrecia Méjico, y viendo los peligros á que sus opiniones le exponian, liquidó cuanto pudo de la herencia paterna y se fué á establecer á la isla de Cuba, de donde era la hermosa jóven con quien se habia casado. Por opuestos motivos, Blasco se quedó en Méjico, gozando del natural influjo que le daban sus ideas republicanas y sus conexiones políticas.

La sucesion de D. Marcelo todavía fué causa entre los hermanos de algunas cartas desabridas, con lo cual acabaron por no conservar otro género de relaciones que las judiciales, á que les

obligaban sus interminables cuestiones de intereses.

Por aquella época, Blasco, á su vez, contrajo tambien matrimonio, enlazándose con la hija de un pariente lejano de su madre, á la cual conoció en los Estados-Unidos, y con cuyo hermano, que dirigia una casa de banca en Nueva-York, se hallaba en relaciones estrechas de amistad y áun de negocios. Cecilia Fernel—que así se llamaba su esposa—era un tipo de belleza noble y severa, una alma fuerte y apasionada. La diferencia de religion (ella pertenecia á la secta presbiteriana) no habia sido obstáculo para este enlace. Es verdad que él, en el fondo, no profesaba creencia religiosa alguna, y áun blasonaba con sus amigos del irónico escepticismo de Voltaire, de quien era admirador entusiasta. Pero en lo que sí estaban enteramente de acuerdo marido y mujer era en la guerra injusta que ambos tenian declarada al pobre D. Eugenio, á quien no solian mentar, sin añadirle el calificativo de hipócrita, y esto cuando, con ménos benevolencia aún, no le llamaban detentador de lo ajeno.

II.

Pasaron algunos años. Eugenio prosperó en Cuba. De su venturoso matrimonio habia tenido una hija, á la cual se bautizó con el nombre de Clara, y á la que ambos esposos amaban con delirio. Verdad que ella bien merecia aquel amor. Educada en los más severos principios por sus celosos padres, secundados por el capellan de la casa, el presbítero D. Anselmo Ruiz, hombre de piedad acendrada y notable ilustracion, era la doncella un tesoro de gracia y de bondad, y á su discrecion y gentileza unia la más feliz disposicion para la música y el canto.

Don Blasco, por su parte, tampoco podia quejarse de la fortuna. Merced á su actividad y á favorables circunstancias, su hacienda se habia aumentado, y el cielo, la naturaleza como él diria,

le concedió un hijo varon, al cual se le puso Jorge, por haberse llamado así el fundador de la República anglo-americana.

Jorge habia sacado la fuerte complexion del padre, pero no iba más allá la semejanza. En fisonomía y carácter era todo su madre, la cual parecia haberle infiltrado con el licor de sus pechos su altivo ardor protestante y cierto misticismo soñador.

Don Blasco, que, si bien los negocios le obligaban á vivir en Méjico, comprendia que allí no podia darle una educacion tal como él pensaba que debia tenerla un ciudadano libre y despreocupado, envió á Jorge á Nueva-York, á un colegio protestante, para que en la atmósfera de la gran República se desarrollase de cuerpo y de espíritu, y en una palabra, se hiciese hombre.

Nueva-York, á la circunstancia de ser una de las ciudades más ricas y florecientes de la Union, reunia la ventaja para D. Blasco de estar allí establecido su cuñado, al cual tenía encomendado el manejo de importantes valores.

Miéntras Jorge estuvo en el colegio, Mr. Fernel velaba paternalmente sobre el sobrino, cuidando de que nada le faltase; y en fiestas y en vacaciones se lo llevaba á su casa de campo, donde el muchacho se holgaba en grande con diversiones y juegos propios de su edad.

Ya adolescente y próximo á terminar sus estudios, le llegó la funesta inesperada noticia de la muerte de su padre, arrebatado en pocos dias por una fiebre cerebral, cuando se hallaba aún en lo mejor de la vida. Con tan triste motivo, tuvo que volver precipitadamente á Méjico al lado de su apesadumbrada madre, en cuya compañía pasó dos ó tres años; pero siendo necesario que una persona de confianza fuese á Nueva-York á entenderse con Mr. Fernel para la liquidacion de unas cuentas, doña Cecilia envió allí de nuevo á su hijo; y tambien con el objeto de que completase su educacion, recorriendo las principales ciudades del norte de América.

III.

Clara habia cumplido diez y ocho años, y por los dones de su alma y el hechizo de su persona, era el encanto del hogar y la dicha de sus padres. Pero, no obstante su buena complexion y la salud que hasta entónces habia disfrutado, empezó á enflaquecer y á depauperarse, sin que para ello hubiese causa conocida. Aunque en realidad su estado no ofreciese nada de alarmante, D. Eugenio consultó con uno de los mejores médicos de la Habana, el cual fué de opinion que la jóven debia cambiar de aires, y que, pues se acercaba el verano, lo mejor sería que la llevasen á Saratoga, en los Estados-Unidos, cuyas aguas y cuyo clima le volverian en breve su juvenil esplendor. Don Eugenio no podia en aquella época del año ausentarse de Cuba, donde importantes negocios

reclamaban su presencia; pero doña Luisa, su esposa, teniendo ménos cuenta de sus gustos y comodidad que de la salud de su hija adorada, sin que le arredrasen las molestias de un viaje por mar, no corto, se encargó de llevarla al punto indicado, lo que efectuó prósperamente á principios de Junio.

Saratoga, de la cual, sin duda, habrán oido hablar nuestros lectores, es la estacion de aguas minerales más concurrida del continente americano: pequeña ciudad, situada á diez millas del rio Hudson, su poblacion, que no llega ordinariamente á nueve mil almas, crece y sube á cerca de treinta mil en los meses de Julio y Agosto. Saratoga es el Spa, el Baden de los Estados-Unidos. No sólo van enfermos á visitarla, buscando en sus ricos manantiales alivio á sus dolencias, sino muchos que, gozando cabal salud, acuden á perderla en aquel centro vertiginoso del placer y de la moda. Allí afluyen el ostentoso lujo y extravagante opulencia de todos los estados de la Federacion. En aquellos vastísimos y fastuosos hoteles, únicos en el mundo, bulle y se agita una sociedad heterogénea y abigarrada, especie de aluvion de plebeyos enriquecidos, cuyas hijas y esposas dijérase que apuestan entre sí á cuál se pone galas más estrambóticas ó se presenta con más relumbrones y colorines. En aquellas me-

sas redondas, que se dejan atras á los banquetes de los príncipes, formando singular contraste con las figuras enérgicas y áun toscas de los yankees, suelen llamar la atencion incomparables mujeres, luciendo en gargantas y brazos desnudos ricos aderezos de pedrería.

La animacion de Saratoga en la buena estacion es muy superior á lo que estamos acostumbrados á ver en los pueblos de aguas más elegantes y favorecidos de Europa. Y pocas son las capitales que, ni en dias de fiesta, ofrezcan el brillante aspecto del Broadway (calle principal del pueblo), con sus innumerables coches, ruidosas cabalgatas é inmenso concurso á las horas del paseo.

En cuanto á los enfermos, si los hay, nadie los ve ni sabe que existen. La vida se pasa allí en saraos, bailes, conciertos, jiras campestres; todo, por supuesto, salpimentado con amoríos y galanteos, á que tanto se prestan las fáciles costumbres y amable independencia de las jóvenes yankees. Finalmente, para los aficionados, y sabe el cielo si los americanos lo son, tampoco faltan en aquella afortunada villa elegantes círculos, al estilo de Hamburgo y Monte-Carlo, donde la inconstante Diosa, al caprichoso voltear de su rueda, hunde ó levanta á sus ciegos adoradores.

IV.

Mrs. (1) Hartman, esposa de un rico fabricante de Pensilvania, daba aquella noche un concierto á sus íntimos amigos, en un espacioso salon del magnífico hotel en que estaba alojada. A más de unos artistas italianos, debian tomar parte en la fiesta algunos *dilettanti* amigos suyos, y entre ellos una señorita española, Miss Hiraldez (como habian puesto en el programa), y que no era otra que la bella é interesante Clara, muy repuesta en su salud, merced á las aguas de Saratoga.

Hallábanse reunidos los convidados, y, todo dispuesto, iba á empezar la funcion, cuando entró en la sala un amigo de Mrs. Hartman, seguido de un jóven de mediana estatura, trigueño de

---

(1) Se pronuncia: *Misis.*

color, ojos grandes y rostro expresivo, y acercándose á ella, le dijo inclinándose cortésmente:

—Señora, hé aquí el amigo que me habeis permitido traer al concierto, y que tengo el honor de presentaros: Mister Hiraldez-Fernel.

Doña Luisa, la madre de Clara, que estaba en aquel momento al lado de Mrs. Hartman, al oir aquel nombre cambió de color, y se apartó algun tanto, poniéndose á hablar con otras personas por disimular su emocion.

—¡Cómo!—dijo Mrs. Hartman;—¿Hiraldez habeis dicho?

—Es verdad que en mi tarjeta sólo puse que os pedia permiso para traeros á un amigo recien llegado á Saratoga. Tal vez hice mal en no anticiparos su nombre.

—No os disculpeis, Mister Morin. A mi casa podeis traer á quien se os antoje, y tengo el mayor gusto en recibir á vuestro amigo. Mi sorpresa fué por la coincidencia del nombre de este caballero con el dé Miss Hiraldez, que va á tomar parte en el concierto. ¿Sois por ventura parientes? añadió dirigiéndose al jóven presentado.

Éste, que no habia podido todavía meter baza, al oir el nombre de su prima, á quien no conocia, y con la cual ni remotamente habia pensado encontrarse allí, se quedó bastante cortado, y con sumo embarazo contestó:

—Es posible..... aunque no es precisa condicion la del parentesco para llevar un mismo apellido.

Por fortuna suya, llegaron en aquel momento á saludar á Mrs. Hartman otras personas, y él, separándose entónces con su amigo, le dijo con visible disgusto:

—En buena me he metido. Esa Miss Hiraldez, que va á cantar, no es más ni ménos que mi prima hermana, hija de mi odiado tio D. Eugenio. ¿Por qué no me advertisteis.....?

—¿Y lo sabía yo acaso? Vos os llamais Hiraldez-Fernel.

—Sí; por diferenciarme de la sucesion de don Eugenio, agrego al de mi padre el nombre de mi madre.

—Y despues de todo, ¿qué os importa que entre tanta gente se halle vuestra prima? Con no hablarle estais del otro lado. Ella ni os conoce ni sabe que estais aquí.

—Enseñádmela, para que la pueda evitar. Quiero saber quién es.

—Veis aquella muchacha rubia, vestida de blanco.....

—¿La que está cerca de la puerta?

—Esa misma.

—Hombre, ¡es guapa!

—Vamos, parece que estais ménos pesaroso por haber venido. Pues cuando la oigais cantar.....

En esto se sentaron los dos donde les fué posible, y empezó el concierto.

Pasemos por alto un cuarteto instrumental de aficionados, un solo de violin por un artista mulato de la Jamaica, y un duo de la *Figlia del regimento*, cantado por una contralto y un barítono italianos con gran maestría, y vamos desde luégo á la parte de la bella Clara, que es lo que verdaderamente nos interesa. Llegada que fué su vez, se levantó de su asiento algo pálida y conmovida; pero sin perder un instante la posesion de sí propia, con sencilla modestia y gentil compostura se acercó al piano. Iba á cantar una melodía de Schubert. Las primeras notas brotaron de su garganta levemente turbadas; mas serenándose muy luégo, salió su hermosa voz, limpia, llena y argentina. Y á la voz acompañaba el acento, la expresion, la manera de comprender y de sentir los hondos quejidos y místicos vuelos de la música soñadora y melancólica del inspirado maestro. Schubert no habia sido jamas mejor interpretado. El éxito fué completo; el público la aplaudió con verdadero entusiasmo. Jorge, que no habia quitado los ojos de la prima, y que estuvo como subyugado por la magia de su voz y el hechizo de su persona miéntras duró el canto, no bien espiraron las últimas notas, sin poderse contener, rompió de los primeros en estrepitosas palmadas.

—¡Hola!—le dijo su amigo,—parece que os vais reconciliando con la familia.

—Eso, imposible. Pero no puedo negar que mi prima es encantadora.

Acabado el concierto, aunque no estaba en el programa, se improvisó un animado cotillon para remate de fiesta. Mister Morin era de los que tomaron parte en él. No así Jorge, que desde el hueco de una puerta contemplaba distraido ir y venir á las parejas. En una de las figuras se vino á él su amigo, trayendo de las manos á dos señoras, una de ellas la gentil Clara Hiraldez, y con la sonrisa en los labios le interpeló de pronto:

—¿Violeta ó jacinto?

Jorge, que no tuvo tiempo de dominar su estupor:

—Violeta,—contestó aturdido, sin saber lo que decia.

Y Mr. Morin, dejándole en los brazos á la bella prima, se lanzó al vals con la otra dama. Jorge rompió tambien á bailar, ¿qué habia de hacer? con su inopinada pareja, jurando en sus adentros que Mr. Morin le habia de pagar la burla. Clara, que no conocia á su primo, alegre y serena giraba á compás de la música, sin saber quién fuese el brioso galan que le habia tocado en suerte. Pero su madre, que ya lo sabía, los contemplaba atónita bailar juntos desde un ángulo del salon.

Terminada la figura, Jorge dejó á la dama en su puesto, é inclinando la cabeza, sin haberle dicho una palabra, se retiró del círculo de los bailarines, y escabulléndose entre la gente, pasó á una pieza inmediata en gran turbacion de espíritu y como deslumbrado. Calmándose poco á poco, y desvanecido ya su primer movimiento de ira, empezó á sentir una vaga fruicion por haber tenido en sus brazos á la bella Clara, que ya ántes lo habia hechizado con su voz celestial. Luégo pensó en el serio disgusto que el lance aquel, si llegaba á noticia de ella, iba á ser para su madre, cuya aversion á D. Eugenio habia crecido aún, con la pérdida de uno de los pleitos que con él seguia, y que su marido le habia dejado como triste herencia. Despues juzgó que la cosa en sí tenía poca importancia. Miéntras sus ideas iban así tomando diversas formas al chocar con sus sentimientos, se acabó el cotillon y se le acercó mister Morin.

—La broma ha sido pesada, — le dijo Jorge,— y me debeis una explicacion.

—No lo tomeis en ese tono,—contestó mister Morin riéndose.—¿ Por qué elegisteis violeta? ¿Vais á reñir conmigo por haberos proporcionado la ocasion de bailar con la muchacha más bonita de la fiesta, la *diva* que tanto habeis aplaudido? ¿Y á qué os compromete una vuelta de vals en

una figura de cotillon, donde cada cual baila con la dama que le toca en suerte? Vuestra prima no os conoce. Figuraos que tampoco la conoceis á ella, y veréis que vuestra situacion respectiva sigue siendo la misma que ántes del concierto.

Jorge hubo, sin duda, de encontrar buenas las razones de su amigo, pues nada replicó, y juntos como habian venido, dejaron el domicilio de Mrs. Hartman.



V.

Jorge durmió mal aquella noche. Los ecos de Schubert resonaban en su oido; la escena del cotillon una y otra vez volvia á su memoria, y la imágen de la prima no se le apartaba del pensamiento.

A la mañana siguiente, más sereno y tranquilo, reflexionó sobre los sucesos de la víspera, y comprendió que, dada la profunda animadversion que existia entre las dos familias, lo mejor de todo era evitar otro encuentro con su prima Clara. A este fin se propuso no asistir á fiestas y reuniones en que ella pudiese hallarse, y áun esquivar las ocasiones de verla en calles y paseos; lo cual no era fácil en un pueblo como Saratoga. Él, sin embargo, para llevar á cabo su propósito, se aisló en su hotel, y huyendo de los sitios frecuentados,

se dedicó á dar largos paseos á caballo por los alrededores, solo las más veces, algunas acompañado de Mr. Morin. Lo más sencillo hubiera sido alejarse de Saratoga; pero él, que habia ido allí por pura diversion, se persuadió, á última hora, de que las aguas aquellas eran convenientes y áun necesarias á su salud.

En lo que no se engañaba era en el disgusto que habria tenido su madre de saber lo sucedido en casa de Mrs. Hartman. Así lo prueba la carta que de ella recibió Jorge pocos dias despues del concierto.

«.....Siento,—le decia,—que no hayas dejado para más tarde tu viaje á Saratoga, adonde más te lleva el gusto que la salud. No porque yo me oponga á que te esparzas y diviertas en términos razonables, lo cual es muy natural á tu edad, sino porque he sabido, casualmente, que tu buen tio ha enviado ahí á su mujer y á su hija; y como en todo pueblo de aguas la gente acude á unos mismos centros y es casi imposible evitarse, me figuro que no te ha de ser muy grato estarte encontrando á cada paso con parientes que, si bien cercanos por los lazos de la sangre, están separados de nosotros por abismos de enemistad y resentimiento. Ya sé que no has de tratarlos: ¡lástima fuera! Sin embargo, por tu propia comodidad, creo que no harias mal, sobre todo no necesitando

esas aguas, en irte á veranear á otra parte. ¿Por qué no te vas á visitar el Niágara y los soberbios lagos del Canadá, que parecen mares, y cuyas orillas son lo más pintoresco del globo?» Hasta aquí la irreconciliable enemiga de D. Eugenio; luégo venía la protestante: «No dejes de leer diariamente las Sagradas Escrituras. La palabra que viene á nosotros directamente de Dios cae en nuestro espíritu como el rocío en la tierra.....»

Doña Cecilia, con el instinto de madre, aguzado por la enemistad con su cuñado y la desconfianza en los pocos años de su hijo, temia que éste no tomase bastante á pecho las cuestiones con D. Eugenio, ó que, léjos de ella, decayese su ardor presbiteriano; y, por cierto, no andaba descaminada en sus temores.

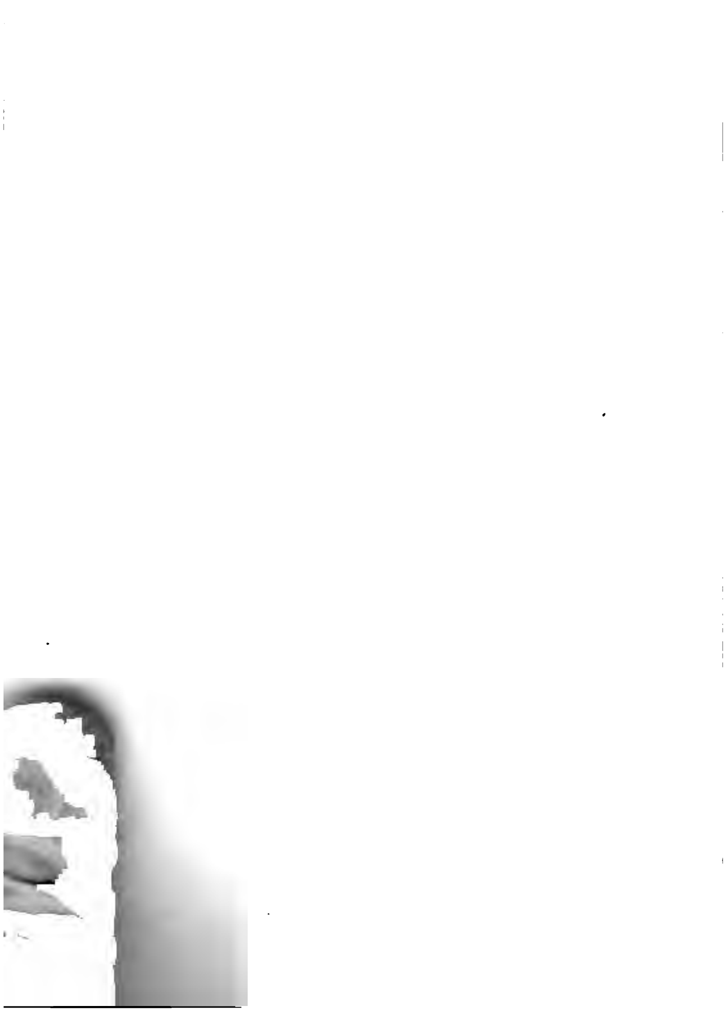
Jorge leyó la carta, y aunque allá en sus adentros los sentimientos de animadversion de su madre le pareciesen exagerados, lo afirmaron en su propósito de evitar todo motivo ú ocasion de trato con sus parientas. En lo que no convino fué en lo del viaje al Canadá, por creerlo innecesario, y, ademas, por haber empezado á beber las aguas, que en su concepto debian serle muy provechosas.

Entre tanto, seguia estrechamente el plan que se habia propuesto, viviendo solo y retraido en medio del tumulto de una ciudad compuesta de hoteles, tiendas y paseos, y poblada de gente

allegadiza y bulliciosa, ávida de placeres. El género de vida que habia adoptado no le costaba en verdad gran esfuerzo. Sus paseos á caballo, la lectura, á que era bastante aficionado, y hasta cierta propension de su alma al misticismo y la contemplacion, fácilmente le hacian olvidar las diversiones á que los demas se entregaban. Don Blasco, indiferente en materias religiosas, no habia tenido otra mira en la educacion de su hijo, como ya ántes lo indicamos, que hacer un hombre fuerte y positivo', libre sobre todo de lo que él llamaba el oscurantismo español. Pero doña Cecilia, si bien participaba de la escasa benevolencia del marido hácia su antigua patria, no perdonando ocasion de motejar á los españoles de atrasados y fanáticos, se hallaba, á su vez, poseida de otro fanatismo peor todavía, el fanatismo presbiteriano; y desde los más tiernos años de Jorge lo adoctrinó en la secta, haciéndole leer diariamente la Biblia, é imbuyéndole el ódio á la jerarquía episcopal, y muy particularmente á los dogmas y ritos del culto católico. Luégo, en el colegio protestante de aquella comunion, donde Jorge se educó, los primeros gérmenes depositados en su alma fructificaron y tomaron vuelo. De lo cual resultó que Jorge no llegó á ser el hombre realista y positivo que D. Blasco habia deseado; pues si bien se le parecia en sus ideas de

emancipacion é independencia y en su desden á la antigua metrópoli, estaba muy distante de la especie de naturalismo que aquél profesaba, habiendo sacado, por el contrario, la exaltacion protestante de su madre. «Dios es espíritu y quiere ser adorado en espíritu y verdad» (1), repetia frecuentemente; y la pompa y las ceremonias de la Iglesia romana, y el culto á los santos, no eran en su sentir otra cosa que paganismo é idolatría.

(1) San Juan, VI, 24.



VI.

Clara se enteró al fin de que el galan desconocido con quien habia bailado en casa de Mrs. Hartman era nada ménos que su primo Jorge, y como su figura y modales le habian causado grata impresion, sintió, al saberlo, excitada su curiosidad femenil, por no haberle oido el metal de la voz, esa reveladora de lo más íntimo de nuestro sér, con pocas que sean las palabras que se pronuncien. Por lo demas, comprendiendo que lo ocurrido habia sido pura casualidad, y, dada la enemistad de ambas familias, no le chocó que Jorge se hubiese abstenido de hablarle.

Como pasó algun tiempo, y ni la madre ni la hija se lo encontraban en ninguna parte, creyeron que se habria ausentado, y no volvieron á hablar más de él. Clara, sin embargo, lo recordaba

á menudo, aunque no lo mentase, y pensaba con sentimiento que tal vez ellas eran la causa de su ausencia.

Por aquellos dias llegó á Saratoga el presbítero don Anselmo. Doña Luisa lo habia hecho venir con el pretexto de que les dijese la misa, pues no era cómodo para ella ni para su hija, delicada todavía, tener que madrugar y correr todas las mañanas á la capilla católica, donde despues de las ocho no volvia á celebrarse el Santo Sacrificio. Esto decia ella; pero otro motivo más alto la habia principalmente inducido á llamar á D. Anselmo.

No obstante su posicion de capellan en casa de don Eugenio, y ser al mismo tiempo su consultor y su amigo, no se crea por ello que D. Anselmo llevase una vida ociosa y regalona. Sin alarde ni afectacion, era frugal en medio de la abundancia, pura su vida, austeras sus costumbres; y cuanto su generoso protector le daba, otro tanto esparcia como benéfica lluvia entre los pobres y desvalidos. A su desinteres y profunda piedad juntaba un carácter benigno, franco, igual, y no poca ilustracion. Sin ser viejo aún, su cabello empezaba á blanquear, y su fuerte complexion á decaer y á debilitarse. Él, tan blando y afectuoso para los demas y tan duro para sí propio, nunca se quejaba; todos, sin embargo, en la familia,

notando con pesar cuán profundamente se iba alterando su salud, trataron de arrancarle por una temporada á los penosos deberes que él se imponia, y con el pretexto de que fuese á acompañar á doña Luisa y á su alumna Clarita, como él la llamaba, obligarle indirectamente á tomar aquellas aguas medicinales. Cuando emprendió su viaje doña Luisa, de buen grado se lo hubiese llevado consigo; pero en aquel momento no le era posible ausentarse, habiéndole encargado el Sr. Obispo de unas misiones en la diócesis. Terminadas que fueron, D. Anselmo defirió á las instancias de doña Luisa, que, ademas de reclamar su ministerio sacerdotal, le expresaba la necesidad que tenian, solas como ella y Clarita estaban, de una persona de confianza á su lado.

Don Anselmo llegó á Saratoga. Doña Luisa, que no gustaba de la agitacion y bullicio de los hoteles, habia alquilado una *villa*; es decir, una casita aislada con jardin á uno de los extremos del pueblo; y en un pabelloncito separado del edificio principal instaló á D. Anselmo, por dejarle así más independencia y holgura.

Al poco tiempo de su llegada, doña Luisa lo convidó á dar un paseo matinal en coche por los alrededores, único obsequio que podia hacerle. Con ese objeto, la madre y la hija se levantaron más temprano aquel dia, y despues de la misa,

que D. Anselmo les dijo y ellas oyeron devotamente, los tres se metieron en una carretela tirada por dos caballos, y en la cual ya doña Luisa habia hecho colocar una cesta bien provista, á fin de almorzar en el campo, en el sitio que más ameno les pareciese. Las ocho de la mañana serian cuando se pusieron en marcha. El calor no molestaba aún, y llevaban baja la capota para gozar mejor del variado paisaje. Miéntras doña Luisa conversaba con D. Anselmo, Clara, sin poner atencion en lo que decian, iba con la vista perdida en lo vago y como embelesada y soñadora, dando tal vez cuerpo en su fantasía á las doradas ilusiones é inocentes desvaríos de su alma juvenil. Habrian andado apénas tres millas; caminaban al paso, y al llegar á un punto de la vía, en que á un lado se alzaban unas rocas, y del otro se extendia un bosque de hayas y castaños, vieron, no sin cierta emocion, pasar entre los árboles, á galope, un caballo enjaezado y sin jinete.

—Sin duda ese caballo,—dijo Clara con vaga ansiedad,—ha derribado al caballero que lo montaba.....



Continuaron adelante, y unos cien pasos más allá, siguiendo la vuelta que daba el camino, notaron, á cierta distancia, un grupo de aldeanos en medio de la vía.

—¿Qué es eso?—preguntó doña Luisa al cochero.

—Por lo que se me alcanza,—contestó el auriga,—son campesinos que auxilian á un hombre tendido en el suelo. Probablemente, el jineto del caballo que va perdido.

Se acercaron más, y ya próximos al sitio del accidente, D. Anselmo se apresuró á bajar, para enterarse del caso y ver si podia ser útil en aquella ocurrencia, y en pos de él bajaron tambien doña Luisa y su hija. Se metieron entre los aldeanos, y hallaron, en efecto, yacente al borde del camino, sin conocimiento, á un jóven bien vestido y con la cara ensangrentada. Miéntras doña Luisa y D. Anselmo lo asistian, Clara corrió al coche, de donde trajo un frasco de agua, con la cual, llena de sobresalto y con mano temblorosa, bañó el rostro del herido, al par que doña Luisa le daba á oler un pomillo de sales. El jóven no recobró el sentido; pero una vez que Clara con el pañuelo le hubo enjugado la faz, fijando en ella los ojos espantados:

—¡Es mi primo!—exclamó angustiada.—Bien me lo decia el corazon.

Don Anselmo, que sabía algo de medicina, reconoció al paciente y le halló en la cabeza una pequeña herida y várias contusiones. Lo vendó lo mejor que pudo, y entre todos lo trasportaron

al coche, dándose órden al cochero de volver á la ciudad por el camino más corto. La afliccion de los tres, y de Clara particularmente, era inmensa. Todas las querellas y enemistades de familia se habian borrado en aquel momento. Aquellas tres almas, unidas por el vínculo de la caridad, no tenian más afan, ni otro pensamiento, que salvar la vida al infortunado jóven. La hora que emplearon en desandar el camino les pareció un siglo. Todos los esfuerzos eran vanos; Jorge no volvia en sí. Don Anselmo lo sostenia en sus brazos, y doña Luisa y su hija, sin saber qué hacer, ofrecian votos y novenas á la Vírgen y á todos los santos.

Ignorando el alojamiento de su sobrino, y no habiendo tiempo que perder, doña Luisa lo condujo á su *villa*, y lo instaló en su propia habitacion, por ser la más cómoda de la casa. Vestido como estaba lo tendieron sobre el lecho, y el médico, llamado con gran premura, no tardó en presentarse á la cabecera del enfermo. Lo pulsó, lo hizo desnudar, y despues de examinarlo detenidamente, le aplicó una corta sangría en el brazo, le puso fuertes sinapismos en las piernas, y le lavó con árnica la herida y las contusiones de la cabeza; luégo le recetó una bebida antiespasmódica, de la cual ordenó que le diesen una cucharada cada diez minutos, y recomendó el mayor

silencio en torno del enfermo. A las solícitas preguntas de doña Luisa y su hija contestó que con lo hecho no creia que tardase en recobrar el sentido, y que no desesperaba de su curacion, aunque todavía no pudiese apreciar la gravedad del caso. Añadió que se esperasen á una noche agitadísima de delirio y fiebre, y por último, ofreció volver dentro de un par de horas á ver el efecto de su medicacion.

Doña Luisa acondicionó las cortinas de la ventana de modo que entrase muy escasa luz, y dejó á D. Anselmo en la estancia, al cuidado del paciente.

A poco trajeron la bebida, y para dársela ella misma, entró de nuevo en el cuarto, acompañada de su hija, que llevaba en la mano un plato con el frasco de la medicina y una cuchara. Don Anselmo se acercó entónces al lecho con el fin de ayudar á las piadosas damas en su buena obra; pero al ir á incorporar al enfermo para que tomase la bebida, abrió éste los ojos, como quien sale de un sueño, paseándolos en torno con estupor. El padre Anselmo se detuvo; doña Luisa dió un paso atras, y Clara bajó la vista con modestia.

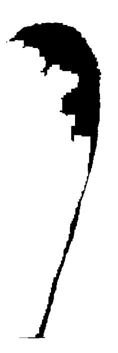
—¿Adónde estoy?—preguntó Jorge con respiracion anhelosa y voz apagada.—¿Qué me sucede?

Luégo, advirtiendo á Clara, añadió desvariando:

—¡Ah! sí, la conozco..... ¿Por qué he venido al concierto?..... ¡Qué bien canta!

En esto, exhalando un quejido, volvió á cerrar los ojos. Don Anselmo ya no vaciló, y levantándole con mucho tiento la cabeza, doña Luisa, por su parte, le dió la bebida, que él tomó sin repugnancia, quedándose otra vez en profunda modorra.

A la hora que habia dicho tornó el doctor, y cuando supo lo ocurrido y pulsó al doliente, aseguró que el mayor peligro estaba conjurado; que la calentura se presentaba fuerte, pero natural, sin las complicaciones que hubieran podido temerse; y, haciendo algunas oportunas prevenciones, se retiró dejando á todos muy esperanzados.



VII.

Don Anselmo no consintió en marcharse á descansar, como se lo rogó doña Luisa, y por la noche se quedó velando al herido. El aumento de fiebre, la agitacion, el delirio, todo vino como lo habia anunciado el médico. Sentado en un sillon, cerca de una mesa, sobre la cual, al lado de una opaca lamparilla, se veia abierto su reloj de plata y una bandeja con los medicamentos, D. Anselmo aguardaba las horas en que debia ministrarlos al enfermo, ya rezando devotamente con su rosario en la mano, ya absorbido en la meditacion de los divinos misterios, no siéndole posible, por la escasa luz, leer en su breviario. Y en esa larga vigilia, ni una cabezada, ni un bostezo, ni el menor signo de fatiga ó de impaciencia, acostumbrado

como estaba á dominar con el vigor del alma la flaqueza de la mísera carne.

No habiendo nada que hacer con el enfermo, lo dejaba delirar, sin que tratase de buscar sentido á sus inconexas expresiones. Hubo un momento, sin embargo, en que, siendo mayor su desasosiego, el Padre se acercó á la cama para observarle mejor, y no sin extrañeza le oyó estas rotas y descosidas frases:

—Y luégo la diferencia de religion..... Clara, Clara, huye de mí..... imposible..... mi madre..... ¡Oh! canta..... Sí, sí, valsemos juntos.....

Los sentimientos y preocupaciones que esas incoherentes frases revelaban fueron como el tema obligado de su desvarío toda la noche, hasta que ya de madrugada empezó á calmarse, y al angustioso anhelo siguió un sueño dulce y reparador.

A las cinco de la mañana se presentó doña Luisa, é informándose con vivo interes del estado del sobrino, se quedó á cuidarlo ella misma, obligando á D. Anselmo á que se fuese á descansar. En pos de la madre vino tambien Clarita al cuarto del primo, deseosa de emplearse igualmente en su asistencia.

Una de las veces que hubo que darle el medicamento prescrito (que él tomaba casi sin salir de su adormecimiento) empezó á quejarse lastimeramente.

—¿Qué te duele?—le preguntó doña Luisa con acento compasivo?—¿No estás mejor?

Despertándose entónces Jorge, abrió los ojos, y reconociendo á su prima y viendo á doña Luisa:

—¿Qué es esto?—exclamó con voz desmayada.—¿Yo aquí? ¿Qué me pasa? ¿Por qué me cuidais?

—El médico,—le contestó doña Luisa,—ha recomendado mucho que no se te hable y que permanezcas en reposo absoluto. Cuando estés mejor, que, en Dios confio será pronto, te enterarás de lo acontecido. Ahora no pienses en nada, y abandónate sin temor á nuestro cuidado.

—Yo me acuerdo,—repuso él sin someterse á la amonestacion,—como si de ello hubiera pasado mucho tiempo., que paseando un dia se me asustó el caballo, y de un bote me lanzó de la silla..... No me acuerdo de más.

—Pues bien,—contestó breve y discretamente doña Luisa,—cuando te caiste, nosotras pasamos casualmente, y viéndote en tierra sin sentido, te recogimos en nuestro coche, como tú mismo hubieras hecho en igual caso con Clara ó conmigo. ¿Qué tiene ello de particular?

Jorge nada respondió, y mirando lánguidamente á su prima, volvió á cerrar los ojos.

La fiebre habia notablemente disminuido; pero le molestaba bastante la herida de la cabeza. A las

ocho lo vió el médico y quedó satisfecho de su estado; más tarde se presentó mister Morin, que habia sabido el triste accidente y venía á ofrecerse para asistir á su amigo.

El mal siguió su curso, y en siete ú ocho dias Jorge pudo dejar el lecho.

Mister Morin lo acompañaba á ratos; pero, jóven, frívolo y egoista, no sacrificaba á la amistad ni sus costumbres ni sus placeres. En cambio, D. Anselmo y las bondadosas damas eran todo abnegacion y cariñoso desvelo.

Cuando ya estaba mejor, y consintió el médico que se le diese un poco de conversacion para distraerlo, aunque siempre de modo que su cerebro trabajase lo ménos posible, Mr. Morin, hallándose solo con él, le dijo un dia:

—¿Quién habia de pensar, al veros la noche del concierto tan enfadado conmigo porque fuí causa involuntaria de que bailaseis con vuestra prima, que pocos dias despues habiais de venir moribundo á instalaros en su propia casa y á recibir de sus manos la salud, tal vez la vida?

—No se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios,—respondió Jorge.—Yo rehuí su trato y esquivé su presencia; pero ¿qué puede el hombre contra el destino? Vos sabeis las diferencias que separan á las dos familias..... Yo habia hecho propios ¿cómo no? los agravios de la mia.

Mas (salvo el respeto á mis padres), de aquí adelante, siempre que dé gracias al Señor por haberme salvado de tan gran peligro, recordaré con lágrimas de gratitud los desvelos, la abnegacion y el cariño de que, en tan crudas horas de padecimiento y angustia, me he visto rodeado. Si mi adorada madre tiene aún el consuelo de verme vivo, á mi piadosa tia y á mi angélica prima se lo debo.

VIII.

Jorge, á pesar de sus prevenciones de secta, se habia acostumbrado al trato y asistencia de don Anselmo, y áun habia acabado por estimarle y amarle, si bien lamentando en su corazon que hombre de tales prendas y virtudes fuese sacerdote católico en vez de ministro presbiteriano. Es verdad que desde el aciago accidente de la caida lo habia visto constantemente á su lado, sirviéndole y cuidándole con una paciencia y una abnegacion verdaderamente evangélicas. Várias veces habian ya conversado familiar y amistosamente; mas el padre Anselmo, no obstante su celo católico, con súmo tacto habia eludido tocar puntos de religion; aunque bien pudiera decirse que, sin darse cuenta de ello, elocuentemente le habia predicado con el ejemplo de su mansedumbre y

caridad. Una mañana hallábase Jorge recostado en un canapé, y si bien silencioso y con los ojos entornados, como quien dormita, considerando atentamente á D. Anselmo, que, sentado cerca de un velador, leia en voz baja su breviario. Así que lo hubo acabado:

—Padre,—le dijo,—¡cuánto le agradeceria que me leyese un poco la Biblia!

—No tengo ninguna á mano; pero si quiere, le leeré en mi breviario los Salmos ó los Evangelios, que forman parte tan principal de la misma..... ¿Qué evangelio quereis que os lea?

—El más conmovedor es el de San Juan; pero el que más fortalece y levanta el espíritu es el de San Mateo. Leedme algo de él, si no os incomoda.

Don Anselmo se puso á leer este evangelio, y Jorge lo oia con atencion y recogimiento; mas al llegar el pasaje aquel: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, etc.», interrumpió así la lectura:

—Padre, ése es el famoso texto en que os apoyais los católicos para demostrar la supremacía de los papas y hasta su infalibilidad.

—Así es, en efecto; aunque, á mi ver, ni textos sean precisos para probar una cosa de sentido comun,—contestó con naturalidad D. Anselmo, que desde luégo comprendió que el convaleciente

buscaba un poco de controversia para distraerse.

—¿Tan sencillo os parece?

—¿Cuándo habeis visto,—preguntó á su vez D. Anselmo,—un arco sin clave, una orquesta sin director, un ejército sin general? ¿Cómo comprender una sociedad (y nadie puede negar que lo sea la Iglesia) sin potestades jerárquicas y un jefe reconocido? Los obispos son los representantes de los apóstoles, y el Papa, el sucesor de San Pedro, que era el príncipe de ellos.

—No lo digo por molestaros, y admiro vuestro celo católico; pero nunca podré convencerme de que Dios haya concedido la infalibilidad á un hombre.

—Pues yo pienso lo contrario, y creo que si consideraseis con ánimo sereno y desprevenido la cuestion, acabariais por convenceros de que no es absurdo, segun imaginais, el dogma católico. ¡Cómo! ¿creeis que el cristianismo es obra divina, y suponeis al mismo tiempo que Dios la dejó expuesta á las extravagancias y errores de nuestra pobre y enfermiza razon, oscurecida por la ignorancia y las pasiones? Si la verdad es una, y veinte la interpretan de diversa manera, diez y nueve por lo ménos han de estar equivocados. Pero si tal fuese la obra del Señor, Cristo no habria venido á iluminar nuestras almas con los resplandores de la verdad, sino á hundirnos en ma-

yor confusion y más densas tinieblas. ¿Qué sentido tendrian entónces aquellas palabras: «.....las puertas del infierno no prevalecerán contra ella»? El Papa, como hombre, nadie niega que esté sujeto á error: en artes, en ciencias, en negocios públicos ó privados, puede engañarse como cualquier mísero mortal. Pero *ex-catedra*, como Vicario de Cristo, asido á la tradicion, guiado por la luz de los santos padres y de los concilios, teniendo como fuente de ilustracion las sábias congregaciones que lo rodean, y auxiliado, sobre todo, por el Espíritu Santo, el Papa es y no puede ménos de ser infalible. Desde el momento que en el seno de la Iglesia pueden en cualquier época suscitarse cuestiones de doctrina, es forzoso que haya un tribunal permanente y contínuo que las resuelva, una autoridad suprema que acalle nuestros recelos, fije nuestra conciencia y disipe nuestras dudas. La infalibilidad, bien mirado, á todas las magistraturas, que en último término deciden sobre cualquier negocio, se les reconoce implícitamente. Ya sé yo que alguna vez se han de equivocar, como que se trata de lo contingente y de lo humano. Pero Dios no puede engañarse ni engañarnos, y por algo llamó á la cátedra de San Pedro «columna y firmamento de la verdad.»

Ya roto el hielo, alguna que otra vez se renovó entre ellos la controversia religiosa; siempre á

excitacion de Jorge y sin salir nunca del tono amistoso. El Padre, en esos casos, hablaba con fe y conviccion; pero sólo como el que defiende su doctrina, sin tratar de imponerla.

Un dia recibió Jorge la visita de cierto pastor protestante, amigo suyo, y luégo que se fué, viéndose solo con D. Anselmo, le dijo:

—Ese hombre que habeis visto, al par que fervoroso ministro, es excelente padre de familia; lo cual nò le impide llenar cumplidamente su sagrada mision.

—No lo dudo,—respondió evasivamente don Anselmo.

Esta lacónica contestacion no satisfizo á Jorge, que pensaba que su censura indirecta al celibato de los clérigos iba á ser recogida por el sacerdote católico. Así, insistiendo sobre la alusion, tanto por oir á D. Anselmo como por ser opinion suya, añadió:

—El celibato de los clérigos nunca he comprendido en qué motivo divino ó social puede fundarse. Si el sacramento es medicina del alma, que da la gracia, ¿por qué el órden sacerdotal ha de ser incompatible con el matrimonio? Vosotros, que tanto elevais este sagrado lazo, ¿cómo podeis creer que el que es buen padre y buen esposo no puede ser tambien buen pastor de almas?

—Seguramente el celibato de los clérigos no

es de institucion evangélica, ni yo me atreveria á sostener tal cosa. Pero la Iglesia, encargada de fijar la disciplina, modificándola segun los tiempos, ha tenido poderosísimas razones para exigir ese sacrificio más á los que á ella se consagran. No es que haya contradiccion entre los dos sacramentos; es que el hombre es demasiado pequeño para llenar cumplidamente los deberes que de uno y otro dimanan. Fuera de que el que puede conservar inmaculado el albor del alma es más perfecto á los ojos del Altísimo, el sacerdote debe olvidarse de sí y consagrarse todo á la redencion de los pecadores y al consuelo de los desgraciados. ¿Por qué pedirle al hombre lo que no puede dar? ¿Concebis que un sacerdote que viva feliz con su esposa y sus hijos tenga valor para ir á auxiliar á un atacado del cólera ó la fiebre amarilla, á riesgo de traer á su dulce hogar el pestífero gérmen? ¿Cómo llevar la palabra de Dios á los países salvajes, cuando dejamos detras los pedazos de nuestro corazon? ¿Cómo exponer á cada paso nuestra vida, cuando de ella depende la suerte de la familia que hemos creado? ¿Cómo despreciar los bienes de la fortuna, y, si por acaso quiso el cielo concedérnoslos, hacer de ellos el patrimonio de los pobres, cuando hay que pensar en el estado y porvenir de los hijos? Nuestra madre la Iglesia, en su sabiduría, no ha querido

añadir nuevas dificultades á las que nacen de nuestras propias imperfecciones, y con esta mira ha prescrito el celibato de los clérigos.

Estos ejemplos, que hemos presentado lo más sucintamente posible, son una prueba del gusto que mostraba nuestro convaleciente por la controversia religiosa. Y aunque no se daba por convencido, le complacia en extremo oir las sencillas defensas que con acento de profunda sinceridad hacía D. Anselmo de los dogmas y leyes de la Iglesia católica.

IX.

Pero de las personas que le rodeaban, aquella cuya presencia le era más grata y apetecida era Clara, y de tal modo fué creciendo el encanto que ejercia en él, que cuando se ausentaba de su aposento, Jorge no pensaba más que en volverla á ver. Ella por complacerle habia hecho trasportar á la estancia de su primo el pequeño piano vertical en que estudiaba, y en el cual, con gran primor y sentimiento, le tocaba piezas de los maestros más en boga. Alguna vez, tambien, acompañándose ella misma, le cantaba alguna cancion italiana ó española. Una tarde, las ventanas de la estancia, que daban al jardin, estaban abiertas, y Clara, puesta al piano, hacía arpegios distraidamente, miéntras hablaba con Jorge, sentado cerca de ella en un sillon.

—¿Por qué no cantas algo?—le dijo él.—La tarde no puede ser más dulce y sosegada, y las aves del jardin parece como que te invitan con sus gorjeos.

Clara empezó á revolver cuadernos de música.

—¿Qué quieres que cante? Mis papeles están allá dentro. Aquí no hay más que unas romanzas que ya debes saber de memoria, y una cancion napolitana: *Santa Lucia.*

—¡Ah! sí, canta esa cancion; te la he oido una vez, y desde entónces no sueño más que con las playas de Nápoles.

Sin hacerse de rogar, con su voz argentina y caracterizando la barcarola con mucha expresion, entonó la primera estrofa:

«Sul mare luccica
L'astro d'argento
Placida è l'onda
Prospero il vento.
Venite à l'agile
Barquetta mia.....
Santa Lucia, Santa Lucia.»

—¡Qué perfume meridional tiene esa cancion, y qué embeleso derrama en el alma!—dijo Jorge. —¡Ah! si nos fuera dado entrar en esa barquilla y al resplandor de ese astro de plata pasear juntos por aquel golfo trasparente!.....

Estas palabras fueron acentuadas de tal manera, que Clara ahogó un suspiro y bajó modestamente los ojos.

—¿Qué?—repuso Jorge,—¿no te gustaria visitar aquella tierra afortunada?

—¿Cómo no?..... Mas ¿á qué suscitar en mi alma deseos que nunca se habrán de cumplir? A tí, dueño de tus acciones, fácil te será realizar ese sueño; pero ¿á mí?..... Otra que valga más que yo te acompañará en ese paseo, si llega alguna vez á verificarse.

—Y tú, prima, ¿por qué no? Figúrate que yo te amase y tú me correspondieras. No seriamos los primeros primos que se amáran.....

—Seguramente; pero como no basta ser primos y amarse para emprender viajes como ése.....

—Pues imagínate que de primos nos convirtiéramos en esposos.....

—¡Ah! Jorge, no te burles de mí. Bien sé que no me odias, ni ¿qué motivos tendrias para ello? Ningun mal te he hecho. Pero nuestros padres.....

—¡Oh! que se odien cuanto quieran. Sus hijos, mal que les pese, se profesan estimacion y cariño.

—Es verdad.

—Pues entónces.....

—Nuestros padres nunca consentirian..... Ni tú mismo .... Tú eres protestante y yo soy católica.....

Cambiemos de conversacion, Jorge. ¿A qué agitarme el corazon con falaces quimeras?

Jorge no siguió adelante y se quedó triste y pensativo, miéntras que ella, por ocultar su emocion, se puso á preludiar con los ojos bajos, para que el primo no advirtiese dos lágrimas que asomaban en ellos.

Doña Luisa entró á poco, lo que sacó á ambos de la embarazosa situacion en que el giro de la conversacion los habia puesto. Jorge entónces anunció á su tia que, estando ya casi bien, habia dispuesto trasladarse al otro dia á su domicilio. Las observaciones de doña Luisa para que lo retardase aún hasta hallarse enteramente restablecido, fueron inútiles. A la mañana siguiente Jorge llevó á cabo su resolucion.

X.

No bien pudo Jorge dejar el lecho despues de la peligrosa caida, su primer cuidado fué escribir á su madre, temiendo que la noticia del infausto suceso le llegase por otro conducto. Y doña Cecilia, que cifraba en Jorge todo su amor y toda su ventura, desde que recibió la misiva, no tuvo más afan que salvar la distancia que la separaba de Saratoga, y correr al lado del hijo de sus entrañas para enterarse por sí propia de su verdadero estado y consagrarse con alma y vida á su asistencia. Así, con gran sorpresa de Jorge, en vez de la carta que aguardaba de su madre, se la vió entrar á ella misma por las puertas cuando ménos lo imaginaba. El encuentro fué tan sentido y tierno como cualquiera puede figurarse. Ambos derramaron lágrimas. Doña Cecilia le reconoció

la herida, le hizo mil preguntas y lo estrechó vários veces contra su corazon; pero, á medida que la conversacion adelantaba, á la alegría inmensa de ver salvo á su hijo, empezó á mezclarse un vago sentimiento de amargura. Con la perspicacia de mujer y la intuicion de madre, doña Cecilia, aunque Jorge no se lo dijera, fácilmente comprendió que si éste habia sanado del cuerpo, habia enfermado del alma; es decir, que estaba enamorado de su prima. Como prudente y discreta, se guardó, sin embargo, de darse por entendida. Y bendiciendo á Dios, que le habia inspirado aquel precipitado viaje, no dudó de haber llegado á tiempo aún de conjurar el peligro.

Doña Luisa y su hija, que iban diariamente á visitar al convaleciente, al saber la llegada de doña Cecilia, por un sentimiento de dignidad suspendieron las visitas. La casualidad las habia reconciliado con Jorge; pero, dada la division y apartamiento de ambas familias, llevado á cabo con tenaz encono por tantos años, no sabian en qué disposicion de ánimo las recibiria doña Cecilia, cuyo carácter poco graciable y cuya sequedad presbiteriana no eran un misterio para ellas.

Al segundo dia de haberse juntado con su hijo, hallándole doña Cecilia melancólico y taciturno, quiso ver si con toda clase de precauciones y miramientos lograba sondear su corazon.

—Comprendo,—le dijo,—que estés fastidiado con tantos dias sin salir. Por fortuna, el médico ya permite que desde mañana empieces á pasear. Tomarémos un coche y darémos una vuelta por los alrededores. Así te irás fortificando, y dentro de ocho ó diez dias podrémos dejar este pueblo, al que no debes tener gran cariño, y del cual no has de guardar muy grato recuerdo.

—Seguramente, me ha ocurrido en él un accidente desgraciado; pero tambien hallé aquí el remedio..... y una asistencia, un interes, un desvelo que, justo es que lo diga, sólo con el vuestro, madre mia, puede ser comparado.

—¡Oh! no digo lo contrario, y yo les estoy á esas señoras muy agradecida. Y por cierto, con mi llegada parece que se han ahuyentado. Ellas, que venian á verte todos los dias.

—Es natural. Conmigo han hecho lo que les dictaba su corazon; lo que vos y yo hubiéramos hecho con ellas. Pero ya no las necesito, y un sentimiento de delicadeza las retrae de venir desde el momento que habeis llegado. Con las disensiones de nuestras familias, no estaria bien en esas damas prevalerse de lo que les debo para imponeros su trato.

—Es verdad; á mí me toca primero, y mañana, sin más tardar, iré á darles las gracias. Por lo que me has dicho, no dudo que seré bien acogida.

—¿Y cómo dudarlo? Mi tia es franca, sencilla y bondadosa. Mi prima..... vos la veréis; un dechado de perfecciones, un ángel.

Por esta conversacion doña Cecilia quedó persuadida de que el mal era más grave de lo que temió al principio; y en su mente resolvió poner cuanto ántes tierra y mar de por medio entre su hijo y Clara.

Al otro dia doña Cecilia se personó en casa de su concuñada, y la entrevista fué cortés en extremo, si bien exenta de cordialidad. Desentendiéndose naturalmente de todo lo pasado, no hablaron más que del contratiempo de Jorge, y á las urbanas frases de doña Cecilia contestaron que no habian hecho otra cosa que cumplir con un deber, y doña Luisa añadió con candidez que se alegraba del restablecimiento de Jorge, como si se tratára de su propio hijo.

Doña Cecilia no se retiró de su visita muy satisfecha. Habia visto de cerca á la sobrina, la habia oido hablar, la habia observado atentamente, y comprendiendo el influjo que aquella poética naturaleza debia ejercer en el alma de un jóven, volvió á su hogar triste y recelosa, aunque sin desesperar, en su orgullo, de salvar á su hijo del inminente peligro á que lo veia expuesto.

Al llegar á su casa:

—¿Qué tal, madre mia?—le dijo Jorge.—¿Qué impresion os han hecho esas señoras?

—No mala,—contestó friamente doña Cecilia. —Hacía muchos años que no veia á Luisa, y la he encontrado muy cambiada. Lo mismo dirá ella de mí. De Clara, no la conocia, y por una vez que la he visto no puedo juzgar. Es guapa; pero no llega á lo que ha sido su madre. ¿Y por qué lleva hábito? Esas jóvenes católicas todo lo materializan.....

Jorge se ruborizó ligeramente.

—Yo no se lo he preguntado,—contestó;—con todo, sospecho que es un voto que hizo por mi salud.....

Doña Cecilia frunció levemente las cejas, y se contentó con decir:

—¡Pobre muchacha!—cambiando luégo de registro.

XI.

Doña Luisa no tardó en devolver la visita, y aunque en ella se encontraron los dos primos, no reinó más cordialidad que en la anterior mencionada. Doña Cecilia, con su aspecto algo solemne, su grave cortesía y tono mesurado, hubiérase dicho que enfriaba la atmósfera, y en su presencia no era posible confianza ni abandono.

Con la llegada, pues, de doña Cecilia, las íntimas y estrechas relaciones que la bondad y la desgracia habian improvisamente formado entre Jorge y sus parientas empezaron á entibiarse. Jorge, delicado y convaleciente aún, estaba sujeto á un régimen severo; solamente le dejaban pasear á ciertas horas, y ni el médico ni doña Cecilia consentian que se excediese en lo más mínimo. En esta situacion no podia frecuentar el

domicilio de su prima; y si bien doña Luisa la llevaba siempre consigo cuando iba á verlo, se guardaba de menudear las visitas. Tales circunstancias parecian favorables á las miras de doña Cecilia, y acaso, con hábiles diversiones, evitando, sobre todo, que las cosas pasáran adelante, y apénas en disposicion de viajar, alejándolo de su prima, hubiese logrado sus fines, si un accidente casual, y poco importante en sí, no hubiera venido de improviso á avivar la pasion naciente de Jorge con el acicate de los celos.

Paseaba en coche, una mañana, con su madre, cuando en cierta parte del camino vieron venir á Clara á caballo servida por mister Morin; caminaban al paso, conversando tranquilamente, y ambos llevaban, ella en un ojal de la amazona, y él en la solapa, prendida una rosa encarnada. Los seguian á alguna distancia Mrs. Hartman, ya conocida de nuestros lectores, y un señor de sombrero y largas patillas grises, que generalmente la acompañaba.

Ciertamente nada tenía de particular que Clara pasease á caballo con su amiga Mrs. Hartman, ni que Mr. Morin la sirviese en aquel paseo; como no era tampoco para ser notado que ambos llevasen una rosa en el pecho. Pero Jorge, no bien percibió la pareja, se puso, sin que la emocion pasára inadvertida para su madre, rojo como una

amapola, quedándose luégo, poco á poco, pálido como un difunto. Al cruzarse con el coche, la gentil amazona y el apuesto jinete se acercaron un momento á preguntar á Jorge por su salud, y Jorge en su acalorada imaginacion creyó hallar doblez en la inocente pregunta de su prima, y sorna y bellaquería en las insignificantes expresiones de su amigo.

Doña Cecilia (y en esto no anduvo lista, pues excitando sus celos, fomentaba al mismo tiempo la pasion de Jorge) le dijo:

—No se puede encontrar á nuestras parientas sin tropezar con ese Mr. Morin. Como Clara es rica, tal vez le ande á los alcances.

—Puede ser,—dijo Jorge por toda contestacion.

El resto del paseo permaneció taciturno y distraido, respondiendo con monosílabos, si por acaso su madre algo le preguntaba.

La reflexion, sin embargo, hizo lugar al buen sentido, y con la alta idea que tenía de su prima y el poco concepto que el frívolo y botarate de Mr. Morin le merecia, no habiendo, por otra parte, advertido nada que motivára sus recelos en los dias que vivió en casa de su tia, acabó por convencerse de que las sospechas y temores que de pronto le habian asaltado no tenian sólido fundamento en que apoyarse. En todo caso, se pro-

puso ir al otro dia á casa de doña Luisa con objeto de apreciar mejor la verdad de las cosas y tranquilizar completamente su ánimo.

Como lo habia determinado, al dia siguiente se dirigió á casa de su tia, con cierta vaga zozobra, no obstante las sensatas reflexiones que se habia hecho á sí propio la víspera.

—Despues de todo,—se decia,—si la hallo con su madre, ¿cómo averiguar lo que deseo saber?..... Siempre algo podré sacar por la conversacion..... Diré pestes de Mr. Morin y veré el efecto que en la madre y la hija produce mi diatriba.

Absorbido en sus pensamientos y fantaseando sobre los medios más adecuados de cerciorarse de la verdad, caminaba con cierta lentitud, y ya próximo á la casa, ¡extraño azar de la fortuna! le pasó rozando un hombre, mozo de hotel por la traza, el cual llevaba en la mano un fresco ramillete, entre cuyas flores se veia colocada una carta. Al repararlo Jorge se detuvo un momento, dejando que se adelantára un poco, y palpitándole el pecho, lo siguió de cerca. Ambos llegaron casi al mismo tiempo á la puerta de doña Luisa; pero Jorge se echó á un lado, miéntras el portador del ramillete tocó la campanilla, y al criado que vino á abrirle le entregó su precioso depósito, con estas palabras:

—De parte de Mr. Morin, para miss Hiraldez.

El mensajero, ya con las manos vacías, al retirarse, echó una mirada de desconfianza á aquel *gentleman*, desconocido para él, que lo habia seguido y quedádose en observacion de lo que hacía. Jorge pasó algunos momentos perplejo y aturdido, sin saber qué resolucion tomar, y bajo el influjo de aquel impensado golpe, no siendo dueño de sí propio, y comprendiendo, ademas, lo ridículo de su papel, lo falso de su posicion en aquel asunto, se volvió triste y despechado á su hogar.

En esta disposicion de espíritu, y convencido ya de que su amor no era correspondido, no opuso resistencia al plan de su madre de alejarse de Saratoga lo más pronto posible.

XII.

Con objeto de despedirse, y tal vez tambien por ver si la casualidad le deparaba ocasion de hablar á solas con Clara, dos dias despues de la frustrada visita, á la hora que le pareció más favorable, Jorge se encaminó de nuevo á casa de su tia. Esta vez sin lentitud ni vacilacion, determinado á pasar por todo, y áun á arrostrar serenamente la presencia de Mr. Morin, si allí lo encontraba. Sin duda era una gran desgracia el haberse enamorado de su prima; pero ¿qué derechos le daba este sentimiento sobre el corazon de la doncella, ni sobre la libertad de Mr. Morin? Aquella pasion funesta, que la fatalidad habia encendido en su alma, en ella debia quedar encerrada, y extinguirse como habia nacido.

Al llegar á casa de su tia, preguntó si las señoras estaban.

—Doña Luisa ha salido; pero la señorita está y tendrá mucho gusto en recibirle,—le dijo oficiosamente el criado, é introduciéndolo en la sala: —Voy ahora mismo á avisarla.

La fortuna, pues, parecia serle ahora propicia, lográndosele el deseo de ver á solas á Clara.

Al entrar en la sala, lo primero que llamó su atencion fué el hermoso ramillete que él mismo habia visto traer dos dias ántes, y que, si bien ya algo ajado, todavía ostentaba sus hermosas flores en un gran vaso de cristal de Bohemia en medio de un velador. Lo consideró un momento con amargura, y se puso á hojear un libro ilustrado de los varios que ornaban la mesa. No tuvo tiempo de volver muchas páginas, pues muy luégo tornó el criado á decirle que la señorita estaba en el jardin y que allí le aguardaba; Jorge no se hizo esperar. Pasó al jardin y vió á su prima sentada en un banco, á la sombra de los árboles, teniendo en las manos una obra de tapicería. Apénas se acercó á ella, Clara se levantó, y dándole cordialmente la mano, se sentó de nuevo, haciéndolo él á su lado.

—¡Qué agradable sorpresa! Nos vemos ahora tan poco.....,—dijo ella, continuando su labor miéntras hablaba.

—Ya sabes el régimen que llevo; entre el doctor y mi madre me tienen esclavizado. Pero ya voy bien y he dispuesto darme de alta.

—No juegues con la salud; un poco de paciencia todavía, hasta que estés completamente restablecido.

—¡Oh! ya puedo soportar un viaje, y dentro de dos ó tres dias.....

—¡Cómo!—le interrumpió Clara suspendiendo su labor y mirándole con sorpresa,—¡tan pronto!

—¿Qué hago yo aquí? Y bien mirado, ¿qué te importa que me vaya ántes ó despues?

Clara se puso pálida y bajó con tristeza los ojos, continuando maquinalmente su bordado.

—Yo,—prosiguió Jorge,—os debo eterna gratitud. Me habeis salvado la vida, aunque no sé si hubiera sido mejor que me hubieseis dejado morir en el camino.....

—¡Qué idea!

—Y no podré olvidaros; pero tú, ¿qué otro recuerdo podrás conservar de mí que el del susto y las molestias que, á pesar mio, te he causado?

—¿Cómo puedes pensar tal cosa?

—¿Y por qué no? A tu edad, cuando se ama y se es amado, la vida es una senda de flores, y ebria el alma de felicidad, no se atormenta por ajenos pesares.

—Primo, no te comprendo. ¿Quién ama y es

amado? Ni ¿qué senda de flores es ésa, donde yo, triste de mí, no he puesto los piés todavía?

—No disimules, prima, y sé franca conmigo.

—¡Yo disimular!

—No me negarás que hay quien te galantea muy rendido, y que tú aceptas gustosa sus obsequios.

—Si no fuera por el tono con que me hablas, creeria que estabas de broma. ¿Cómo he de negar que hay jóvenes más ó ménos fatuos que en paseos y salones me importunan con tiernas miradas y necias lisonjas? Pero que yo admita sus obsequios, eso ya es otra cosa.

—¿No era fineza de ninguno de ellos là rosa que llevabas el otro dia prendida al pecho?

—¿Cuándo?

—Cuando nos encontramos.

—¿La rosa que llevaba en la amazona? Yo misma la cogí con mis manos en la quinta que fuimos á visitar aquel dia.

—¿Y el ramillete que recibiste anteayer acompañado de un expresivo billete?

—¡Ah! Déjame que me ria, primo. ¿El ramillete de Mr. Morin? ¿Y es ése el galan que me achacas? Vamos, yo creia que tenías de mi gusto más alta idea.... Justamente su dulce billete está escuchando la conversacion. Por no tener otra

cosa á mano, me sirvió ayer para devanar una madejilla de estambre.

Y cogiendo en el acto un ovillo, entre varios que tenía en un cestito de paja, le sacó del centro un papel plegado en muchos dobleces, que fué deshaciendo, y luégo se lo ofreció á Jorge, el cual, algo confuso y embarazado, rehusó tomarlo.

—Pues yo te lo leeré,—le dijo entónces Clara, —para que no pierdas este trozo de elocuencia amatoria.

«Amable miss Hiraldez: Espero que no habréis olvidado que ayer en la amena quinta, donde pasamos tan agradables horas, fuí batido al *cricket* por mister Halley, y que, segun convinimos, el que perdiese debia regalaros un ramillete de flores. Bendigo á la fortuna, que en esta ocasion, siéndome contraria, me fué tan propicia, pues me dió motivo, al solventar mi deuda, de expresaros, una vez más, los sentimientos de simpatía y afecto con que soy siempre vuestro admirador y buen amigo,—*Morin.*»

—Tienes razon,—repuso Jorge con mal contenida vehemencia:—no soy más que un pobre iluso. Mi espíritu calenturiento ve visiones por todas partes; pero eso consiste en que te amo ciego y..... tú, Clara, no tienes compasion de mí.

—¡Jorge, por Dios! ¡Qué locura!

—¡Sí, locura! la locura de amar á quien nos paga con indiferencia y desvío.

Clara fijó con expresion de angustia los ojos en su primo, y empezó á derramar lágrimas.

—¿Por qué lloras?

—¡Qué desgraciada soy! No, Jorge, no es indiferencia ni desvío; es que el deber me manda romper mi propio corazon y no dar alas á esa pasion funesta. De más sabes que ni tú puedes ser mio, ni yo tuya.

—¿Por qué? ¿Porque á nuestros padres se les antojó aborrecerse y entablar una lucha odiosa por unas cuantas yugadas de tierra?.....

—¡Oh! no me hables de eso. Si por mí hubiera sido, mi padre cediera desde el primer momento.

—Pues, entónces, ¿qué se opone?

—Se oponen el cielo y la tierra. Se opone tu familia, se oponen la mia, se opone que yo soy católica y tú protestante.

—¿Y qué, no es el mismo tu Dios que el mio, aunque le rindamos culto de diferente manera? ¿No es Cristo nuestro redentor? ¿No es el Evangelio su divina palabra? Oye en buen hora tu misa; yo cantaré mis salmos. ¿Crees tú que cuando yo le pida por tu bien y tú por el mio no le llegarán nuestras oraciones, si son puras y sinceras? ¿Son acaso una novedad las uniones entre católicos y protestantes?.....

Clara parecia que se iba dejando convencer.

—¿Y tu madre? ¿y la mia?—exclamó tras breve momento de pausa, y como oponiéndole ya una última barrera.

—A la mia yo la persuadiré. Haz tú lo mismo con la tuya. Clara, Clara, en tus ojos leo mi felicidad.

—No te confies, primo. Convencer á mi madre no es tan fácil como lo piensas. La conozco bien. Sin duda has conquistado su cariño. Su bello ideal sería, tal vez, poderte llamar hijo; pero en materias de religion no transige..... y mi padre es, ademas, tan obstinado como lo era el tuyo.

—¿No me amas?

—¿Y lo puedes dudar?—contestó Clara tendiéndole la mano, que él estrechó un momento entre las suyas.

—Pues, entónces, todo lo demas es ménos. Nuestras madres no han de querer vernos desgraciados..... Aunque tuviera que allanar montañas y luchar toda mi vida por alcanzarte no desistiria de mi empeño.

Este amoroso coloquio fué interrumpido por doña Luisa, que volvia de la calle, y á poco, llegando ademas otras personas, Jorge se retiró á su casa, seguro ya del amor de Clara y creyéndose el más feliz de los mortales.

XIII.

Doña Cecilia notó en seguida en el semblante de su hijo que algo de muy placentero debia haberle sucedido. Nunca habia visto tanta animacion en su fisonomía, tal brillo en sus ojos.

No obstante la determinacion de Jorge de revelárselo todo á su madre, confiado en su ternura, y áun arrostrando su enojo, al ver la faz grave y severa de doña Cecilia, donde parecia impreso el rigorismo presbiteriano, y al pensar en el afan con que desde niño lo habia educado en la aversion y desprecio á los católicos, sintió, como reo en presencia de inexorable juez, decaer su ánimo, y no halló en sí la fuerza necesaria para iniciar su explicacion. Despues de várias tentativas, al fin rompió por todo, y sin ambajes ni rodeos declaró á su madre, que lo oyó con más dolor que

sorpresa, el ciego amor que le habia inspirado su prima, y le refirió la escena del jardin, tal como entre ellos habia pasado.

Doña Cecilia levantó los ojos y los brazos al cielo, y con el semblante contraido exclamó:

—¡Esto me faltaba!

Luégo hizo á su hijo toda clase de reflexiones; le dijo que su padre no habria jamas consentido en semejante union; que partia de ligero y era sin duda víctima de una ofuscacion pasajera; que en tal enlace no cabian prendas de felicidad; que educacion, tradiciones de familia, creencias, todo era diverso y contradictorio entre ambos. Por último, le preguntó si su dignidad y su conciencia le dejarian consentir que sus hijos fuesen educados en el error de la idolatría romana.

Jorge contestó lo mejor que pudo á semejantes razones; lloró, abrazó á su madre, y manifestó un amor tan hondo y sincero hácia su prima, que doña Cecilia, bien á pesar suyo, se convenció de que el mal no tenía remedio.

En casa de doña Luisa pasó una escena análoga entre ella y su hija, escena que juzgamos ocioso describir. Baste saber que al cabo de una hora de encierro con su madre, Clara salió del cuarto muy agitada y llorosa, y que doña Luisa mandó llamar al punto al padre Anselmo. Éste, que se hallaba en su pabellon, se presentó

sin tardanza; y doña Luisa, dando órden á los criados de que no estaba en casa para nadie, se encerró con el Padre en su gabinete.

Ante aquellos preparativos y la inquietud que doña Luisa mostraba, sin esperar á que ella hablase, le preguntó alarmado qué era lo que ocurria.

—Padre, un mal que no tiene remedio,—respondió doña Luisa sollozando.

—Pero ¿de qué se trata?

—Se trata de un suceso que hubiera podido ser próspero y feliz, y que por las circunstancias que lo acompañan tengo que considerarlo como un gran infortunio y una terrible complicacion de familia. Figuraos, padre, que Clara y Jorge se aman ciegamente.

—De él no lo ignoraba.

—¿Os lo habia confiado?

—No precisamente; pero en la noche primera que lo velé, despues de su caida, no hizo más que hablar de su prima en el delirio de la calentura, y por la insistencia con que la mentaba y las rotas frases que proferia, fácil era comprender que la fiebre le sacaba á los labios lo que tenía escondido en el corazon. ¿Pero ella?.....

—Ahora he venido á saber que desde un principio le amó tambien. Yo quisiera que la hubiéseis oido. Dice que luchó cuanto pudo; que la primera vez que Jorge le habló de su amor trató

de disuadirlo, quitándole toda esperanza; pero él insistió en su empeño; volvió á pintarle con amargura su honda pasion, y al verlo tan desgraciado y considerarse ella la causa de su desventura, no tuvo fuerzas para violentarse más, y se declaró vencida. Ya veis, ya veis el turbion que se nos viene encima. ¿Y ahora qué vamos á hacer?

—El caso es grave y de complicada solucion; pero si se aman verdaderamente, tal vez no sea el infortunio tan grande como decis.

—¿Y las cuestiones de familia? ¿Y la diferencia de religion?

—Repito que el caso es grave; pero ¿qué no tiene inconvenientes en el mundo?..... La hoja del árbol no se mueve sin la voluntad de Dios, y es ciertamente pasmoso cómo se encadenan los sucesos humanos..... Su caida del caballo; nuestro inopinado encuentro con él, cuando yacia herido y privado de conocimiento; el recogerlo en vuestro coche y traerlo á vuestra casa; su curacion en ella; la intimidad que de aquí resultó entre los dos jóvenes; todo esto es tan lógico y ordenado, que más que efecto de la casualidad, parece obra de la Providencia..... Esa union pondria una vez término á odiosas disensiones de familia, y acabaria por fin esa malhadada pugna de intereses, que por tantos años convirtió en acerbos enemigos á los que por ley de Dios y de la san-

gre debieron siempre amarse como hermanos.

— Padre, ¿y la diferencia de religion?

—En eso justamente, doña Luisa, estriba la séria dificultad de este asunto. Conozco las virtudes de Clarita, y sé cuán profunda é inquebrantable es su fe católica; pero ignoro hasta qué punto ha penetrado el error en el alma de vuestro sobrino..... No sería el primero de su orgullosa secta que hubiese abierto los ojos á la luz de la verdad. Y lo que tal vez no se obtuviera con razones y argumentos, ¿quién sabe si el amor está llamado á realizarlo?

—¡Cómo! ¿Vos, un sacerdote católico, me aconsejariais que entregase á mi hija á un protestante?

—Yo no aconsejo nada. Mas en el caso de que el mal fuera inevitable, y segun me presentais las cosas, no tiene remedio nuestro, deber sería tentar lo imposible para convertirlo en bien, y yo jamas he desconfiado de la misericordia de Dios.

—Vaya, Padre, ¡lo tomais de un modo!..... ¿Y si esas esperanzas no se lograsen al fin? Y si el jóven, obstinado como lo era D. Blasco, ó bien supeditado por su madre, no tiene brío ó le falta luz para abjurar sus errores, y, esto no obstante, se empeñan en casarse, ¿se prestará él á que los hijos se eduquen en la fe verdadera?

—No sé adónde llega su fanatismo presbite-

riano; él, sin embargo, es vivo ejemplo de que las madres, y no los padres, son los que forman el corazon de los hijos. Ademas, que ese punto se concierta y fija de antemano en los matrimonios mixtos..... Ni por obcecado que estuviese pretenderia reservarse la educacion religiosa de la prole : tanto fuera como renunciar al mismo casamiento. Aun sin esa condicion, ya sería harto difícil obtener de Roma la especial dispensa que su doble carácter de primo y protestante requiere. ¡Quién sabe, doña Luisa, quién sabe si Dios no se compadecerá todavía de nosotros, y derramará en el alma del pobre jóven el resplandor de la gracia!

—A pesar de lo que Clara me ha dicho, yo no puedo creer que doña Cecilia consienta..... Y luégo, ¿cómo lo va á tomar mi marido?

— Por mucho que el caso le contraríe, ¿qué ha de hacer? Si no puede disuadir á Clarita, cederá al fin; para él la felicidad de su hija es lo primero; y, personalmente, nada tiene contra el sobrino. Ademas, que ya está viejo y cansado, y es de suponer que viese con gusto el término de pleitos y afanes.

Despues de esta conversacion, doña Luisa quedó, al parecer, más tranquila, y decidió esperar los sucesos para obrar en consecuencia, contando siempre con el consejo de D. Anselmo, en cuya virtud y sabiduría tenía la mayor confianza.

XIV.

Al dia siguiente, muy de mañana, doña Luisa recibió una carta de doña Cecilia, pidiéndole una entrevista, á solas, para tratar de un negocio muy importante. A la cual doña Luisa contestó que se quedaba en casa á su disposicion todo el dia, y que á cualquier hora podia venir, sin temor de que nadie la disturbase.

La una de la tarde sería cuando doña Cecilia se presentó en el domicilio de su concuñada, y la conferencia que entre las dos señoras, tan diferentes en ideas, condicion y sentimientos, tuvo lugar, merece ser conocida.

Doña Cecilia, aunque algo pálida, entró con aspecto reposado y frio. Doña Luisa, con ménos dominio sobre sí, la recibió con visible agitacion.

—Ya veis, amiga mia,—dijo doña Cecilia ex-

cusando rodeos,—el mal paso en que nos encontramos. Una verdadera desgracia. Nuestros hijos se han vuelto locos. La union que intentan contraer va á ser triste y doloroso remate de las funestas disensiones de ambas familias.

—Por mi parte,—dijo doña Luisa,—siempre he sido ajena á esas cuestiones y las he deplorado con todo mi corazon.

—Ya lo sé: conozco vuestros nobles sentimientos, y creo que, igualmente, haréis justicia á los mios. Pero no se trata ahora de eso. Si yo no miráre más que la cuestion de intereses, y creyera que la felicidad consistia en los bienes terrenos, holgárame con la idea de ese matrimonio. El asunto es más elevado, como todo lo que toca al espíritu y á la conciencia. No creo que sean para vos un misterio las doctrinas religiosas de que mi hijo hace gala, tan contrarias á las que profesa vuestra hija. ¿Juzgais posible acaso la fusion de dos almas que tienen fe distinta y dogmas opuestos? Cuando pase la juvenil efervescencia de tan irreflexivo amor, y serena la mente, en calma los sentidos, se separen á la puerta del hogar, para correr la una á su templo católico, el otro á su iglesia evangélica, Clara se irá pensando que su marido es un hereje; Jorge, que su mujer es una idólatra. Y quiera el cielo que en cualquier rencilla doméstica tales pensamientos no tomen la

forma de la palabra, y la lengua los revele, porque entónces se acabó para siempre la paz del matrimonio: las contiendas de religion sólo se extinguen con la vida.

—Terrible es el cuadro que me presentais.

—¿Pues dónde me dejais la educacion de los hijos? ¿En qué religion van á ser adoctrinados?

—Aunque extremais un poco vuestras razones, harto comprendo los graves inconvenientes de semejante union. Os hablo con franqueza; vuestro hijo me inspira la mayor simpatía. Desde que lo vi en mis brazos casi cadáver, y con la ayuda de Dios lo volví á la vida, siento por él una especie de cariño, que tiene algo de amor maternal. Mi única pena es que no sea católico; porque, sin esta circunstancia..... ¿á qué lo he de ocultar? sería el marido que yo hubiera soñado para mi hija.

—A mi vez os diré que si mi sobrina fuera protestante.....

—¡Dios la libre!—exclamó doña Luisa.—Pero, en fin, ¿qué objeto os trae? ¿qué quereis que se haga?

—Mi objeto es, así se lo he prometido á Jorge, pediros para él la mano de vuestra hija. Ya lo sabeis; y en este punto mi comision está cumplida.

—¿Y lo que quereis es que yo os la niegue?

—No tal: eso nada nos adelantaria. Quiero, al contrario, que me la concedais; pero con tales

cortapisas y dilaciones, que den lugar á que la razon recobre sus fueros en la cabeza acalorada de esos infelices amantes. Quiero que las dos madres caminemos de acuerdo, y que sin oponernos de frente á los deseos de nuestros hijos, hagamos de manera que nunca lleguen á realizarse.

—¿Y si nuestros esfuerzos resultan inútiles?

— Entónces, con la tranquilidad del deber cumplido, nos someterémos resignadas á los arcanos designios del que todo lo sabe y todo lo puede.

—¿Y cómo nos hemos de manejar?

—Es muy sencillo. En primer lugar, os teneis que poner de acuerdo con vuestro marido, cuyo sentir en tan grave asunto ignorais todavía. Luégo, por no apenar á vuestra hija, llevados de ciega ternura, prestais vuestro consentimiento; pero como no se os ocultan los gérmenes de division que encierra un matrimonio en el cual los cónyuges profesan diverso culto, y los padres deben proteger á sus hijos contra un momento de ofuscacion y arrebato, poneis por condicion precisa para la celebracion de ese enlace que los novios han de vivir separados lo ménos dos años, á fin de que, á solas con su conciencia, sin presion ni influjo de ninguna especie, puedan volver sobre sí, ó bien ratificarse en su empeño. Por grande que sea la aficion que se tengan, en dos meses no más que se conocen, no debe haber echado hon-

das raíces, y no hay disolvente para el amor como el tiempo y la distancia.

—El consejo me parece prudente y estoy dispuesta á seguirlo. Clara acaba de cumplir diez y nueve años, y Jorge no tiene aún veintitres: bien pueden esperar todavía. Tanto más, que la dispensa de Roma, por pronto que se pidiese, tardaria más de un año en ser concedida.

—Y áun más de dos, si sabeis manejaros..... ¡Primo y protestante!

—Pero de nada servirá que yo haga todo lo que deseais, si Jorge se obstina en seguir á Clara con el derecho que le dé su calidad de novio aceptado.

—Una vez que no se le niegue la mano de su prima, la condicion de no verla en dos años, aunque dura, le parecerá natural que se le imponga. Ademas, que hace tiempo tenía proyectado un viaje á Inglaterra con objeto de liquidar con una compañía mercantil, en la cual tuvo participacion su padre. Si su plan es casarse, justo es que ántes arregle sus negocios y ponga en órden sus cosas. Así, la dispensa por un lado, y la liquidacion en Lóndres por otra, me parecen dos excelentes motivos para aplazar indefinidamente el matrimonio, sin que puedan sospechar de nuestras intenciones. Lo que importa es ganar tiempo.

XV.

El plan empezó á ejecutarse como se habia convenido, y Clara y Jorge, sostenidos por la esperanza, se sometieron resignados á la acerba condicion que se les imponia. Llegó Setiembre desapacible y frio; hubo que dejar á Saratoga, y los pobres novios, con vivos extremos de pesar, se separaron al fin, jurando amarse hasta la tumba.

Segun lo concertado, Jorge debia volverse á Méjico, para desde allí, más adelante, emprender su viaje á Inglaterra; y D. Anselmo, despues de acompañar á doña Luisa y á su hija á la Habana y descansar un poco, se embarcaria tambien para Europa, encargado por la familia de agenciar en Roma la concesion de la dispensa.

Si D. Eugenio era el padre de Clara, segun la naturaleza, D. Anselmo puede decirse que no lo

era ménos segun el espíritu. Él fué quien, apénas nacida, regeneró su sér en la fuente del bautismo; él, cuando niña, mil veces la habia tenido en sus brazos y enjugado sus lágrimas infantiles; él la habia instruido en los divinos misterios, y ornado ademas su viva inteligencia con útiles y variados conocimientos; él, sobre todo, habia hecho de su noble corazon un dechado de virtudes cristianas. ¿Qué mucho que el buen sacerdote la considerase como su propia hija y no la amase ménos tiernamente que el mismo D. Eugenio? La única preocupacion mundana de D. Anselmo era el porvenir de Clarita, y su mayor anhelo, verla un dia esposa feliz y madre reverenciada. Así se explica que él, tan igual y sereno generalmente, que parecia llevar en el rostro la paz de su conciencia, no bien estuvo planteada la cuestion del casamiento de los dos primos, empezó á sentirse poseido de indefinible desazon y extraño desasosiego. Alma llena de amor y caridad, deploraba amargamente que un jóven de las prendas de Jorge se hallase perdido en las tinieblas de la herejía, y todo su afan, desde que por tan inesperada manera trabó conocimiento con él, era atraerlo, ganando suavemente su voluntad é iluminando su razon, al camino de la fe verdadera. Si no podia jactarse de haberlo conseguido, el desvelo que mostró por el jóven en su peligrosa dolen-

cia, y el vivo ejemplo de su abnegacion y evangélica mansedumbre, algo labraron en el ánimo del mancebo; obligáronle, cuando ménos, á realzar en su mente el mezquino concepto que tenía formado del sacerdote católico. Don Anselmo, en su sencilla modestia, no podia dar importancia al influjo de las propias virtudes; pero, á más de edificar con el ejemplo, habia aprovechado con sumo tacto las ocasiones que el mismo Jorge, con su tendencia mística y su amor á la controversia, le prestaba, para arrojar en su corazon la buena semilla; y, dada la generosa tierra en que habia caido, no desesperaba de que tarde ó temprano fructificase, como diariamente se lo pedia á Dios. Si alcanzaba su objeto, y acaso contribuyese á que lo alcanzára el vehemente amor del mozo á una católica tan perfecta como su prima, ¡oh! entónces ¿qué más podia desear, ganada un alma al cielo, y asegurada en el mundo la dicha de Clara? Pero si al fin el matrimonio se llevaba á cabo sin que la conversion de Jorge se efectuase, en ese caso, aparte de la honda pena que le causaria la idea de que su cara alumna no fuese feliz, le quedaria el escozor, tal vez el remordimiento, de no haber hecho cuanto estaba en su mano para impedir semejante union. Horas enteras pasaba el Padre absorbido en esas tristes cavilaciones.

—Señor,—dijo un dia con la hostia consagrada

en las manos,—Tú fuiste mediador entre el cielo y la tierra, y te inmolaste en la Cruz para salvar á los hombres. Hiéreme, Señor. Acepta el sacrificio de mi inútil vida en rescate de su alma.....

XVI.

Hacía más de cuatro meses que la familia de D. Eugenio habia vuelto á Cuba, y apremiado por las súplicas de Clara, por las reiteradas misivas de Jorge, y hasta por las exhortaciones de doña Luisa, inquieta al ver que su hija desmejoraba de dia en dia, el padre Anselmo se resolvió á emprender el proyectado viaje, fijando su partida para el 4 del próximo Febrero. No fué arbitrario ni caprichoso en él fijar la indicada fecha, sino que á ello lo determinó una carta de Jorge, en la cual se expresaba de este modo:

. . . .

«Puesto que habeis de embarcaros para Europa á principios de Febrero, y yo hácia la misma época me preparo tambien á atravesar el Atlántico, ¿no podriamos concertarnos y hacer juntos tan

18

largo viaje? Ya sabeis cuánto os aprecio y quiero, y cuanto me place vuestra compañía. Si acogeis mi idea, contestadme en seguida. Ya comprenderéis que mi mayor deseo sería ir á la Habana á buscaros; pero vedándome un compromiso duro y cruel presentarme á la que es dueño de mi corazon y será un dia mi adorada esposa, tomaré en Veracruz el vapor que, sin tocar en Cuba, hace escala en San Thomas, y allí esperaré vuestra llegada, pues si os embarcais, como creo, en uno de los hermosos buques de la Compañía Trasatlántica, habréis precisamente de recalar en aquel puerto. ¡Qué dicha para mí abrazaros entónces y proseguir juntos la navegacion hasta Europa! Estoy seguro de que Clara aprobará mi pensamiento. A bordo nos ayudarémos mutuamente y hablarémos de todo, particularmente de ella..... ¡Qué ilusion la de nuestras familias, creer que por dos años de separacion vamos á olvidarnos!

Quos Deus conjungit homo non separet.»

. . . .

El padre Anselmo aceptó desde luégo la proposicion, y calculó su viaje de modo que el encuentro se verificase.

—¡Juntos diez y ocho ó veinte dias en el mar! ¡Quién sabe,—se decia,—si en ese tiempo no hallaré propicia ocasion de alcanzar la victoria! ¡Quién sabe si bajo las estrellas del firmamento,

en presencia del inmenso Océano, no será mayor la luź de su espíritu, más eficaz y persuasiva mi lengua!

Don Anselmo, como lo habia dispuesto, se embarcó el 4 de Febrero en el *Hudson*, magnífico vapor de la Compañía Trasatlántica, que tocando en San Thomas seguia luégo su derrotero á Saint Nazaire, término de su viaje.

Jorge, que esperaba en San Thomas el arribo del *Hudson*, apénas lo vió aparecer, empezó á agitar el pañuelo desde el muelle, y, no bien echada el ancla, le faltó tiempo para trasladarse á bordo. Don Anselmo, que, aparte del acendrado afecto que le tenía, abrigaba los altos designios que el lector sabe, lo recibió paternalmente en sus brazos con honda emocion. Y el jóven protestante ¡extrañas vicisitudes de la suerte! se mostraba vivamente satisfecho de haberse vuelto á reunir con el austero sacerdote católico. Y es que, á más de la gratitud que le debia, parecíale descubrir en él algo del sér interno y moral de su amada. Y ¿qué mucho que hallase misteriosas analogías entre dos seres al parecer tan distintos? Don Anselmo habia formado el corazon é iluminado la conciencia de Clara, y ahora mismo, confidente y depositario del amor de la doncella, sin otro anhelo que santificarlo, débil, enfermo, sacrificándose al ajeno bien, y tal vez en ansiosa lucha

consigo propio, emprendia aquella penosa navegacion, con el único fin de allanar las sérias dificultades que se oponian á la union y felicidad de ambos primos.

Sucede en esos largos viajes por mar, hechos entre mucha gente (y los pasajeros del *Hudson* no bajaban de 300), que, segun las nacionalidades, las simpatías, los gustos y aficiones, la casual vecindad del camarote ó la mesa en que han puesto nuestro cubierto, se forman distintos círculos, dentro de los cuales, merced al roce diario y al trato frecuente, vivimos como en familia los dias que dura la navegacion. Y si hay un rayo de sol y el tiempo es bonancible, la nave toma en seguida el aspecto de una ciudad flotante en la bulliciosa animacion de un dia de fiesta. Allí se come, se bebe, se charla, se fuma, se juega, se canta, se toca el piano, y áun á veces se baila. Las damas se componen y aderezan, y no perdonan ocasion de lucir dijes y perifollos, y jóvenes Tenorios y áun trasnochados Lovelaces se deshacen con ellas en rendimientos y galanteos. Los hombres graves hablan entre sí de negocios, ó tratan de política, arreglando el mundo á su albedrío. Y se urden intrigas amorosas, se fantasean proyectos, se forman conexiones, y nuncan faltan, para sazonar el cuadro, chismes picantes y maliciosas anécdotas, solaz y entretenimiento de los viajeros. Por de

contado que todos esos lazos que ata el espíritu de sociabilidad y la fortuita reunion de diversas personas en el estrecho recinto de un barco, no obstante las recíprocas finezas y mutuos ofrecimientos y los cambios de tarjeta, no duran más que lo que tarda la nave en llegar al puerto; y cada cual, apénas pone el pié en tierra, gira por su lado adonde le llaman sus aficiones ó sus intereses. Las personas no vuelven por lo comun á encontrarse, y á lo sumo se acuerdan unas de otras como de las imágenes de un sueño.

Como la mayoría en esos barcos suele ser inglesa y norte-americana, y por lo tanto protestante, nunca falta algun ministro de la religion reformada que convierta, el domingo, la cámara de popa en iglesia, y celebre el oficio divino con lectura de la Biblia y alguna plática. Y en esta ocasion el que desempeñaba la cura de almas con fervoroso celo era el reverendo pastor mister Newman, hombre excelente, si los hay, que con su cara mitad, fresca matrona de cuarenta y cinco años, y dos sentimentales miss, tiernas y sonrosadas, pimpollos nacidos de tan santa y feliz union, se dirigia á Inglaterra á recoger la herencia de un tio suyo.

Jorge, apuesto y cortés, y con todas las circunstancias que atraen á los demas, aunque parecia algo soñador y abstraido, tal vez por esto mismo

interesaba á todos y era simpático en extremo á cuantos, por un motivo ú otro, trababan con él conocimiento. Las damas, particularmente, se holgaban de su trato y conversacion. Mister Newman, que habia sido muy amigo de su tio mister Fernel y conocido á su madre, desde el momento en que supo quién era, se acercó á él, y en tono paternal le habló de aquellas antiguas relaciones con su familia, le ofreció su amistad y sagrado ministerio, y á renglon seguido lo presentó á la esposa y á las amables niñas. Eran las dos excelentes músicas, y una de ellas, la menor, se hallaba dotada de una voz de mezzo-soprano de bastante extension y buen timbre. Ambas se esmeraban en ser agradables al jóven viajero, y á la más leve indicacion lucian sus habilidades en el piano y en el canto. El respetable papá, por su lado, le proponia partidas de ajedrez, que, cuando más empeñadas estaban, Jorge solia perder por alguna de sus frecuentes distracciones.

Pero no obstante esos testimonios de simpatía y deferencia, Jorge esquivaba el bullicio y la elegante animacion de la popa del barco, y á menudo se iba á buscar al padre Anselmo, que llevado de su evangélica humildad, habia tomado pasaje en la cámara de proa. A la caida de la tarde particularmente, como atraido por irresistible iman, juntábase con él, y ambos paseaban sobre

cubierta hasta ya entrada la noche, hablando siempre de lo mismo, es decir, de Clara, que era el perpétuo y único asunto de sus conversaciones.

—¿Y creeis, Padre,—le dijo un dia,—que el obtener la dispensa será negocio largo?

—Seguramente las cosas no irán tan de prisa como vuestro deseo.

—El caso no es tan extraordinario. En satisfaciendo los derechos..... Todos los dias vemos casamientos entre primos y entre disidentes en religion.

—No lo niego; mas las dos cosas juntas han de hacer muy ardua y laboriosa mi gestion. Los que pertenecen á vuestra secta piensan generalmente que en Roma todo se consigue con dinero, y fijándose en hechos aislados, tomando la excepcion por la regla, confundiendo el abuso ó la debilidad de los hombres con las mismas instituciones, tienen que sacar consecuencias absurdas. No digo yo que vos penseis así; pero de esta manera suelen argumentar los enemigos de la Iglesia. No; en Roma no se consigue todo con dinero, y no hay oro bastante que pueda evitar que la *Dataría Romana* examine con el mayor cuidado el fundamento en que vuestras preces se apoyan, y pese y calcule las ventajas é inconvenientes de vuestra union. El lazo del parentesco no ofreceria grandes dificultades, y la dispensa sería fácil de

obtener si no se tratase, ademas, del casamiento de una católica con uno que no lo es, lo cual implica la idea de dualismo y separacion en los que deben estar unidos en la carne y en el espíritu. En esos enlaces el matrimonio cristiano pierde su elevacion y grandeza. Vos mismo debeis confesar que es imperfecta y hasta contradictoria una union en que convergen los corazones y se separan las almas..... ¿Y las consecuencias? ¿Qué garantías puedo yo dar de que los hijos serán educados en la religion de la madre?

—Estad seguro de que no incomodaré á Clara en ese punto. Ella hará lo que quiera, y mis hijos, si Dios me los concede, cuando tengan formada su razon, optarán con entera libertad por una ú otra iglesia.

—Solo apoyándome en esos sentimientos y dando toda clase de seguridades, como sacerdote católico, podré recabar la dispensa. Mas, aunque al fin se alcance, no os forjeis la ilusion de que va á ser inmediatamente concedida.

Al recogerse despues Jorge en su camarote, recapacitando su conversacion con D. Anselmo, se decia á sí propio:

—Este hombre es admirable. Diríase que evita contrariar mis creencias. Sólo habla de religion para defenderse cuando yo le ataco, y sin embargo, la fuerza de sus convicciones debilita las mias, y

con su sencillez, su mansedumbre y su fervorosa caridad trastorna mis sentimientos y se apodera de mi corazon.

Una semana de viaje, ó poco ménos, llevaban ya desde que zarparon de San Thomas. La mar, que durante el dia habia estado asaz alborotada, merced á un fuerte viento nordeste que en las últimas veinticuatro horas no habia cesado de reinar, acompañado de fuertes chubascos, al llegar la tarde se fué calmando, y serenada la atmósfera y despejado el cielo, el sol, con todo su brillo y majestad, se fué sepultando en la inmensidad del Océano. Aprovechando lo suave de la temperatura, la mayor parte de los pasajeros estaban sobre cubierta, paseando los unos, otros departiendo alegres en diversos grupos. Segun los marinos, el tiempo parecia asegurado y todos se prometian un viaje próspero y feliz. A medida que el sol se ponia, fué apareciendo la luna, hasta mostrarse en todo su esplendor. La noche vino clara y diáfana. El mar, como un lago, reproducia el tachonado firmamento; y á no ser por la fosfórica estela que dejaba la nave, hubiérase dicho la continuacion del espacio. Las señoras, por miedo del relente, y tras ellas muchos caballeros, bajaron á la espaciosa cámara, donde, como de costumbre, se formaron diversos centros. En unas mesas se organizaron partidas de whist; en otras se jugaba

al ajedrez, al dominó ó á las damas, y la animacion era general. Los *dilettanti*, entre los cuales se hallaba el pastor Mr. Newman y sus bellas hijas, rodearon el piano, improvisándose una especie de concierto. Se tocaron várias piezas, y un jóven italiano de hermosa voz cantó várias romanzas, cautivando al concurso. Jorge se paseaba sobre el puente, solo y abstraido, sin que la música lo sacára de su enajenamiento, cuando, de pronto, se paró junto á la linterna de la cámara, uno de cuyos cristales se hallaba alzado para renovar el aire, prestando atento oido á la cancion que, con gran sabor local, entonaba el italiano:

« Sul mare luccica
L'astro d'argento,
Placida è l'onda
Prospero il vento:
Venite a l'agile
Barquetta mia,
Santa Lucia, Santa Lucia. »

Esta cancion le trajo á la memoria la tarde en que, convaleciente aún, se la oyó cantar á su prima, y la escena que siguió despues, cuando subyugado por la magia de su voz y por todo el hechizo de su persona, no pudiéndose ya contener, le reveló su amor.

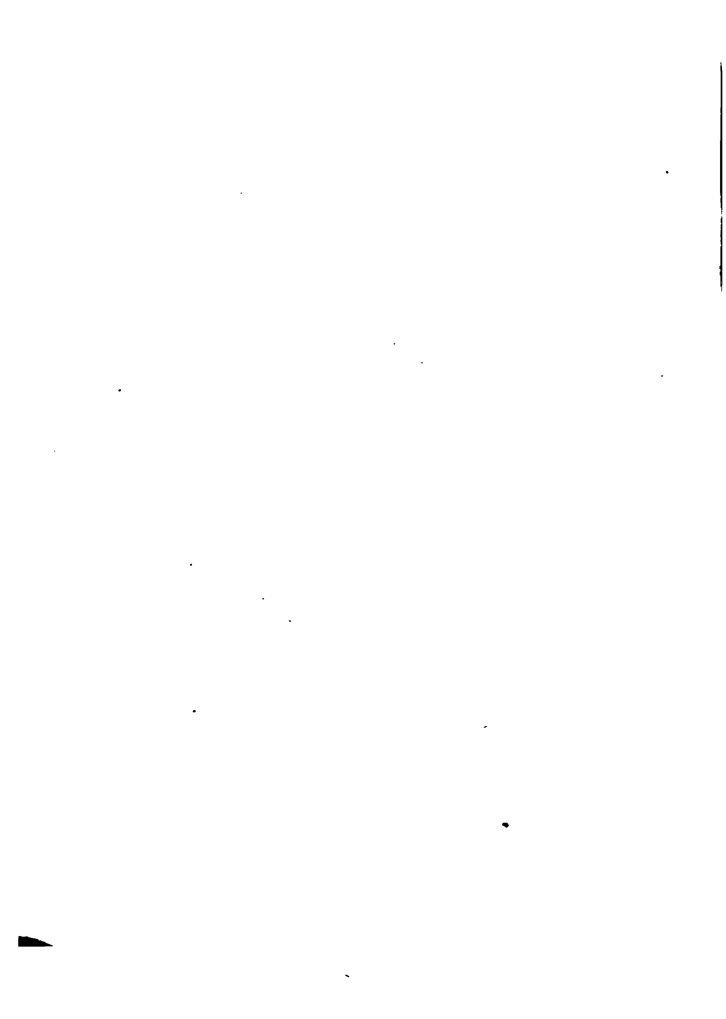
No bien acabó el italiano la barcarola, el audi-

torio lo recompensó con una salva de aplausos, y Jorge, muy conmovido, sintió la necesidad de desahogar su corazon hablando de su amada, y se dirigió al otro extremo de la nave en busca del padre Anselmo. Despues de algunas vueltas entre los mil obstáculos que embarazan el paso en la parte de proa, dió al fin con el Padre; pero en tal disposicion, que no se atrevió á disturbarlo. Sentado en un escabel cerca del antepecho, con la cara vuelta al mar y en actitud devota y recogida, pasaba entre los dedos las cuentas de su rosario. Al verlo, Jorge se paró á cierta distancia y lo contempló un momento. La luna iluminaba su dulce y austero semblante, sus negros ojos brillaban con extraño fulgor, su mirada parecia perderse en lo infinito.

—¡Hombre extraordinario!—dijo Jorge para sí.—Volveré más tarde.

Al cabo de media hora volvió, en efecto; pero ya no halló al Padre, y pensando que se habria recogido, á poco se fué él tambien á seguir su ejemplo.

En la cámara de popa no quedaba ya nadie; cada cual habia ido á buscar su camarote; las luces estaban apagadas, y, salvo el monótono y acompasado ruido de la máquina, todo yacia en profundo sosiego.



XVII.

Trascurrido habia la mayor parte de la noche sin novedad alguna. Media hora más, y rayaba el dia. De súbito una detonacion interior, rápida, violenta, estremeció toda la nave, que cesó de andar, oyéndose hácia el centro de ella extraño y confuso estruendo. A estos siniestros indicios vino á agregarse, aumentando el pavor y la alarma, la campana de á bordo fuertemente agitada. No cabia duda ni vacilacion; algun terrible accidente acababa de ocurrir, y el *Hudson* se veia en grave peligro. Pocos minutos despues, todos los pasajeros se hallaban sobre cubierta; algunos medio desnudos, las mujeres con niños en brazos, las familias tratando de reconocerse y de unirse. A la luz de los faroles, que el capitan habia hecho encender para aminorar la confusion, aparecia la

gran chimenea, como negro gigante fulminado, terciada sobre el puente, entre los despojos de la obra muerta, que habia hundido en su ruina.

—¿Qué sucede? ¿Qué sucede?—se preguntaban, despavoridos, unos á otros.

No bien descubrieron al capitan, que andaba, con su segundo, de una parte á otra, tomando las más urgentes disposiciones, le rodearon en tropel con gritos y clamores. El bravo marino se subió entónces sobre un tambor del barco, para que todos lo oyesen mejor, y les habló en estos términos, con actitud serena y voz firme:

—No debo ocultaros que nos hallamos en gravísimo riesgo. Lo que sucede es que ha habido una explosion en la máquina, que ha costado la vida á los que la servian, y que por efecto del destrozo causado en lo interior de la nave, se ha declarado una vía de agua que ha apagado los hornos y nos va anegando la cala. ¿Quiere esto decir que no haya esperanza de salvamento? De ninguna manera. El agua nos invade; pero las bombas no cesarán de funcionar, y por mal que vayan las cosas, más de una hora podrémos sostenernos á flote.

Un grito de terror se escapó de todos los pechos.

—No hay que perder la razon,—añadió el capitan.—Del órden, de la sumision á mis manda-

tos y de la serenidad de los pasajeros dependerá que las personas se salven, ya que la nave ha de perderse sin remedio. El mar, por fortuna, está como un lago, y los botes son fuertes y capaces. Las mujeres, los viejos y los niños entrarán en ellos. Para los demas harémos con tablas una balsa, en la cual podrémos esperar que alguna embarcacion nos recoja. Ahora, que nadie me detenga ni me interrumpa; no tengo instante que perder, y, sobre todo, órden, calma y sumision á lo que yo disponga.

Despues de estas palabras se hizo un silencio profundo, y el capitan, seguido de varios pasajeros que desde luégo se ofrecieron á ayudarle, se fué á dirigir los trabajos que el terrible trance exigia.

Miéntras unos daban con vigor á las bombas, otros con hachas y martillos echaban abajo la obra muerta, ó preparaban cuerdas para ensamblar los tablones. Al mismo tiempo se disparaban cohetes y se encendian luces de Bengala en demanda de socorro. El capitan se multiplicaba, dando aliento á los flacos de corazon su entereza y actividad. Por desgracia, en medio de la faena, y cuando todos esperaban resignadamente, y más ó ménos confiados, el término de aquella angustia, el palo mesana se vino abajo con estrépito, hiriendo gravemente á dos hombres de mar y á varios pasaje-

ros; y para colmo de desdichas, se supo que la violenta crecida de las aguas habia anegado las bombas, siendo inminente la pérdida del barco. Desde este momento cesaron el órden y el silencio que hasta entónces habian reinado, y todo fué gritos, lamentos, invocaciones al cielo y espantosa confusion. Los pasajeros tumultuariamente se precipitaron á los botes. El capitan y el segundo, dejando el trabajo de la balsa, se lanzaron, revólver en mano, á defenderlos y á hacerse obedecer. El dia empezaba á clarear; el viento, en calma; el mar, terso y azul. En el vago horizonte se descubria el penacho de un barco de vapor. Acaso habria advertido las señales y acudia á socorrer la nave necesitada.

—Primero,—dijo el capitan con voz estentórea y ademan resuelto,—las mujeres y los niños. Si en cada bote entran más de cuarenta personas, todos perecerán.

Pero el bravo capitan no podia estar en todas partes, y como los marineros lo secundaban mal, aflojados con el peligro los lazos de la disciplina, y el sentimiento de la propia conservacion es superior á todo miramiento, dos de las lanchas fueron asaltadas por toda clase de personas, teniendo por fortuna los invasores la precaucion de soltar el cabo que las sujetaba á la escala ántes que el desproporcionado peso las hiciese zozobrar.

El reverendo Mr. Newman, que comprendió desde el principio toda la gravedad del terrible siniestro, como tierno padre y excelente esposo, en otra cosa no pensó que en las prendas queridas de su corazon, y con toda la energía de su alma se propuso salvarlas; así, desde la rotunda declaracion del capitan, su única idea fueron las lanchas; y colocándose sin perder tiempo, con su esposa é hijas, cerca de la compuerta de babor, infundiéndoles ánimo, llevándolas por delante y protegiéndolas con su cuerpo de los que atropellaban, fué de los primeros que bajaron la escala, y tomó puesto en un bote con su atribulada familia. Y no todos, por cierto, lograron igual ventaja. Sin contar la tripulacion, habia cerca de 300 pasajeros, y seguramente no llegaban á 200 los que habian logrado meterse en las lanchas; y para eso una de ellas apénas podia mantenerse á flote con la gente que llevaba, y á cualquier movimiento estaba expuesta á tragar agua é irse á pique.

Los marineros trabajaban con ardor en arrancar la obra muerta, á fin de procurarse en aquellos despojos algun medio de salvamento; y de los pasajeros, algunos se adaptaban con toda premura los salva-vidas (1) que habian tenido la pre-

(1) Cintos huecos de materia impermeable que, henchidos de aire, sirven para sostenerse á flor de agua. Los hay de várias especies y hechuras.

caucion de traer consigo; los demas, unos permanecian mudos y consternados; otros, puestos de rodillas, con los ojos levantados al cielo, murmuraban una plegaria.

Jorge, que ni siquiera habia intentado ir á disputar á los débiles un sitio en las lanchas, apoyado al antepecho de la nave, contemplaba con melancólica resignacion las tristes peripecias que á su vista se ofrecian; y pensando en aquel momento supremo en su madre y en su amada, sintió oprimírsele el corazon y no pudo contener las lágrimas. La presencia del padre Anselmo, al cual ántes habia buscado en balde, lo sacó de aquella angustia del ánimo, y al percibirlo, se pasó la mano por los ojos, como vergonzoso de mostrar aquella señal de flaqueza.

—Jorge, ya ves,—le dijo el padre Anselmo, tuteándole por la primera vez de su vida, como si fuera un padre que se dirigiera á su hijo,—ya ves el peligro en que nos encontramos. ¿Por qué no has procurado entrar en uno de los botes?

—No hubiera sido digno de mí prevalerme de mis puños para lograr puesto en ellos. Antes que yo estaban las mujeres, los viejos y los niños.

—Es verdad. ¿Y sabes nadar?

—No, desgraciadamente.

—¿Y no tienes siquiera un salva-vida?

—Lo tenía; pero no creyendo necesitarlo, lo

dejé en mi baul, que fué á la cala con los equipajes.

—Entónces no hay que contar con él; pero toma el mio,—le dijo, alargándole un cinturon de goma henchido de aire que traia en la mano.—Clara misma lo depositó en mi saco, sin duda para que hoy te lo diese. Ya sé yo que no sirve de mucho; pero eres fuerte, y una hora que tardará lo más el vapor que se dirige á este punto, bien podrás con su ayuda mantenerte á flor de agua.

—¡Ah, de ninguna manera!

—Acéptalo sin temor: lo hago por tí y por ella. Ademas, á mí no me sirve. El capitan y yo somos los últimos que debemos salir de aquí. A él la ley se lo manda; á mí, Dios. Toma: hazla feliz.

Y dejándole encima el salva-vida, se alejó de él, y yendo á colocarse en medio de la cubierta, se puso á gritar con un crucifijo en la mano:

—Católicos, ó los que no siéndolo querais salvaros, haced acto de contricion por vuestros pecados, abjurad vuestros errores, y venid á mí para que yo os absuelva y Dios os perdone.

Más de cuarenta personas acudieron á prosternarse á los piés del sacerdote, que pronunciando las palabras consagradas, les dió solemnemente la bendicion. Luégo, poniéndose él mismo de hinojos en medio de ellos, empezó á recitar en voz alta los salmos de la penitencia, miéntras el bu-

que, girando sobre sí mismo y lanzando al espacio un inmenso grito de agonía, se sepultaba en el fondo del Océano.

XVIII.

Mes y medio despues del naufragio del *Hudson*, Clara recibió esta carta fechada en Liverpool:

«Clara de mi corazon: no obstante mi telegrama de hoy anunciándote haber arribado sano y salvo á este puerto, te pongo estas letras, aprovechando el vapor que sale esta tarde, para que estés enteramente tranquila sobre mi suerte, y decirte ademas algo muy importante, que no me he atrevido á confiar al telégrafo. ¡Qué peripecias las de la vida! Salí en el *Hudson* de San Thomas, y llegué esta mañana en el *Waves-Castle* á Liverpool. Por el correo próximo, pues hoy ya no hay tiempo, te haré la patética descripcion de mi azarosa odisea. Entre tanto ya sabes que vivo aún para adorarte. Sólo tu amor podrá consolarme de

la pérdida del padre Anselmo. ¡Qué hombre tan èxtraordinario! Lo que no pudo lograr con su persuasiva palabra ni con el ejemplo de su santa vida, lo alcanzó al fin con su muerte sublime. Y su alma voló al cielo contenta porque me dejaba convertido. Entre nosotros no existe ya el impedimento de la religion, y á él se lo debes. Sus últimas palabras fueron que te hiciera feliz, y toda mi existencia se empleará en complacerlo. Adios, ángel mio; quiéreme como yo te quiero, y cree que no sueña más que con la dicha de verte— *Jorge.*

FIN DE «EL PADRE ANSELMO.»

INDICE.

Páginas.

